LA NEGRA JEFA

(Sexo, Momo & Yemanjá)

EL PASADO DEL CIELO / IX

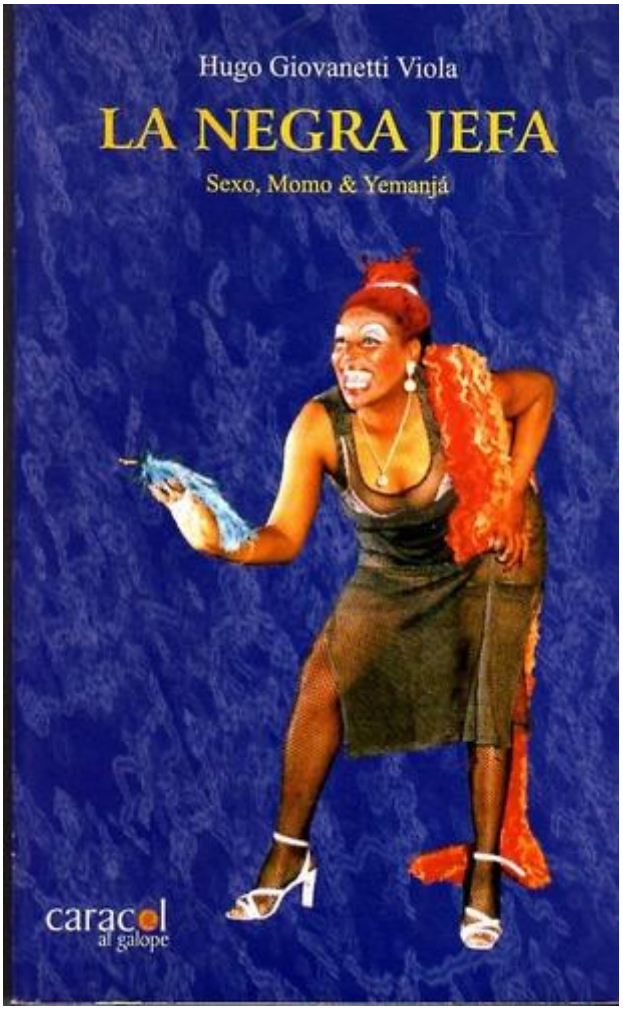

Ilustración de portada: foto del espectáculo teatral *La Negra Jefa*, guionado por H.G.V. y María Isabel Espinosa, y dirigido por Horacio Lapuriz.

para María Isabel Espinosa y Raúl Turri
para Maite Villalobos

PRÓLOGO DE ALEJANDRINA DA LUZ

MODO DE USO PARA UNA NOVELA EXÓTICA

Asumir la misión -casi impúdica- de dos adjetivos semánticamente contradictorios constituye un violento desafío a la imaginación, teniendo en cuenta que se produce además una emigración de género y espacio. Es posible "el jefe" tantos en términos generales como en los espacios discursivos de la historia y el deporte -desde José Artigas, el Jefe de los Orientales, hasta el Negro Jefe de Maracaná, Obdulio Varela- donde configura una distinción cargada de afecto y admiración. Sin embargo, enfrentarse a "la negra jefa" fuera del discurso o punto específico de ese complejo espacio-témporo-cultural que reconocemos y en el que somos reconocidos, exige atravesar las fronteras de lo cotidiano ingresando en un no-lugar, un espacio *border-line,* donde cada uno es exigido a ejercer su propia jefatura, la única posible, la de sí mismo.

Luz Adrogué nos desafía exhibiéndose como jefa, su jefa, convirtiéndose en paradigma capaz de unir y ejercer dos minorías emergentes en el Uruguay de los setenta, y aun después; mientras los personajes masculinos lamen y lamentan las heridas ganadas durante esos años que nos lastimaron a todos, las mujeres toman los controles. La femineidad se desborda primero en cuerpo propio y luego por el mundo. La novela, a pesar de los marcos formales, adquiere un ritmo femenino; del mismo modo que el toque de las llamadas nos conduce a los ritmos vitales, el texto se organiza en mareas que consiguen abolir el autocontrol masculino. Se trata de eros y tánatos unidos, indisolubles y fecundándose mutuamente, con una vitalidad que florece en mujeres capaces de mandar y mandarse, en todos los sentidos y con todos los sentidos. Crean y recrean en un mundo que ellas mismas han formulado, con reglas, con dolores y con alegrías; producen una episteme alternativa, una forma del ser-ahí y del ser-en-el-mundo, pero en ese mundo intransferible que se ha convertido en la única realidad aceptable.

Luz / Flor / Paloma son formas de un eterno femenino que posee todo lo dariano sin divinidades ni Eulalias, pero que también ríen y ríen uniéndose, dejándose devorar por la ola vital mientras que los hombres, en gesto más patético que digno intentan el vano ejercicio del poder inútil. Sixto / D'Artagnan / Abel / Ringuito no comprenden el rechazo del éxito -con minúscula, como todo éxito que se encuentra en el afuera del ser- y tratan infructuosamente de contener aquello que debería contenerlos, luchan en vez de integrar, temen en vez de disfrutar.

Atreverse a leer *La Negra Jefa* supone un acto de insensatez o de gran coraje; a menudo se afirma que ningún lector es el mismo luego de transitar un texto -tampoco somos los

mismos después de cruzar la calle- pero en este caso particular quedan abolidas anteriores certezas. Giovanetti Viola junta lo injuntable, hace lícito lo inverosímil y transgrede el modo discursivo habitual. ¿Asistimos a la fundación de una estética? Todavía no podemos saberlo, pero sí podemos afirmar que se trata de una nueva estética.

Luz Adrogué nos presenta unas de las tantas formas omitidas de la "uruguayeidad", mujer y negra. Heroica en el sentido de la "heroicidad uruguaya" sobre la que escribió el propio Giovanetti Viola, excelente alumna de las letras de tango y por tanto indiferente a los *vanos triunfos pasajeros en las manos de un otario*, la protagonista se convierte en una diosa extraña y envolvente, presencia permanente cual patrona de conventillo cuando los otros, los de-más necesitan consuelo y consejo a límites y excesos. Porque desde las escasas palabras de la diosa, y de los personajes femeninos en general, el único exceso posible, lícito y hasta necesario, es el exceso de Amor, ese amor mesiánico que establece su modo de ejercicio: "amar al otro como a sí mismo". Por eso la novela propone, más allá de toda certeza anterior, personajes masculinos que buscan el amor apalabrando el mundo, elaborando discurso en ocasión de todo lo que perciben mientras que los personajes femeninos encuentran su camino al Amor, simplemente amándose y permitiéndose amar todo lo que las rodea.

UNO: LOS BORRACHOS VAN AL CIELO

Nunca es triste la verdad: / lo que no tiene es remedio
JOAN MANUEL SERRAT

Porque sólo la muerte construye / la espesura del amor.
JUAN CARLOS MACEDO

y he visto llorar a guapos / por mujeres como vos
CELEDONIO E. FLORES

los poemas atribuidos a Tato Carro fueron escritos
por Ignacio Giovanetti entre los 6 y 7 años de edad

1 / EL SUELO

EL DIRECTOR de la murga Los Super Ratones miró por la ventanilla del ómnibus el resplandor del último tablado donde tendrían que actuar aquella noche: pudo ver con nitidez la penetración de la tribuna en el cielo de marzo y cerró un momento los ojos.

Bajaron. El director tenía treinta y tres años y usaba una barbaza atípica. Había sido premiado como la revelación del carnaval anterior. Ese año la murga salía vestida con

harapos y camisetas futboleras, y trataba de provocar el aquelarre en el mismo momento de pisar la vereda. Al barbudo le correspondía pegar saltos enloquecidos junto a los chiquilines que salían a recibirlos, pero aquella madrugada apenas correteó zigzagueando por el estacionamiento.

Al llegar a la entrada se topó con una pareja de niños que lo esperaban dándose la mano.

-Hola -dijo el varón.

El barbudo sonrió, y en el momento de dar una zancada para entrar al club sintió que le tironeaban la ropa y dio vuelta una cara desfigurada por el desamor.

-Tato te va a hacer una adivinanza -dijo la niña.

El hombre no pudo sonreír.

-Dale -jadeó. -Que es tarde.

-En dónde empieza el cielo -preguntó el chiquilín.

-No sé -contestó el hombre, con los ojos cerrados. -Me rindo.

-En el suelo.

Entonces el barbudo se hincó para morderle suavemente las puntas de los pies a los niños.

-Necesitaba queso -gritó, pegando un salto espectacular. -Gracias, hijos. Ahora vamos a mostrarles cómo somos capaces de revivir Los Super Ratones.

EL ESCENARIO estaba armado sobre el costado de la cancha de básquetbol opuesto a la tribuna. En la cancha se alquilaban mesas. Algunos chiquilines ocupaban desde temprano el desnivel del escenario y ya nadie quería ni podía prohibírselos, a esa altura del carnaval. Tato y Paloma hicieron cola para que un ayudante de Los Super Ratones les pintara la cara y se treparon rápidamente, hasta encontrar lugar en el primer tablón del escalón. Las luces de la cancha se apagaron.

-Te vas a casar conmigo -preguntó Paloma, mientras el animador presentaba a la murga.

Tato le contestó dándole un beso en la sien. Paloma tenía siete años y una mirada que parecía fosforecer con el sosiego de un cielo lunar. Dos trenzas vikingas le caían a la altura de las mejillas embadurnadas de rojo y amarillo.

-Te voy a regalar una pulsera -dijo Tato.

El chiquilín estaba a punto de cumplir los nueve años y tenía un cráneo alargado y una mirada fluvial que se alzó para reflejar doradamente la aparición de Los Super Ratones. El director usaba una galera y una capa rotosas. Cuando Tato se dio cuenta que debajo de la capa llevaba una camiseta de Liverpool volvió a besar a Paloma.

-¿Viste de quién es hincha? -le dijo.

Ella sonrió en silencio y Tato le pasó el brazo por los hombros. El barbudo los vio.

-Buenas noches señoras y señores y señoritas y señoritos y pendejitas y pendejitos del benemérito Club Malvín -roncó, parodiando el engolamiento de los presentadores. -Esta es la tercera vez que nos tienen que soportar en este carnaval de terrible sequía monetaria meteorológica y ozónica y este es el último tablado que hacemos esta noche y me estoy de-sin-flan-do.

El director imitó el desmoronamiento de una marioneta aunque fingiendo una larga pedorrera que enloqueció a la gente.

-¿De qué se ríen, idiotas? -gritó, rearmando la firmeza. -¿De los que se desinflan? ¿De los que se derrumban? ¿De los que casi no vi-vimos?

Y empozó una mirada muy oscura y alargó un brazo en dirección a las mesas.

-Ustedes **viven** -preguntó. -No me mientan.

Y se puso un chupete rosado que volvió a provocar un delirio general.

-Qué lo parió. Siempre se ríen de lo mismo -dijo el barbudo, guardando el chupete y mirando al resto de los harapientos. -Empiecen a moverse un poco, muchachos. Que yo voy a salirme del libreto. A ver, a ver: tanto jugar al bingo y esas boludeces. Los Super Ratones les ofrecen un chorizo de premio al que sepa contestar una adivinanza que me acaban de hacer aquí mismo, en la puerta del club. ¿En dónde empieza el cielo?

La murga danzaba grotescamente sobre un suave fondo de batería, pero la gente parecía haber sido amordazada por una marea azul.

-Así que no saben -hizo una mueca el director. -Yo tampoco lo supe contestar, no se preocupen. Somos unos boludos históricos, señores. Que pare el ritmo. Vení. Vení, campeón.

Tato bajó la cara, pero caminó lenta y firmemente a través del silencio total. El hombre lo levantó agarrándolo de los brazos.

-No te asustes hijo, que las estrellas nunca se caen de allá arriba -le murmuró en la nuca: -¿Cómo te llamás?

-Tato Carro.

-¿En dónde empieza el cielo, Tato?

-En el suelo.

El tablado aplaudió.

-¿Y tu novia? ¿Cómo se llama tu novia?

-Paloma.

-Adelante, señorita. Adelante, por favor.

El director bajó al chiquilín y acompañó con una reverencia la entrada de Paloma. El tablado volvió a aplaudir.

-Ahora vamos a casarlos -dijo el hombre, muy serio. -¿O hay algún enemigo de la humanidad que se oponga a esta historia? Esto es belleza, her-ma-nos.

La gente se agarraba la barriga de la risa.

-Entonces los declaro marido y mujer durante el resto del reinado de Momo. Y QUE EMPIECE LA MÚSICA DE LOS SUUUUPER RATOOOONES.

HABÍA UN momento en que el barbudo pedía que se volvieran a prender todas las luces, y más de media murga invadía el tablado. El ayudante les repartía banderas y estandartes a los chiquilines. Durante diez o quince minutos loa harapientos provocaban un entrevero que incluía cantos saltos corridas pantomimas y danzas compartidas con la gente. El director fingía perder completamente el control y se especializaba en masajearle el pescuezo a alguna vieja o sentársele en la falda, poniendo cara de degenerado.

-Qué te pasa -le preguntó Paloma a Tato, después que terminó el aquelarre y ellos devolvieron las banderas para reubicarse en el tablón.

-Nada.

-Y por qué estás llorando.

-No estoy llorando, nena. Callate la boca.

Tato se refregó los ojos con rabia.

-Si me vas a tratar así mejor seguimos cada cual por su lado -dijo la chiquilina.

Tato no contestó. En ese momento Los Super Ratones terminaban el *Cuplé del Plebiscito*.

-No entendí nada -murmuró Paloma.

-Es por el plebiscito que va a haber en abril, nena. ¿No sabés nada? ¿No sabés que los milicos mataron a la gente y no quieren ir presos? ¿Sos boba?

La chiquilina se abrió paso a empujones y saltó hacia la cancha. Tato sacó un lápiz y una libretita del bolsillo de la camisa y escribió sin parar durante toda la retirada de Los Super Ratones. El barbudo lo vio.

EL BARBUDO le frotó la cabeza mientras Los Super Ratones abandonaban el escenario.

-Chau, campeón -le gritó. -Y tratá de que no se te vuele la paloma.

Tato no dijo nada, pero pegó un salto y corrió hasta la mesa de los vecinos que los habían traído. Paloma puso cara de primera actriz de telenovela injustamente injuriada.

-Vení -le dijo el chiquilín. -Vamos hasta la puerta.

Se sentaron en el cordón de la vereda a esperar la última murga.

-Te escribí dos poemas y un trabalenguas. Están aquí -señaló Tato, después de un rato largo. -Hay uno que no me gusta nada y otro más o menos. -Te puedo pasar en limpio el que vos quieras.

La chiquilina agarró la libretita abierta en una página donde se retorcía un poema titulado *Una murga en el tablado*. Decía: *Una murga siempre alegre / siempre alegra a todo el que la ve. / Qué alegría ver actuando a los murguistas / parodistas o llo que sé.*

-**Yo** se escribe con **ye** -comentó la chiquilina.

El segundo poema se titulaba *El amor es luz*. Decía: *El amor es la luz que ilumino el pasado / ilumina al presente i al futuro. / no abría que romper el amor de cada ser.*

-Si los lee tu maestra te mata -se rio Paloma. -¿Y el trabalenguas?

-Está en la página de atrás.

El trabalenguas no tenía título y decía: *Si el amor es luz / la luz es amor pero si / el amor es la luz / y la luz es amor / ¿el amor es la luz? / no: el amor es el amor.*

-¿Me los copiás los tres? -pidió Paloma.

Tato bajó la cara.

-Sí -contestó. -Si no te divorciás.

2 / LUZ

SIXTO PARABA en la casa riverense de D'Artagnan hasta que volviera a Tacuarembó donde su mujer estaba a punto de parir y caminaron una cuadra y tras la flexión doliente de cada rengueo el muchacho de veinticinco años alzaba la cabeza como para soñar con

la atajada cumbre entre los fogonazos de la Vía Láctea: Vamos bebé le dije Que reviento de frío y él me volvió a mirar con ojos de Ratón Mickey y me explicó que apenas le alcanzaba para pagar un taxi y un hotel en La Línea y le tiré de la barbita y le dije De eso hablamos después y mientras nos llevaban le apoyé la cabeza en un hombro y me sentí más papafrita que la Cenicienta: la calefacción era aceptable pero lo primero que hiciste fue sacarle las medias a Sixto y ponerlas sobre el radiador y te sacaste el astrakán y quedaste vestida de vedette y él se tiró en la cama con las manos entrelazadas detrás de la nuca y el oro de sus ojos se humedeció en silencio cuando te desnudaste con la sencillez y la humildad y la eficacia con las que resplandecen las cataratas del Iguazú: pero no podía más de frío y me acerqué a pelarle el chaleco el pantalón la corbata la camisa y la tricota de golero que usaba en lugar de camiseta aunque no me animé a tocarle el calzoncillo y cuando vi la rodillera mugrienta le pedí permiso para sacársela y le lamí los huesos lastimados y él se puso a llorar a chorros: Ahora no se me para dijo Hoy estuve en palo desde que empezaste a bailar hasta que entramos al hotel y chau ya me jodí porque ya estoy jodido para siempre Sixto Juárez no existe Tranquilito bebé murmuraste que ahora vas a existir: y le abrí el calzoncillo y me pareció ver una garza de cabeza roja como las que pasaban por la fazenda en escuadrones cuando yo era guría yo nunca vi una verga tan blanca y tan roja y pensé Vas volar corazón vas a volar y me olvidé de todo lo que sabía y le hice respiración artificial y la sentí colear y sacudir las plumas y levantar el pico y subirme la cabeza: y entonces te montaste y durante unos minutos te sentiste una bandera flameando sobre un mástil que te chocaba contra el corazón y el tiempo fue hacia atrás y Sixto dijo cerrando los ojos Sos una cancha verde mi amor con todo el mundo adentro: estuvieron encamados tres días aunque de noche bajabas a La Taberna donde pediste un pago por adelantado que D'Artagnan te otorgó sin problemas porque batiste todos los récords de público posible y Sixto se emborrachaba mansa o furibundamente y se amaban como tigres o como picaflores: y él empezó a decir que se quería venir a vivir conmigo después que naciera el gurí y a mí se me volaba la bata y soñaba con hijos casita y todas esas cosas que siempre me dieron tanto asco pero no le creía: era como emborracharse con un trago de semen que parecía endulzar tanta cachaza pura a Sixto le gustaba hacer el amor empapado en caña y se masajeaban horas y una madrugada le pediste que te dejara montarte en su rodilla lastimada y él puso cara de odio: Para qué preguntó Para curarte dije y él se sentó en el borde de la cama y dijo Así que me querés curar la rodilla con tu concha No me grites grité y él revoleó los ojos y largó un alarido Sabés quién me rompió la rótula jetona un negro como vos entendés yo no fui campeón en Maracaná por un negro hijo de puta sabés: y se paró y dio vuelta alrededor de la cama haciendo eses rengas y no atinaste a nada porque veías cómo sus córneas se enrojecían del todo y me pegó un tortazo y traté de rodar hasta la otra mesa de luz aunque tuvo tiempo para calzarme con un talonazo que casi me destripa y agarré una botella y le rompí el pico y le apunté a los quimbos pensando Chau bebé: y mientras Sixto vomitaba arrodillado te vestiste empacaste pagaste el hotel y te gastaste lo último que tenías en un pasaje de ferrocarril a Montevideo: al llegar agarré trabajo enseguida en un cabaret y además me enganché con Cirilo y las hermanas para armar una comparsa de candombe puro y nato como decían ellos porque Cirilo era la marica más grande que conocí en mi vida pero tenía más huevos que el David: y te envalentonaste y revolucionaste el vestuario de punta a punta y las chiquilinas salían todas con taquito y pollera corta y algún brazo desnudo y en las coreografías mezclaste todo lo que habías hecho con los Chihuahuas: Nada de África macho le dije un día a Cirilo y él retrucó Macho será tu madre y me hizo una guiñada y dijo ni África ni negrada colonial Lucecita y si tenés que zapatear zapateás y la Pocha y la Herminia eran mejores candomberas que yo pero no se enchincharon cuando se me

ocurrió salir sola adelante y una de ellas me dijo Y que la pitucada se acostumbre a llamarte vedette porque eso es lo que sos: el primer lío se armó cuando se les ocurrió ponerla a la comparsa Los Negros de Artigas y las autoridades carnavaleras discutieron semanas y la prensa desplegó el escándalo correspondiente hasta que un ministro más valiente que ilustrado les permitió tamaño atrevimiento: pero en el desfile oficial lo del nombre fue un poroto al lado del relajo que se armó apenas arrancamos y allí pensé Una cosa es un teatro porteño por más Buenos Aires que sea y otra cosa es la calle y los tambores pelados y hoy te la estás jugando como en Maracaná aunque nadie se dé cuenta: y había quien te gritaba Andá a un quilombo y había quien te gritaba Corazón pero vos te sentías un transatlántico ocupado en no irse a pique en la noche barrosa y la única referencia que te importó a lo largo de la travesía fue el titilar formado por los ojos redondos de los niños que te acariciaban sin desmayar con papelitos y serpentinas y a la altura de Ejido se me cruzó una sombra de ojazos amarillos y no precisé esquivarla porque bailaba igual o mejor que yo: y gritaste Carajita cuando Dedé volvió a mirarte igual que Zully desde el vientre entreabierto de la tierra y corrió hacia una vereda donde viste relampaguear el orgullo y el odio de Malú y te fueron a buscar al terminar el corso y las llevaste a festejar y después al conventillo: yo alquilaba una pieza al lado de la de Cirilo y la tenía bastante linda porque dos por tres me gustaba dejar pasar a alguien que tuviera más hambre o más bronca que yo y me supiera calentar fuera macho o lo que fuera: y Malú te contó que habían pedido plata prestada para venir a verte debutar porque ella y sus compañeros de círculo leyeron con muchísima atención la polémica sobre Los Negros de Artigas Y qué te pareció el bailongo preguntaste bocarriba en la penumbra malva donde se arremolinaban reflujos de belleza cansancio alcohol y humo: y ella me contestó Un batallón de Hollywood y yo me la banqué callada y tanteé la cartera para fumarme el último y Malú dijo Con negros payasos además de esclavos Artigas no hubiera llegado ni a la esquina: y te mordiste la trompa y fumaste asqueadamente sintiéndote más sola que un soñador de confederaciones y de golpe escuchaste comentar a Dedé Artigas era negrazo No mija murmuraste Sí porfió la criatura Y si no fijate en la estatua de la Plaza Independencia que hoy me mostró Malú y entonces se rieron hasta la rendición y te dormiste en paz y soñaste con Ghiggia.

3 / EL CIELO

TATO CRUZÓ cruzó Caramurú vestido con un equipo completo de Liverpool. Llevaba una cantimplora colgando y una pelota profesional abajo del brazo. Rengueaba apenas. Eran las dos de la tarde, y ese mediodía le había tocado cocinar y lavar los platos. Ahora sudaba aliviadamente bajo el frescor de los álamos que bordeaban el arroyo. El calor alcanzaba los treinta y cinco grados, y el chiquilín se tiró en el pasto y tomó un trago largo. Faltaban como tres horas para que empezara el partido que iban a jugar en la cancha del Playa Honda. Tato volvió a empinar la cantimplora y clavó los ojos en el cielo filtrado entre las copas altas. Su miraba fluvial se plateaba de a ráfagas.

Un coche con chapa de médico bajó por Caramurú y entró chirriando por el callejón de tierra que terminaba a pocos metros del antiguo molino. Tato supo quién venía, pero no torció la cabeza. Del coche bajó un hombre vestido con un impoluto uniforme de guardia y caminó hasta el chiquilín. Era un médico joven, con algún pliegue de papada

precoz que parecía instalarlo más en la infancia que en la decrepitud. Se llamaba José Rabí. Tato esperó a tener la mirada color almíbar enfrentada a la suya para sonreír. Podía sentir perfectamente cómo el corpachón y la cabeza de grandes entradas rubias del médico le refrescaban un poco más el sudor.

-Hola, Rabí -le dijo.

-Hola, hijo -contestó el hombre, sentándose en el pasto con las piernas cruzadas. -¿No me das un traguito?

-Sí. Tomátela toda.

El médico empinó la cantimplora con medida avidez, resopló y se frotó los ojos y las cejas.

-Qué calor espantoso. ¿Te fue bien en el tablado?

-Bárbaro. Me casé. Y escribí tres poemas.

-¿Te casaste?

-Sí. Con Paloma. Nos casó el director de Los Super Ratones. Primero le hice la adivinanza que vos me enseñaste. La del cielo.

-¿En dónde se la hiciste?

-Al entrar al tablado. Lo esperamos con Paloma en la puerta. Y lo peor es que el barbudo tenía bastantes ganas de morirse, me parece.

-Uh, no importa. Es la vida.

-¿La vida?

-Sí. La vida. Yo lo conozco al flaco. ¿En dónde los casó?

-Arriba del escenario. Nos llamó y nos casó hasta el final del carnaval. Después yo me enojé con Paloma y casi nos divorciamos. ¿Lo conocés al flaco?

-Sí. Estudiaba conmigo.

-¿Es loco?

-No.

-¿Por qué no lo traés un día?

-Bueno. Voy a ver si lo traigo. No creo que tenga problemas en reunirse con nosotros.

Rabí volvió a agarrar la cantimplora y tomó con avidez.

-Esto está sensacional -dijo riéndose fuerte. -¿Es champagne Fond de Cave?

-No. Es moscato Faraut.

Rabí volvió a reírse.

-Sos un experto, nene. Conseguí Fond de Cave para la próxima, que al flaco lo enloquece.

-¿Lo vas a traer la próxima?

-Con un poco de suerte -jadeó el médico, reincorporándose. El cansancio le crujía. -Con un poco de suerte uno hace lo que quiere. ¿Sabías eso?

-Es que yo no tengo suerte.

Rabí le arrancó la pelota al chiquilín con una pisada rápida y Tato se levantó a marcarlo, hasta que se cansaron de driblear.

-¿Te dolieron mucho las patadas que te encajé? -preguntó el chiquilín, rengueando hacia la cantimplora.

-No -dijo el hombre. -Eso no duele nada.

4 / LUZ

AL TERMINAR el carnaval te enteraste por los diarios de la reaparición de Sixto en la reserva mirasol y te encogiste de hombros frente a la inteligencia de Cirilo que captó perfectamente cómo se te encogían las tripas y preferiste remontar la lluvia sin apuro hasta el cabaret: y mientras caminaba me acordé de la lluvia que repiqueteaba en el techo de cinc cuando los fazendeiros me colocaron un tiempo con las monjas para que me enseñaran a leer y a escribir y me sacaran al diablo de adentro de los calzones hasta que una noche helada escuchaste escurrirse una gran sombra en tu dormitorio enrejado y adivinaste quién era por el olor a altar que calentó tu cama y la dejaste devorarte con los ojos cerrados y después le observaste el perfil al filo de los relámpagos y ella dijo amparada por un trueno larguísimo En la vida no hay más nada que la búsqueda de Dios o como vos le llames mija y nunca te arrepientas si pecaste por eso: en el cabaret trabajamos casi sin gente y cuando el armenio ya cerraba vimos estacionar un Cadillac fabuloso y corrí al camarín a ponerme las plumas y de repente me golpean y grito Ya voy coño hasta que Sixto llenó todo el espejo y debajo de los ojos de chiquilín borracho le temblaban unas rosas que me descangayaron: Hola bebé ladraste y él dijo Rosas regadas por la lluvia para la dama más linda de la celestialidad y lograste espantarlo con una risotada aunque aquello te sonó como un verso de Manzi: y en la mesa de Sixto estaban D‘Artagnan y dos puntos con cara de George Raft y bailé muy poquito y me invitaron con champagne francés y enseguida me zamparon que querían contratarme para hacer una gira con los Lecuona por toda Europa y Asia y yo le vi la cara a Sixto y

dije Hay que pensarlo: Es que no tenés tiempo para pensarlo te aclaró D'Artagnan sonriendo sin que se le rizara el penacho del pucho Ellos viajan mañana a Buenos Aires y ya no sos una nena darling así que te quedás entre la negrada o volás a la fama: Yo no preciso a los Lecuona ni a ningún D'Artagnan para ser una diosa chillé soplándole el humo en la jeta Y si vivo en el conventillo y salgo con la comparsa es porque me piace y que los Oreffiche ni se molesten en buscar otra Luz Adrogué porque no hay comprendiste: y uno de los empresarios prendió un habano y preguntó cuánto costaba una encamada con la diosa y sondeaste la máscara fruncida de Sixto y dijiste Cuesta los huevos que casi nadie tiene viejo así que arrivederci y los tipos se fueron taconeando muy seco y D'Dartagnan levantó a Sixto de un tirón y te hizo correr un viborazo por la columna vertebral cuando dijo Esta me la pagás: y aquella madrugada me desemplumé y me puse el astrakán arriba de los trapitos y caminé hasta el puerto sin abrir el paraguas porque era como si las rosas no dejaran llover arriba mío y me acordé de Zully: el día que te enteraste que estabas embarazada tenías que trabajar con los Chihuahuas en el Parque Hotel y de tarde te fuiste al Parque Rodó y subiste a la rueda gigante y al quedar estacionada en la cumbre de abril te azulaste mansamente y pensaste Vas a ser mujer y sos hija de algún diablo y yo no te querré pero matarte nunca: y me acordé lo que me costó disimular la panza hasta que no tuve más remedio que hablar con Joseíto y él me dijo Te esperaré chica te esperaré porque tú eres lo mejol: Lo mejol sería molil pensaste y Joseíto te pagó una generosísima licencia y cuando viajaste a Rivera a dejar la niña ibas casi rezando para no encontrarte sustituida en Buenos Aires: y la noche que me enteré que había muerto la Zully pensé Se acabaron los sueños Lucecita y mandé al carajo la gira y en el momento de subir al ferrocarril y escuchar a todo el mundo hablando del partido que se jugaba en Maracaná me acordé del loco Linacero y corrí a vomitar: y de golpe lo visto en el bodegón de siempre y supiste que lo estabas buscando y le empapaste la cara caballuna y mal afeitada con las rosas y preguntaste Quién soy y él contestó La poeta: y compré una botella y dije Vamos y el loco hizo una trompa y retrucó Cada día cobro más caro por escuchar soñar a las mujeres y miró el caballito blanco de la etiqueta y cantó *Ya no sos mi Margarita*: la pieza estaba cerca y parecía más sucia que nunca y te arrancaste el astrakán y el hombre de la barba color riel chifló burlonamente y vos sacaste de la cama unas hojas amarillentas llenas de letras que parecían signos de Klee y él se sentó en el suelo: él apoyó la espalda en la cama y yo era la que iba llenando los vasos y entonces le conté lo que había sentido en el primer desfile que hicimos con Los negros de Artigas y cuando me callé Linacero fumó otro cigarrillo y dijo Ese es el sueño más hermoso que escuché en los últimos diez años Pero no es sueño retruqué Es verdad y acabo de rifarme una gira mundial con los Lecuona para quedarme aquí y el hombre se dio vuelta y sus ojos aljibosos se posaron a lo largo del humo que te sobrevolaba igual que si te viera levitar Hay que joderse dijo Artigas y ahora vos y agarró la palangana donde estaban las rosas y te lavó los pies hasta que te dormiste.

5 / EL SUELO

ABEL ROSSO llegó tarde a su casa y encontró a su mujer mirando televisión en el dormitorio, junto a su hijo varón. Del otro dormitorio surgía estruendosamente la versión rockera de *Cambalache*.

-Qué pasa -dijo Abel. -Son las diez de la noche.

-Están desde las ocho. Bailando lo mismo. Para y vuelve a empezar, para y vuelve a empezar.

La mujer de Abel Rosso era una mexicana de fría frescura y dulce delgadez. Se llamaba Candela.

-¿Pero están todos locos? -gritó el hombre, arrancándose la ropa para ponerse un short.

Candela lo inmovilizó clavándole unos ojazos de sombría transparencia y apoyándose un índice en la boca.

-Tato te está esperando -explicó. -Vino rengueando una barbaridad. ¿Comiste?

-Algo. Quería tomarme un whisky escuchando a Mozart. Nada más. Uno no pide tanto.

Abel acarició la cabeza de su hijo dormido y fue hasta la cocina. *Cambalache* arreciaba. Se sirvió demasiado whisky y sorbió un centímetro para dejarle lugar al hielo y al agua mineral. Cuando entró al dormitorio chico sin golpear encontró a Tato y a Paloma aullando y contorsionándose. Los chiquilines corrieron a apagar el grabador. Tato ya no rengueaba. Paloma tenía el pelo suelto y se había pintado la cara con dry-pen rojo y amarillo.

-Tato tiene que hablar contigo -le dijo.

El chiquilín recogió la pelota y la cantimplora, y lo miró con devoción.

-Tiene que ser a solas -preguntó Abel.

-Sí.

-Entonces vamos para mi escritorio. Y de paso escuchamos a Mozart.

Al entrar al escritorio Abel abrió la ventana y eligió el concierto para flauta y arpa. La noche estaba fresca y perfumada, ahora.

-Hace cuántas horas saliste de tu casa -preguntó.

-Yo qué sé. Salí a eso de las dos.

-Y qué hiciste.

-Jugué al fútbol en la cantera.

-¿Tu vieja sabe que estás aquí?

Tato subió los hombros.

-Se lo va a imaginar, cuando llegue -dijo acostándose en el suelo. Apoyó la cabeza sobre la pelota. -Además está mi hermana en casa, con el novio. Ella debe saber que vine para aquí. ¿Cómo se llaman esos árboles grandes que hay al costado de la cantera?

-Álamos plateados.

-Esta música me hace acordar a esos árboles.

El hombre miró el tocadiscos.

-Qué querías, hijo -dijo.

Tato se incorporó para sentarse, aunque bajó los ojos en el momento de preguntar:

-Vos no comprás poemas.

-¿Comprar?

-Poemas o adivinanzas. O trabalenguas. Una vez Rabí me compró dos adivinanzas. A lo mejor te sirven para tus libros.

Abel besó su copa.

-Tendrías que mostrarme algunos -dijo. -¿A cuánto los vendés?

-Rabí me pagó cincuenta por cada adivinanza. Hace mucho. Cuando quise morirme.

-¿Y para qué precisás la guita, si se puede saber?

-Para comprarle una pulsera a Paloma.

-Está bien. Mostrame alguna cosa, después.

-Tengo una adivinanza. ¿Quiénes son los hermanos de un rico?

Abel tomó más whisky. El Andante empezaba.

-No sé. Me rindo -dijo.

-Los billetes.

El hombre sacó un billete arrugado y preguntó:

-Cien está bien.

-Ta bárbaro.

-Tomá. Pero tratá de no sentirte hermano de este billete. Seas rico o no seas rico.

El chiquilín abrió la cantimplora medio llena y volvió a colocar el tapón presionando los cien pesos.

-Cómo era que se llamaba el poeta que hizo este disco -preguntó.

LOS CARRO se habían mudado a los bloques de enfrente un año y medio atrás. La madre de Tato se llamaba Fantina y era amiga de Abel desde la adolescencia. Esa noche tocó timbre en lo de los Rosso pasadas las doce.

-Estabas durmiendo -preguntó por el portero eléctrico.

Abel dijo que no y atravesó pesadamente el living. Fantina trabajaba dieciséis horas diarias y tenía el ojo izquierdo desfigurado por un aleteo permanente.

-Adiós, consuegra -dijo el hombre calvo y barbudo, terminando de abrocharse la camisa. -Pasá.

-Disculpá que te joda a esta hora, pero Tato me va a terminar de enloquecer. Yo no sé más qué hacer con ese chiquilín.

Fantina tenía treinta y cuatro años prolijamente llevados pero ya había perdido para siempre la hermosura física. Prendió un cigarrillo.

-¿Querés? -dijo.

-Dejé el verano pasado. Pero de vez en cuando peco. Dame uno.

-Veo que estás enterado de todo el despelote del casamiento en el tablado.

-Sí. Y no es ningún despelote, mujer. Son cosas de botijas. Y de murguistas.

-Pero Tato no es un botija: es un monstruo.

Abel fumaba con ganas.

-¿Y sabés quién acaba de aparecer en escena, para completarla? -bajó la voz la mujer. -Mi madre. Me llamó por teléfono al trabajo para decirme que Tato le había vaciado una botella de moscato Faraut. Que no sabe cómo hizo, pero que cuando se fue le faltaba el moscato.

-Disculpame, ¿pero quién puede creerle algo a tu madre, a esta altura? Últimamente el botija ha andado bien, además. ¿Ya hablaste con él?

-No. Tato está llorando hace media hora porque la hermana mató de un chancletazo a una cucaracha que entró por la ventana. Dice que tenía derecho a vivir. La cucaracha.

Abel aplastó el cigarrillo.

-Pero además yo venía a hablarte por el asunto de los poemas y las adivinanzas -dijo Fantina. -Me contó algo Alejandra. No le sigas comprando esas cosas, por favor. Últimamente le ha venido una desesperación tan grande por la plata que lo voy a tener que volver a llevar a la psicóloga. No tendría que haber dejado de ir nunca. Pero no me dio el cuero.

-La obsesión por la plata es normal, a esa edad.

El ojo izquierdo de Fantina se puso casi bizco.

-Nada es normal, Abel. Y están solos todo el día. Ahora acabo de conseguir una mujer que va a venir a limpiar y a cocinarles. Esperemos que dure. Bueno, me voy. ¿Qué le puedo explicar al monstruo sobre la cucaracha?

-Explicale lo que le hubiera explicado el padre, si estuviera aquí.

Fantina prendió otro cigarrillo en la puerta.

-Y qué le hubiera dicho Tarzán -preguntó.

-Que la justicia que uno quiere que exista no existe. En el Penal hablábamos mucho con Tarzán sobre eso.

6 / LUZ

UN SÁBADO de primavera atravesaste la Plaza Matriz despeinada por el verdor sedoso de los plátanos y te frenaste frente a la catedral a mirar largamente las estrellas y al entrar al cabaret recibiste la noticia de que Sixto Juárez estaba llamándote por teléfono cada media hora: yo recién había comprado el diario y volví a vichar la foto del bebé escrachado en primerísima plana porque jugaba de titular nada menos que en un clásico de rompirraja Qué querrá preguntaste Que lo vayas a ver al hotel Oceanía me dijo el barman: y a los cinco minutos sonó el teléfono y volviste a atender y escuchaste un estertor de alivio Estoy aquí en la concentración se quejó Sixto Y no voy a poder dormir si no venís Más bien que si me dejaran entrar a tranquilizarte no apolillarías hasta el próximo clásico murmuraste: me lo agarré un poco para la chacota porque daba la impresión de estar jodido de veras y él gritó Preciso que me perdones Momo ya te perdonó campeón retruqué de la bemba para afuera Pero vos no gritó él Necesito que me tengas fe mi amor: y te apoyaste en una banqueta y pediste una copa por señas Mi amor aullaba él hasta que se cortó la comunicación y ya no hubo llamadas Le dieron la captura te explicó el barman Lo que yo no entiendo es para qué carajo quiere que vaya al Oceanía razonaste en voz alta Para verte morocha eso ni se pregunta dijo el viejo desnudando unos dientes picados y piadosos: y al llegar tambaleando al conventillo le golpeaste la puerta a Cirilo y lo encontraste con la cara deshecha y lo curaste como a un gatito Esto me pasa por ser una marica boba gemía el único negro uruguayo capaz de candombear con el esqueleto incandescente Porque yo no soy loca soy boba y a veces hago entrar a cualquiera de lástima nomás Eso nos pasa a todas lo consolé y él dijo Está

bien Lucecita no re revientes más ayudame a acostarme y prendele una vela a la Virgen por favor y yo lo acomodé y antes de irme le acaricié los pedazos sanos de la cara y se durmió enseguida: y al entrar a tu pieza ya se te había pasado la borrachera y el silencio era un pozo y cuando te acostaste a fumar empezaron los timbrazos telefónicos a perforarte la memoria hasta que no aguantaste más y manoteaste la cartera para frotar las fotos de once años atrás Ahora se va a dormir el bebé canturreabas y me desperté con las fotos en la mano y el sol entrando desde el corredor y pegué un salto y enchufé la cabeza en la palangana y corrí a lo de la Pocha justo cuando Solé gritaba el quinto gol bolsilludo y decía que Juárez había quedado pegándole piñazos al pasto como si la cancha tuviera la culpa: A la mierda pensé y me arreglé a cien por hora y me puse los lentes negros y una pañoleta en la cabeza y llevé un paraguas por si las moscas aunque ni el taximetrista me reconoció y me quedé quietita abajo de una acacia blanca mientras la gente salía puteando o riéndose del Barba Juárez: y entre la luz horizontal viste desaparecer a los frankfurteros los carameleros los sorocabaneros y las bañaderas de los jugadores sin que subiera Sixto y los coches de los dirigentes menos el Cadillac de D'Artagnan y te cobijaste con el paraguas: yo tenía veintiún años y era la reina de los carnavales y arrasaba con todos los concursos de baile organizados en la frontera y un día una hermana de mi patrona se las arregló para llevarme a un asalto que había en el Club Uruguay y allí me entreveré con la crema de la crema disfrazada de Virgen negra: nunca supiste cómo no te echaron ni en qué momento entró Sixto disfrazado de golero y atravesó el salón de punta a punta para reverenciarte y después que bailaron toda la noche se arrodilló y alzó su rostro lampiño y falto de mentón y declaró cegado por un flash Soy de Tacuarembó y en quince años de vida nadie me dijo que la patrona de Rivera era usted señora: y de repente vi salir a D'Artagnan ladeado por otro coso engominado con el pucho corcoveándole en la jeta y decir Si se quiere pudrir sentado en el vestuario que haga lo que quiera y apenas arrancaron cerré el paraguas: la tarde se anaranjaba y dos o tres pétalos remolinearon y se te pegaron en las mejillas como papel picado y casi corriste hasta la entrada para jugadores donde te frenó un negro desdentado El señor Sixto Juárez no está dijo El señor Sixto Juárez me está esperando a mí ladraste y le clavaste un peso en la mano: Ojo que no podés dejar pasar a nadie más le dije antes de entrar al vestuario y me metí en aquel horno con olor a pata y a linimento y me encontré al bebé desnudo en un banco de madera y apenas nos miramos: entonces entendiste y aceptaste y te hincaste mirando fijamente el ojo de la garza y no te subió a los labios otro deseo que el del caballero de Asís: Yo a vos te tengo fe dijo Sixto empujándome la cabeza y allí fue que escuché los tacos de D'Artagnan y me quedé quietita Hijo de puta dijo el fazendeiro Me ganaste la apuesta y Sixto me soltó y gritó No le creas Lucecita y yo me la banqué con los ojos cerrados hasta que vomité.

7 / EL CIELO

EL COCHE de Rabí no demoró en llegar chirriando. Tato cerró la cantimplora y torció la mirada hacia el polvo dorado del callejón: los dos hombres se acercaban caminando con pesadez. El murguista también tenía un traje completamente blanco.

-Así que sos de Liverpool, pendejo -dijo el barbudo. -¿Quién fue el cretino que te hizo hincha de ese cuadro de mierda?

-Mi padre.

Los hombres se sentaron con las piernas cruzadas.

-Bueno, yo ya cumplí. Acá tenés a tu ídolo el murguista -sonrió Rabí. -Está más solicitado que el Presidente de la República, pero me dijo que tenía ganas de verte.

El barbudo se puso a masticar un pastito. Era un hombre muy flaco, y la palidez le agigantaba el empozamiento azabache de los ojos.

-Tenía ganas de verte y tomar Fond de Cave -agregó. -¿Te arreglaste con tu señora, al final? Mirá que vi clarito cuando se te escapó corriendo y te pusiste a escribir. Ya me dijo Rabí que sos poeta. ¿Quién te metió esa idea en la cabeza, pendejo? Eso es peor que ser murguista.

El chiquilín subió el cráneo alargado en dirección a los álamos y mostró las paletas.

-Yo qué se -dijo. -Debe haber sido Dios.

Rabí agarró la cantimplora y Tato hizo una seña para frenarlo.

-Es el moscato de ayer -advirtió. -Todavía no terminé de juntar la plata para comprar el Fond de Cave.

-Coño -dijo el murguista. -Hoy no emboco una. Bueno, igual le podemos dar al moscato. Pero la próxima es con Fond de Cave, ¿Prometés?

-Te prometo.

-¿Así que el gurí te jodió con la adivinanza que yo le enseñé, nomás? -se frotó la papada arcillosa y lampiña Rabí.

-Jodió a todo el tablado. Che, no te hagás el sota y pasá la virundela.

El murguista tragó haciendo un ruido pedregoso.

-¿De dónde sacaste esa adivinanza, doctor?

-De una frase que le escuché decir a un cura amigo mío.

-A mí me la hizo la mañana que me quise morir -dijo Tato. -Yo me había tirado así, en la calle. Con el equipo de Liverpool y la pelota. Era primero de año y el Tito Baroffio me invitó a tomar sidra porque dijo que el padre se había ido al cielo. El Tito tiene la cabeza más chica que un melón. Pero yo era muy chico. Yo no quería morirme, pero como llegué tarde a casa y no encontré a mamá-

-Te quisiste ir al cielo.

-Sí. A ver si encontraba a Tarzán.

-¿A Tarzán?

-A mi padre. Le decíamos así.

-Y te tiraste en la calle y no te piso nadie -dijo el murguista.

-No. Porque el único auto que pasó fue el de Rabí, que venía de atender al padre de Tito Baroffio.

El director de Los Super Ratones se puso a masticar un pastito.

-Yo también tenía ganas de morirme el otro día en el tablado -dijo. Tato miró al doctor.
-¿Pero al final no te gustó casarte con Paloma?

-Sí.

-La virundela, doctor -dijo el murguista. -Hace un calor horrible.

-Queda un trago, nomás.

El barbudo chupó hasta la última gota, mientras Rabí se incorporaba para arrancarle la pelota a Tato de una pisada.

-Un momento -suplicó el director de Los Super Ratones. -Necesito super queso. Si no, no me funciona ni una pata.

Y le mordió las puntas de los pies a Tato y pegó un salto enorme. El chiquilín y los dos hombres de blanco se trenzaron en un furioso picado. A la media hora se despidieron, saludándose igual que en las canchas profesionales.

-Bueno -dijo el barbudo. -Esto sigue mañana, señores. Siempre que haya Fond de Cave.

Tato bajó la cara. La casa de Rabí quedaba en el callejón donde apenas se alzaba un oro polvoriento, y el murguista le pidió para dormir la siesta hasta la hora del tablado.

8 / LUZ

OCHO AÑOS después no hubo manera de que no me reconocieran en el ferrocarril y me pasé todo el viaje a Rivera meta a saludar gente con la cabeza a punto de rajárseme y las tripas podridas por el cigarrillo y pensé en Linacero y Artigas y cuando dejamos atrás Tacuarembó tuve ganas de zambullirme por la ventanilla: D'Artagnan se esfumó del vestuario y Sixto sufrió una especie de chucho febril y los dientes le tableteaban y corriste por el horno que hedía a dolor de macho y tomaste un taxi y te emborrachaste durante setenta y dos horas y la noche que volviste a trabajar te dijeron que Sixto había sido transferido a un club portorriqueño y a fines de ese año D'Artagnan dejó la

Directiva mirasol y se enclaustró en Rivera: yo sabía perfectamente que nadie tenía alma y nunca le creí a D'Artagnan ni al bebé ni a mí misma como cantaba Charlo *Todos los cueros están sonando pero tus ojos están llorando* y seguí nomás morocha *Yo digo que es un tesoro de plata y oro tu corazón* y me acordé de la madrugada que conocí a Charlo y a Manzi en el Café de los Angelitos y les dije *Oro y plata* es un candombe que me cura del hígado: Las primeras Llamadas te coronaron hasta la eternidad como reina del barro dijo un poeta que vivía a la vuelta del conventillo y lo espantaste con una carcajada y alguien advirtió No te preocupes que el año que viene nos cae el malón del centro y se las arreglan para chuparnos la sangre igual que siempre: y cuando me desperté en la putísima gloria después de tantos años entra Cirilo con un diario y los ojos casi en blanco y abajo de mi foto encuentro la noticia de que Dedé había aparecido cortada en pedazos adentro de una carretilla que colocaron en La Línea para desafío del espíritu democrático según lo declaraba el edil colorado D'Dartagnan De Deus: Malú vivía en Rivera Chico y se había hecho más bolche que los negros de los frigoríficos del Cerro y ni me hizo pasar a la tiendita de zapatos de un tal Joaquim Coluna Ahora te acordás de venir me zampó en la cara y ni me molesté en contestarle y por suerte apareció el rapaz y la sacó del paso y me dio un beso y hablamos: entonces te enteraste de que Dedé vivía soñando con verte desde que volvió de Montevideo y últimamente se dedicaba a bailar desnuda en los mostradores Cuántos años tenía Doce ladró Malú No me grites gritaste y la mulata parecida a Gene Tierney aulló Vos podrás ser la reina de las Llamadas y yo una sirvienta de Rivera Chico pero aquí te callás: Y Joaquim tuvo que deslomarse para que no nos agarráramos de los pelos y me sacó a caminar y me contó que todavía estaba todo muy turbio Lo que no ha podido comprobarse es si fue la Dedé la que le mordió el trabuco a D'Artagnan De Deus dijo espantando el polvo colorado Cuándo fue eso pregunté erizándome Hace tres o cuatro meses dijo el Joaquim No lo caparon por casualidad al mierdonazo: y abandonaste el barrio que parecía exhalar polvaredas sangrientas y cuando el ómnibus empezó a repechar Presidente Viera y paró un momento frente a La Taberna te mordiste la trompa y paladeaste tu corazón metálico: y entré al cementerio sin saber dónde ir y caminé chorreándote y jurándote que jamás te dejé de adorar aunque no te ofrecí ni una mísera teta donde caerte muerta y de golpe vi a la Virgen sosteniendo a Jesús y entorné bien los ojos y me vi sosteniendo a Dedé y al bebé hasta que me vi yo misma agarrándome a mí misma.

9 / EL SUELO

TATO ENTREABRIÓ los ojos hacia el cielorraso, después que escuchó a Fantina darle las instrucciones a la nueva empleada y salir taconeando. Le dolía un poco la cabeza, pero no tenía resaca. La noche anterior vomitó a escondidas de su hermana y simuló dormir desde temprano, para no tener que hablar con su madre. Fantina había salido muy temprano y llegado muy tarde, como siempre. Ahora Tato trató de imaginarse a la empleada nueva, pero el silencio total que había en el apartamento lo desacomodó.

Se levantó con cuidadosa velocidad. En la cama contigua dormía Alejandra, una belleza degasiana de casi catorce años. Estaba semidesnuda, y la marea solar que penetraba por el postigón parecía desvelarle los resquicios más áureos del cuerpo. Tato se puso el equipo de fútbol completo, pero antes escarbó entre la ropa para sacar dos paquetitos. Al

salir del cuarto rengueando oyó una especie de orinar pertinaz y se erizó. El sonido llegaba desde la cocina. Tato entró al baño moviendo violentamente el pestillo, y cuando salió y se paró en la puerta de la cocina había vuelto el silencio. Una negra ya vieja y de tetas gigantes lo observaba resplandeciendo en llanto. Pero ya no lloraba.

-Vos sos Tato -le dijo, y prendió un cigarrillo con movimientos señoriales.

El chiquilín miró los paquetitos que llevaba en la mano. La mujer entrecerró unos ojos crueles y roncó:

-Mirá que no estuviste moquear a cualquiera, cachafaz. ¿Te gusta el carmaval?

-Sí.

-¿A qué tablado fuiste el año pasado?

-Al Malvín.

-Yo soy Luz Adrogué.

Tato subió los ojos.

-¿Viste cómo me manyás? En este país de mierda yo sigo siendo lo más famoso que hay después de Artigas y Obdulio, nene. Pero hoy soy tu sirvienta. ¿Qué querés? ¿Café con leche?

-No. Quédese sentada, nomás. Yo tomo leche fría.

Tato rengueó hasta la heladera y sacó la jarra. La mujer dejó colgar el cigarrillo de su bocaza y se sostuvo la cabeza con el revés rosado de las manos.

-¿Qué te pasa? ¿Sos rengo?

El chiquilín puso los paquetitos y la jarra sobre la mesa y se fue a buscar un vaso. Se sentó frente a la mujer.

-Sólo a veces -le dijo. -Cuando me duele el alma.

Luz Adrogué largó una carcajada que hizo volar el cigarrillo cerca de los paquetitos. Tato los protegió con un gesto de desesperación.

-En este mundo casi no quedan almas, Chapete -murmuró la negra, que tenía la mirada color borra de café recién hecho. -¿Qué llevás ahí adentro?

-Acá tengo mis ahorros. Y acá una cucaracha que asesinó mi hermana.

-Necesito una copa -suspiró Luz, apagando el cigarrillo y apretando los párpados entelerañados por la humedad. -Justo eso: hace un rato me sentía como la cucaracha de la canción. Yo también estoy renga, ¿sabés? Me jodí la cadera. Y nunca más voy a poder bailar.

-¿Necesitás una copa?

-Sí.

-Te propongo un trato. Yo te doy mis ahorros y vos me comprás champagne Fond de Cave y te convido.

-¿Y para qué querés champagne?

-Para convidar a un amigo: un doctor que vive ahí en la cantera. Le encanta el Fond de Cave. Yo siempre lo espero frente a la casa cuando llega de la guardia y charlamos un rato y jugamos al fútbol.

-¿Él también es de Liverpool?

Tato se miró la camiseta.

-Sí -mintió.

-En mi conventillo vive Pelé Fernández.

-¿En serio?

-Claro. Vive dos puertas más allá de la mía. Cuando quieras te llevo.

-Ta. ¿Pero me comprás el champagne? Por favor. Te invito con dos copas.

La mujer manoteó otro cigarrillo y lo prendió observando al chiquilín con mezquindad de puta.

-Hecho -dijo.

TATO CRUZÓ a lo de Paloma con un solo paquetito en la mano. Ella estaba sentada en la puerta de los apartamentos jugando a las muñecas con una amiga. La amiga se fue para adentro.

-Ayer no te encontré en todo el día -dijo Tato.

-Fuimos a comer a lo de tía Ma-Sa.

-¿Y por qué no me avisaste?

-No pude. ¿Me copiaste los poemas?

-Todavía no. Voy a hacer una copia para vos y otra para tu padre. Y la pulsera te la compro mañana. Tengo que ver cuánta plata me sobra.

Paloma alzó unas cejas indiferentes.

-Mi padre quiere invitarte a ver a Liverpool esta tarde -anunció. -Ni sueñen que yo vaya. ¿Qué tráes allí?

Tato encorvó su delgadez y torció los ojos de abajo a arriba, enfocando a la niña.

-Un cucaracho asesinado -dijo. -Quiero que me acompañes a enterrarlo.

-¿Cucaracho?

-Sí. Vamos hasta el campito donde están haciendo el liceo.

-Esperá. Voy a pedir permiso.

Tato pegó una patada en el suelo y se escapó corriendo.

PALOMA SUBIÓ por un trillo de tierra que cruzaba entre la Asociación Cristiana y el liceo en construcción. Tato estaba arrodillado, y el solazo le enrojecía la cabeza castaña. Paloma lo cubrió mudamente con su sombra.

-Ya lo enterré -dijo el chiquilín, sin levantar los ojos.

-Nosotros tuvimos una ardilla antes que ustedes se mudaran. Se llamaba Luli. Se enfermó justo la tarde antes que vinieran los Reyes y mi padre la llevó al veterinario y dijo que ya la habían curado, aunque tenía que seguir viviendo aquí.

-¿Y vos se lo creíste?

-Yo qué sé. Para mí era como esos chiquilines que dicen que desaparecieron. Pero al otro día Melchor nos dejó una carta contándonos que mientras entraban a casa por la ventana habían visto una ardilla blanca que los saludaba desde este campito.

Tato miró a Paloma, recortada contra el espacio. La niña sonrió.

-Vení. Sentate.

Paloma se arrodilló y Tato le dio un beso en la sien.

-Sabés lo que le pasó a este cucaracho -preguntó.

La chiquilina sacudió suavemente las trenzas.

-Este cucaracho estuvo preso por pelear contra los bichos peludos. A mí me lo contó Melchor, también.

-¿Dónde lo tenían preso?

-En una cueva donde lo torturaban. Y después que salió se volvió loco: mucho tiempo después.

-¿Y qué pasó, al final?

-Lo asesinaron. Una vez se desmayó y se lo llevaron al hospital para curarlo, pero los bichos peludos se metieron y paf: lo deshicieron de un chancletazo.

-Pobre.

Tato se incorporó y le pasó un brazo sobre los hombros a la chiquilina.

-Ayudame a caminar -le pidió.

LUZ ADROGUÉ estaba cocinando un guiso de porotos mientras Alejandra escuchaba la radio con las piernas cruzadas sobre la mesa.

-Y a qué edad lo conociste a tu novio, entonces -preguntó la mujer.

-A los siete. Hicimos toda la escuela y el primer año de liceo juntos. Después nosotros nos mudamos.

Alejandra tenía puesto un bikini minúsculo. Luz sacó un cigarrillo y en el momento de prenderlo desvió la mirada hacia el cuerpo tostado de la muchacha.

-Sos preciosa -le dijo. -Pero ya se te va a pasar. Yo tenía un cuerpo muy parecido al tuyo, aunque no puedas creerlo. ¿Hace mucho que cojés?

Alejandra enrojeció. La mujer color moka caminó dificultosamente hacia la mesa y se sentó y bajó un poco la radio.

-Cuando quieras me contás -le dijo. -Y no tengas vergüenza. Hay que saber cojer. Yo me acostaba con media frontera, a tu edad. Pero nunca fui boba. Siempre gocé: ¿comprendiste?

Sonó el timbre de la calle y Alejandra descolgó el intercomunicador a desgano.

-Quién -preguntó.

-Tu abuela.

-Puta que lo parió. Faltaba esta, nomás -rezongó la muchacha, después de apretar los botones.

-¿Y para qué le abrís?

-Yo qué sé.

-No hay que abrir sin saber -dijo Luz Adrogué, después que la muchacha corrió hacia el living.

HACÍA MÁS de cuatro años que la madre de Fantina no venía a verlos. Alejandra abrió la puerta antes que sonara el timbre y sorprendió a la vieja en trance de enmascarar su crispación: la vieja alzó los brazos y frunció la boca pintarrajeada para decir telenovelescamente:

-Mi corazón. Qué divina que estás.

Y trató de abrazar a la muchacha, que apenas aceptó intercambiar un choque de mejillas. La madre de Fantina pasó revista al living y se dejó caer en un sillón.

-Quién está cocinando -preguntó, con un jadeo exagerado.

-La empleada nueva.

-Pero mirá qué bien: tienen empleada nueva y todo.

-A qué viniste -retrucó Alejandra, que todavía estaba parada con el pestillo en la mano.

-Vine a verlos, mi amor. Cerrá.

-No. Viniste por ese moscato de mierda, yo sé.

La vieja la miró por encima de los lentes.

-Y esa forma de hablar -preguntó con un inconfundible militarismo de maestra. -Cerrá, que nos está escuchando todo el mundo.

Alejandra pegó un portazo y se paró entreabriendo las piernas igual que las modelos.

-¿No andás muy desnudita, mi tesoro? No sabés cómo los extraño.

La vieja se sacó los lentes para enchastrarse el maquillaje con un pañuelo lleno de manchas sepia.

-Estoy tan sola -dijo. -¿Sabés lo que tuve que hacer antenoche? Pelearme con una rata.

Alejandra se apoyó contra la pared.

-¿Te das cuenta, mijita? -chilló la vieja. -¿Te das cuenta las cosas que tengo que hacer? Fijate que estaba despierta a las cinco de la mañana y sentí un ruido raro en el ropero y me levanté a abrir. Porque justo era en los cajones donde tengo las fotos. Y abro y me veo una rata de ojos verdes y de este tamaño, a punto de comerte. A vos. Iiiii, me hizo. Y entonces traje una escoba y la enfrenté. El bicho salió corriendo y terminó metiéndose abajo de la escalera, me parece. Porque se siguen oyendo ruidos a toda hora del día.

La lengua de la vieja patinaba entre unos dientes ferruginosos, que ofreció panorámicamente.

-Ahora me encariñé con ella. Y le dejo comida y hasta le puse Marta de nombre. Conversamos muchísimo. Mirá Marta, le explico. Mirá que la nena es mía. No vayas a tocarla porque te mato a escobazos y te como con arroz.

La vieja gorgoteó una risita.

-Bueno -dijo Alejandra. -Yo me tengo que ir.

-¿Dónde está tu hermano?

-No tengo la menor idea.

-Tengo que arreglar cuentas con tu hermano.

-¿No será al revés, abuela? ¿Ya te olvidaste de la noche que él se tiró en la calle?

-Porque estaba borracho. Es igual que tu abuelo Tato tenía cinco años y ya me robaba copas. Yo no podía creerlo pero me las robaba, nomás.

La ancha mirada verde de Alejandra se agrisó.

-Vos lo echaste de casa, abuela. Yo te oí. Porque te habías recopado tomando sidra y se te metió en la cabeza que el que tocaba timbre era mi abuelo.

La vieja amenazó con pararse.

-A mí no me hablás así, mocosa. ¿Ahora se volvieron igual de atrevidos los dos? Son dignos hijos de tu padre: hasta Fantina se pudrió por culpa de esa bestia.

-Andate -gritó Alejandra.

-No me voy nada. Tu padre es una bestia y un lambeculos de los mafiosos. Tu padre estuvo preso por hacer de chofer de un sindicalista mafioso que iba contra el gobierno. A mí no me interesa que hubiera dictadura. Nos comimos cuatro años arreglándonos a solas y cuidándote como a una rosa y cuando nació Tato estaba todo lindísimo hasta que a la bestia se le ocurrió empezar a-

-ANDATE.

Alejandra se pasó las manos por el pelo y avanzó hacia la abuela envejeciendo como en una película de ciencia-ficción.

-¿Por qué no hablamos otro día, mejor? -trató de sonreír. -Te lo ruego. Vení cuando esté mamá.

-Tu madre me mandó a la mierda, por teléfono. Lo que no se entiende es cómo se pudieron olvidar de lo que los cuidé. Fantina salía todo el día y la que los bancaba era yo, mijita.

-Vos bancabas a tu rosa, abuela. Porque a Tato lo odiás.

La vieja entrecerró una mirada de donde parecía emerger su aliento pantanoso.

-Mirá -dijo. -Yo fui maestra toda la vida y nunca vi un chiquilín igual. Tato no es un chiquilín, ¿entendés?

-Andate o llamo a la policía.

La vieja carcajeó.

-De aquí no me saca nadie, mocosa de mierda. Vaya. Llame a la policía, nomás. A ver si te dan corte. Yo tengo mis derechos: yo vine a arreglar cuentas con el **artista** y de aquí no me saca nadie hasta que se me reponga lo que se me robó.

-Yo te voy a sacar de aquí, vieja rata -dijo Luz Adrogué brillando sombríamente en la arcada del living. -Y sin necesidad de usar escoba ni nada.

La madre de Fantina pegó un salto mecánico.

-Y encima es una **artista** la que te va a sacar -especificó Luz, mientras cruzaba el living arrastrando una pierna. -Y yo no estoy mamada. La mamada sos vos. Por eso hablás así: porque chupás y arriba te falopeás tupido, igual que los degenerados de las fuerzas de choque. Así que calle contigo. Meta. Levantá las cacharpas y picatelás, que ya armaste bastante quilombo por hoy.

La vieja protegió su cartera como frente a un punguista y miró a la muchacha. Alejandra miró a Luz.

-¿Qué? ¿No entendiste? -gritó la negra. -FUERA.

La vieja se paró.

-No sabía que las artistas fueran sirvientas -se animó a retrucar.

-Yo soy Luz Adrogué, catinguda. ¿No te suena?

-Sí. Y yo soy María Estuardo.

-Pero mirame bien, otaria -dijo la negra, casi con dulzura. -Estás hablando con la primera vedette que tuvo el Uruguay. Imaginate las plumas de faisán por acá y por acá, y estos pechos bailando por Curuguaty.

La madre de Fantina parpadeó, en señal de reconocimiento.

-Si sos Luz Adrogué siempre fuiste una puta famosa, igual -dijo contorsionando el mentón. -Te decíamos La Chaucha: siempre con el poroto adentro.

Y arriesgó una risita.

-Lo que vos te olvidás -corrigió la negra, mostrando unos colmillos impolutos y auténticos- es que durante años me dijeron La Viuda Negra, también. Porque le encajé veintidós cortes a un soruyo que me cagó la vida.

La madre de Fantina reculó hasta la puerta y antes de salir gritó:

-Saludos a tu papito, Alejandra.

La muchacha corrió a cerrar, pero descubrió a Tato ovillado en los escalones del tramo ascendente completamente meado. Alejandra tuvo que cargarlo y desvestirlo para que se duchara, mientras Luz le pasaba un trapo a la escalera.

MEDIA HORA después comieron. El guiso de porotos tenía salchicha y tocino picados, y los chiquilines mojaron la salsa hasta terminar el pan.

-Este guiso quedó pipicucú -dijo Luz Adrogué, frotándose las manos. Por más que haga calor, qué me vienen con jodas. Esto es comida: para grandes y chicos. Yo voy a festejar, si los señores me permiten.

La mujer arrastró su corpachón hasta la heladera y sacó un reluciente champagne Fond de Cave. Le clavó una mirada secreta a Tato y dijo:

-Voy a tomarme un par de copas, nomás. El resto queda en la heladera pero es **mío**, ¿tamos?

Alejandra miró a Tato con autoritarismo matronal y el chiquilín dejó de sonreír. El champagne explotó haciendo chorrear la espuma.

-Está rico -suspiró la mujer. -Yo tomé mucho de esto. Y era del bueno, claro. Buenos Aires era Buenos Aires, en aquella época: la reina del Plata. Pero miren que yo había sido negra musula allá en la frontera hasta los quince años, allá en la frontera. ¿Saben lo que quiere decir **musula**? Esclava. A mí me trataron igual que a una esclava, desde que nací. Me ligué más sopapos que una mosca cargosa.

Los chiquilines se miraron.

-Sí. A ustedes les hace gracia, carajitos. Pero era un infierno, aquello. Yo vivía en Livramento, trabajando en la casa de unos fazendeiros. Y un día hubo un concurso de baile y me quise anotar, pero no me dejaron porque tenía quince años. ¿Entonces qué hice? Voy a ponerme en forma, pensé: A ver si les interesa el asado con cuero. Una hermana muy buena de mi patrona -Olinda- me había regalado un vestido negro todo calado, y yo pensé: Si me pongo un calzón y un corpiño rosados abajo de este vestido

los emporoto a todos estos pelotudos juntos. Che, ríanse con cuidado porque por hoy no friego más meadas.

Alejandra gritaba de la risa.

-Bueno, y había un turco de la vuelta que tenía una tienda y siempre me llamaba. Era muy enamorado, el turco. Pero yo me dejaba manosear para llevarle comida a mis hermanos, nomás. Hasta que un día pensé: Se acabó, Luz. Hay que bailar, también. Y entré a la tienda y le clavé el ojo a un raso precioso que había en el mostrador. ¿Le gusta la tela? me preguntó el turco: le quedaría tan bien. Sobre todo con esos pechos tan lindos que usted tiene. Y como no se animó a tirarme el manotón yo le tiré el manotón al raso. Y al hombre se le caía tanto la baba mirándome las tetas que me dejó agarrarlo y dijo: Puede llevárselo, señorita. Pero primero hagamos el amor ahí atrás, ¿le parece? Entonces yo salí rajando con la tela y grité desde la puerta: Te voy a denunciar a la comisaría por meterte con menores, judío degenerado. Pobre hombre: si era un caballero. Y yo ya era un putón desde los doce años.

Luz Adrogué largó una carcajada y terminó el champagne y se sirvió otra copa. Los chiquilines habían enmudecido.

-Entonces me hice el calzoncito (que era como esa tanga que estás usando vos) y el corpiño, bien chiquito. Y la noche del baile me escapé al teatro con otras muchachas que me prestaron unos tacos y un saco grande para taparme todo. Y cuando llego me dice un portero mulato, muy ceremonioso: No, señorita. Usted no está anotada en el baile. No va a poder concursar. Y entonces abrí el saco y el hombre se quedó medio bizco y dijo: Me parece que usted hoy va a ser la muñeca de la noche. Y fui el último número, después de todas aquellas mujeronas que salían con unos vestidos que parecían tubos y unas sombrillas espantosas. Y me empecé a mover como pude, y de golpe me doy vuelta y levanto el vestido y sentí que se morían. La gente se moría. Y seguí dando vueltas y cada vez que les mostraba el culo se volvían locos de felicidad. ¿Comprendiste? Porque veían un culo. Lindo. Y porque yo ya bailaba como una diosa.

Luz miró fijo a Tato.

-Si querés ser artista te la tenés que jugar, ¿comprendiste? Aunque te arranquen el pellejo pedazo por pedazo. ¿Por qué dijo esa vieja que eras un artista?

-Porque escribe poemas -dijo Alejandra, arreglándose el pelo. -Bueno, yo me tengo que ir.

Tato bajó la cara. La camiseta azul y negra a rayas había sobrevivido al diluvio renal.

-Lo que no entiendo esa una cosa -murmuró Luz Adrogué, después que terminó la segunda copa y quedaron a solas. -¿Para qué precisás chupar, a tu edad?

El chiquilín no contestó y decolgó la cantimplora de una percha y sacó el champagne para verterlo cuidadosamente.

-No tendrías que haberle manoteado esa botella a la vieja -insistió la mujer. -Esa vieja es el diablo. El diablo no sos vos: es ella.

-¿Cuánta plata te sobró?

Luz soltó una risotada cabaretera.

-¿Si me sobró? Me debés doscientos pesos, poeta.

-Mentirosa.

-Mentirosa tu madrina, rapaz malcriado. ¿Sabés lo que me costó ir hasta el almacén? Arrastrándome fui, para que te mamaras.

Tato mostró las paletas.

-Le tenía que comprar una pulsera a mi esposa -gritó y salió corriendo.

Luz Adrogué miró con odio la vajilla que tenía que lavar.

-Siempre la misma historia -dijo. -¿Quién nos puede entender si no somos capaces de entendernos entre nosotros mismos?

10 / LUZ

EN LAS segundas Llamadas ya nos cayó el malón del centro como alguien había dicho y nos empezaron a currar los que alquilaban sillas o se metían a tamborilear para hacerse cartel en la Punta o se aparecían por el conventillo con una carrada de gringos a filmarnos igual que si estuviéramos en el zoológico: y discutían mucho con Cirilo porque él nunca encontró bien lo de la glorificación del ghetto Vos parecés mi hermana la bolche lo toreabas y él gritaba Carajo yo no soy más que una marica loca pero soy bailarina y no tengo por qué pasarme toda la vida entre esta negrada musula que ni siquiera se da cuenta que nos están jodiendo desde que los primeros tanos y los primeros gallegos se quedaron con todos los oficios y nosotros pasamos de esclavos a porteros sirvientes changadores tamborileros lustrabotas putas y centrojases: aunque cuando arrancábamos por Curuguaty yo volvía a ser la diosa de Maracaná y reconozco que aquello nos duraba poquísimo pero hasta el Presidente se entreveraba con la gurisada y una sentía que cada veredita era una montaña y la gente parecía hablarte en la oreja y vos les regalabas una risita y chau: y durante la segunda década de oro de tu belleza cruzaste los espejos midiendo disimuladamente la llegada gredosa de la grasa y una tarde en Arocena te sentiste demasiado escupida por los pomos y pensaste Me jodí: porque si los pitucos te torturan igual que a una sierva es porque empezó el fin y me sentí una generala repechando la lluvia con un ejército de juntapuchos y lo miré a Cirilo y le grité Movete macho y acordate que el culo de un solo artista vale más que toda esta gilada y a Cirilo le reventó una bomba de agua en la cara y pudo desahogarse: y a medida que se enfriaba el carnaval los tablados les mataban el hambre pero terminaban por ser un suplicio y siempre reconociste que era una estupidez hacerse los vecinos de selva de Tarzán y berrear letras bobas cuando el país se iba en sangre y muchas murgas

empezaban a cantar verdades: aunque yo de izquierdista no tengo ni un pendejo ni lo tendrá jamás y los murguistas bien que nos jodían haciéndose pagar el triple y el cuádruple de lo que cobrábamos las comparsas y nosotros en el molde porque nos faltan negros que las tenga bien puestas y esa es la gran verdad pero calladita Luz que las diosas no hablan.

11 / EL CIELO

TATO CRUZÓ Caramurú bajo el calorazo de las dos y media, esta vez. No miró hacia la casa de Rabí. Se había olvidado de traer la pelota y tenía muy pocas ganas de tomar champagne. Tomó igual. *Cuando abrió los ojos vio un hombre muy flaco y muy alto, sonriéndole en silencio. Estaba muy encima suyo, pero no se asustó. El hombre tenía una nariz de paquidermo entre unos ojos demasiado separados. Su pelambre azabache y motuda (a pesar de una considerable calva central) parecía avioletarse contra lo alto de la tarde.*

-Hola -dijo. -¿Creo que me conocés por fotos, no? Soy Jerónimo Rabí: el hermano de José. Me pidió que te avisara que hoy tiene guardia todo el día. Que lo disculpes.

-Vos sos el poeta.

El hombre hizo una reverencia payasesca.

-¿Querés champagne? Es Fond de Cave.

-No. Acabo de almorzar, y me tomé una botella de vino blanco.

-Vas a hablar como un santo -preguntó Tato, empinando la cantimplora. -Tu hermano dice que cuando te pasás con las copas hablás como un santo. Aunque nadie te escuche.

Los ojos de Jerónimo parecían uvas chinches demasiado maduras. El izquierdo le bizqueaba dulcemente hacia afuera.

-No te cae mal el champagne -preguntó.

-Sí, un poco. Hoy no me está cayendo bien.

-Guardalo para mañana.

Tato cerró la cantimplora y después los ojos, pero se mareó.

-Mi abuelo era poeta -murmuró, apoyándose en los codos. -Mi abuela dice que era poeta, loco y borracho. Y lo odia más que a mí.

-Dios mío.

-¿Vos creés en Dios?

-No. Dios cree en mí.

Tato se rio.

-El otro me explicó un murguista amigo de tu hermano que las estrellas nunca se caen del cielo. Y yo te juro que si tomás moscato las ves aunque haya sol. Y hasta ves que la tierra brilla como una estrella.

-¿Se precisa estar borracho para ver todo eso?

El chiquilín no contestó. Jerónimo se frotó el narizón y después las motas. Abrió mucho los ojos y se tiró en el pasto.

-Lo malo es que precisamos que nos lean los poemas -sonrió como si llorara.

12 / LUZ

SIXTO TERMINÓ su carrera en Puerto Rico y volvió a tiempo para acomodarse durante el qinquenio de oro mirasol como secretario de prensa directamente vinculado a D'Artagnan De Deus que ya era un dirigente clave en la Confederación Sudamericana: a mí me daba risa ver aparecer al bebé en los diarios y los noticieros trabajándose una jetucha de Jorge Negrete barbudito hasta que una noche me lo encontré en primera fila en un teatro de verano con su encantadora familia: Ponete lentes negros nomás que igual te juno el cuore pensaste relojeando a la estanciera rubia que nunca debió haber sido una gran belleza pero que seguía defendiéndose con unas largas piernas dignas de ser mostradas y sentiste que te odiaba hasta el Apocalipsis lo mismo que la muchacha quinceañera tremendamente hermosa nacida muy pocos días después del romance en La Línea y bautizada Brigitte en homenaje a la B.B.: y me di cuenta que la pituca tenía huevos a fuerza de aguantar tortazos y patadas y que la hija de Sixto era la única yegua que él iba a adorar en su podrida vida y de golpe me sentí un tarantulón o un tiburón o el diablo y pensé O te enveneno ahora mismo o te pierdo para siempre y me arrodillé a revolear las tetas con los ojos entornados y la puntita de la lengua afuera: y el teatro deliraba y los tambores despertaron después de miles de años para clamar cada cual a su dios y la polirritmia fue un vértigo que te obligó a reptar inflamarte y flamear hasta rajar el himen del pequeño sutien: y lo dejé caerse un segundo y me lo calcé y seguí meneándome y cada tanto dejaba que el trapo resbalara hasta frotarme los pezones y me lo volvía a calzar: y los dioses contestaron con un entrecruzamiento de truenos infernales aunque las únicas dos personas que se escaparon del teatro fueron las estancieras: y el bebé se quedó con aquellos ojitos de Ratón Mickey relampagueando abajo de los lentes y cuando empezaron a caer las primeras gotas le largué un beso entre la gritería enloquecida de la gente y rajé y Cirilo me abrazó atrás del escenario y me dijo Hasta mí me pusiste en palo desgraciada: y tres horas más tarde escuchaba diluviar montada dulcemente en un caballito blanco que tenías reservado para festejar algún milagro y de golpe saltaste a abrir la puerta: porque sentí los pasos y un ruidito a patines

arrastrándose por el corredor y después nada y nada y abro y me encuentro al bebé sentado arriba de las valijas con un ramo de rosas y él no se animó a hablar y yo dije Patapúfete: y lo ayudaste a entrar y tomaron una copa mientras se iba formando un charco navegado por pétalos purpúreos alrededor del hombre embrujado y rendido que apenas atinó a preguntarte si se podía quedar aquella noche: y él se cambió y yo sequé el piso y acomodé las cosas lo más rápido que pude y seguimos bajando la botella y oyendo llover hasta que apagué la luz y él dijo Vení macha.

13 / EL SUELO

HACÍA AÑOS que Abel Rosso no iba al Estadio de Belvedere. El chiquilín quiso viajar el ómnibus con la camiseta de Liverpool, y durmió profundamente durante todo el trayecto. Mientras esperaban el 306 le había entregado a Abel un poema que acababa de escribir al volver de la cantera. No tenía título y decía: *Pelando mi amor desgarré el mío / y ahora estoy yorando y asiendo un río. / Un pez pasa en el aire del río / y llo me digo / curaré al amor mío.* El hombre le pagó doscientos pesos y se lo guardó en el bolsillo izquierdo de la camisa.

Abel encontró el reino de su infancia resplandecientemente intacto, al llegar a Belvedere: ni Velázquez ni Van Gogh hubiesen detenido y sosegado la luz con aquel espesor de eternidad. Y detrás del fulgor encalado y multicolor de la cancha y las tribunas, se alzaba una columna de humo alquitranado que él observó durante su adolescencia con puntual y amansada rendición al horror. La humareda empenachaba el lomo que formaban los cipreses del cementerio de La Teja. Y ahora su madre estaba enterrada allí.

Tato pidió para ver hacer los ejercicios de pre-calentamiento a los jugadores, en el gimnasio de básquetbol.

-Cuando venía con mi padre siempre me colaba para entrar a la cancha con ellos -dijo. -Salía con Pelé Fernández. ¿Puedo ir a pedirle si me deja salir con él?

Abel lo dejó. Pelé era un negrito chueco a fuerza de operaciones: le habían partido dos veces las piernas cuando estuvo contratado en el Paraguay. Se jugaba un partido amistoso contra un club brasilero, y a pesar del calor el pequeño estadio estaba lleno.

La salida de Liverpool desencadenó un estruendo entrelazado de batucada y cohetería. Abel se acercó al alambrado para saludar a Tato. El chiquilín lo vio, pero se quedó al acecho de las pelotas que se le escapaban a Pelé Fernández. Cuando el juez dio la orden de despejar la cancha Tato corrió hacia Abel y no cruzó enseguida el alambrado: permaneció pegando saltos eufóricos, hasta que cayó mal parado y demoró bastante en levantarse. Abel no dijo ni hizo nada. El chiquilín subió de golpe la cabeza coronada por el sudor y miró con odio a la tribuna entera y abandonó la cancha rengueando.

El primer tiempo fue muy malo. Los jugadores recién comprados por Liverpool no funcionaron, y los brasileros estuvieron a punto de hacer dos o tres goles. Tato puteaba

al juez con saña, reclamando a los gritos que cobrara penal en cada ataque de Liverpool. La hinchada se reía.

-Basta de injusticia, carajo -gritó el chiquilín ya sobre el final, y Abel lo invitó a tomar una Coca-Cola.

-No te tenés que calentar tanto -le dijo, cuando llegaron al puesto de venta. -¿Querés un chorizo?

-Sí.

-¿Qué comiste hoy?

-Guiso de porotos. Pero vomité todo. Me cayó mal el Jugolín que llevé a la cantera. ¿Sabés quién es mi empleada nueva? Luz Adrogué.

-¿La vedette?

-Sí. Porque está renga y no puede bailar más. Vive en el mismo conventillo que Pelé Fernández y me va a llevar a visitarlo.

Abel miró la torre de la iglesia que se recortaba sobre el sureste.

-En el mismo conventillo vive una muchacha ciega que toca muy bien la guitarra -dijo. -Dale saludos míos, si llegás a conocerla. ¿Qué te parece si nos largamos para aquel lado de la tribuna? Capaz que en el segundo tiempo embocamos algún gol.

Desde el extremo de la tribuna no se veía el cementerio. Liverpool empezó a mejorar a medida que la luz se horizontalizaba, sobredorando la torre de la iglesia. De repente Pelé Fernández cruzó la media cancha y le gritó al puntero que se abriera y le pasó la pelota perfectamente larga y el puntero llegó para centrearla a media altura y Pelé la dominó sin dejarla caer y la empalmó de volea contra un ángulo y la fruta blanca quedó estrellada durante una explosión de humanidad radiante.

FANTINA LOS esperaba con el ojo izquierdo casi cerrado. El chiquilín saludó y corrió para su cuarto.

-Querés pecar -preguntó la mujer, sacando los cigarrillos.

-Quiero.

-Mamá vino a armar escándalo, esta mañana. Y casi terminan trenzadas con la empleada nueva. ¿Sabés quién es?

-Sí, ya me dijo Tato.

-Yo no me di cuenta que era ella, al principio. Me dieron un teléfono y llamé, nomás. No me gusta esa mujer. Me da miedo.

-No sé cómo será ella. Pero conozco buena gente en ese conventillo.

Fantina cerró el ojo izquierdo y dijo:

-No doy más. Estoy segura que está tomando alcohol, otra vez. Por eso quiere plata. Hoy hablé con la psicóloga y dijo que no tenía problema en que le pagara cuando cobrara el medio aguinaldo.

-Yo lo acabo de llevar a dar una vuelta por el Paso Molino. Me parece que Tato está desesperado por ver a Tarzán. Eso es lo que le pasa.

La mujer subió la cara y corrió para el baño. Abel fumó sintiendo que le chillaba el pecho, y de golpe vio una cantimplora colgando al lado de la heladera y la destapó para olerla. La tapó y siguió fumando.

14 / LUZ

EL ESCÁNDALO demoró poco en volverse comidilla popular y los varones domados disfrutaban soñándole detalles en las ruedas de boliche y las matronas desgraciadas ensañándose lujuriosamente con La Chaucha: eso decían de mí y de alguna otra personajona que también tenía huevos y yo pensaba en Manzi y lavaba cocinaba barría y hasta bordaba cantando despacito *Yo digo que es un tesoro de plata y oro tu corazón*: y Sixto retozaba en un limbo irresponsable dando parte de enfermo a la Directiva mirasol y sondeaba durante horas el cielorraso encalado por vos aquel mismo verano y tomaban mate y whisky casi en un total silencio hasta el momento de emigrar al amor: y yo estaba en las nubes y no le tenía miedo a nada ni a nadie y los ojos a Sixto se le pusieron blanquísimos y él se puso buenísimo y cada vez que le planchaba uno de los piyamas yo le decía Para mi naranjito en flor y él decía Gracias patrona de la celestialidad y una tarde ya fría volvías del almacén pensando que cuando se acabara la plata de Sixto podías reenganchar en el cabaret y viste un escandaloso y fúnebre Cadillac acordonado en el conventillo y supiste sin pensarlo que el apogeo de Purificación estaba terminado y al entrar a la pieza D'Artagnan te saludó ceremoniosamente mientras te taladraba con el ojo acerado que no le hacía entornar el penacho del Chesterfield y brindamos por la Copa América y lo acompañé hasta la calle y al atravesar el corredor atrás del jedorazo a perfume pituco pensé que si algún día había que rebanarlo lo cortaba sin el menor problema y al pisar la vereda siguió la mala liga porque justo pasó una cadáver que se había revolcado conmigo un par de veces y se puso pesada como fainá con agua: Así que ahora tenés punto ventudo empezó a vociferar la parda exuberante y delirantemente borracha que fallaba por medio metro al fijar la mirada Pero a mí me quisiste basura y entonces cometiste el error de empujarla con delicadeza para que resbalara empedrado abajo y la mujer te clavó las uñas aullando Fuiste vos la que empezaste a hacerme changar y nadie te mineteó como yo emberretinada: y se cayó de culo y ni siquiera le patié la cabeza por mentirosa y D'Artagnan me alcanzó un pañuelo y me preguntó Estás bien y dije Sí no es nada y él me junó con hambre y se rio un poquitito y se las tomó enseguida: y Sixto cambió de

cara y el invierno empezó a rajar el cielorraso y las córneas del hombre que aquella tarde negra apenas te contó que D'Artagnan no le había puesto plazo para reintegrarse a la Directiva mirasol aunque le pasó el dato de que Brigitte quería seguir estudiando en los Estados Unidos y vos supiste que la despampanante estancierita iba a ser la carta de triunfo de los mandamases: y a la semana llego del almacén y me encuentro a Malú disfrazada de Che Guevara y cebándole mate al bebé como si tal cosa y me corrió un friazo hasta la rabadilla y dije Tanto tiempo y ella me esquivó los ojos pero se levantó a darme un beso y el bebé puso jeta de galán asediado y dijo Ceba mejor que vos la gurisa: y la relojeaste en forma y reconociste que si bien tenía sus treinta y pico estaba más preciosa que nunca y Malú te planteó con firme timidez si no podías bailar gratis en un acto de la central obrera Yo nunca fui una obrera ladraste Pero yo sí ladró ella Y te lo pido en nombre del pueblo al que pertenecés: No me jodas Malú le grité y no me vengas a hablar a mí del pueblo que aquí después de Artigas los que tallamos somos Obdulio y yo y ella se acomodó la boina y le hizo una guiñadita al bebé y se borró sin darme bola y yo prendí un cigarro y la chapé al final del corredor y le puse el pucho entre los ojos y le dije Si volvés a junar a Sixto te van a llamar La del cuerno quemado: Vos comé torta tranquila y no me des consejos murmuró la mulata de mirada habitada por estrellas oceánicas Que yo tengo un marido y no preciso más Entonces no le pongas guampas junando a otro retrucaste Así que ahora te las tirás de Crista jadeó Malú zafándose fastidiada y corriendo noche arriba y jamás entendiste lo que quiso decir: y el paraíso se jodió pero todavía repechábamos cuando un mediodía de lluvia caen a buscar a Sixto para avisarle que Brigitte había desaparecido y no podían encontrarla por ningún lado y el bebé pegó un salto y quedó viejo de golpe: Puta que me parió repetía mientras se iba sin pilot ni paraguas atrás de un matón disfrazado de chofer familiar y no atinaste más que a ponerte uno de sus piyamas y sumergirte en un mar de whisky para resucitar el otoño caído y un par de horas después escuchaste golpear y tambaleaste hasta la puerta: y fue como una aparición porque yo veía la cara de la gurisa y abajo no había nada más que lluvia: y cuando la hice entrar fue como ver lo único que se mira en una procesión y la Virgen me dijo Quiero hablar con mi padre y eso me sacó de golpe del soponcio y dije Sixto te anda buscando criatura: y la muchacha chueca y espigada y turgente se desabrochó el pilot y desnudó el fulgor de un gran buzo azafranado y tiritó un momento y sacudió las crines amarillas que le lamían el modelado de un vaquero justísimo y embutido en botas de montar: y una no podía saber si eran más lindos los ojazos color cielo recién abierto o los dientitos de arriba un poco salidos y ella se acurrucó y parecía como si le estuviera lloviendo arriba y a mí me dio la sensación de estar viendo al bebé la noche de las rosas y Brigitte te preguntó si se podía poner una camisa del padre y mientras revolvías el armarito vació tu vaso y se arrancó el buzo y la blusa transparentó el prodigio nevado de sus pechos: y le alcancé la camisa y me senté en la cama y de golpe sentí que me había metido abajo de una campana de vidrio como las que usan en los bares para guardar los sánguches y cuando la chiquilina se sacó el sutien la miré igual que si estuviera frente a Dedé y sentí que la campana era el alma que me había vuelto al cuerpo después de tantos años: y entonces entró Sixto jadeando hediondamente y te clavó una flema en la cara y emponchó a la muchacha con su saco y dijo que D'Artagnan la estaba esperando en el auto: y yo comprendí que el diablo me había vuelto a joder y me dejé romper el alma a patadas y reboté como una torta de bosta contra la pared sin ganas de defenderme ni explicar que no me importaba nada más que morirme: y cuando te despertaste era de día y demoraste horas en juntar con los ojos los pedazos de Luz que quedaron desparramados en la pieza y cuando oscureció te arrastraste hasta la palangana y tuviste la sensación de ser un elefante herido por dentro y por fuera y te lavaste un poco y oliste un frío de azahares posado en la claraboya: y de

repente grité con voz de macho *Primero hay que saber sufrir* y el corazón me redobló en la cabeza *después amar después partir* y sentí un cuchillazo en el fueye *y al fin andar sin pensamiento*: *promesas vanas de un amor que se escaparon en el viento* aullaste y juntaste aire blanco para volver a aullar *después qué importa del después* y carraspeaste hasta aclararte la garganta endulzada por la sangre *toda mi vida es el ayer que me detiene en el pasado* y el corazón te alborotó el piyama y murmuraste *eterna y vieja juventud* y te hundiste sonriendo en la marea lunar y soñaste con la rama radiante de un naranjo.

15 / EL CIELO

TATO VIO alzarse la polvareda del callejón, y clavó los ojos en el espejeo ardiente de los álamos. *Los hombres se acercaron respirando muy hondo.*
-Traje el Fond de Cave -le dijo el chiquilín a Rabí. -Ayer le ofrecí a tu hermano, pero no quiso.
-Mejor -le dijo el director de Los Super Ratones. -Hoy se precisa mucha virundela. Ayer ganamos, nene. ¿No fuiste?
-Sí: qué golazo de Pelé.
-Pasá la cantimplora, loco.
-Ayer salí a la cancha con Pelé -dijo Tato, enfrentando la mirada color almíbar del médico. -Como cuando íbamos con mi viejo.
Rabí se acarició la papada gredosa y pidió el champagne por señas.
-Anteayer explicaste mal lo que pasó la madrugada que te quisiste ir al cielo -intentó sonreír. -Vos sabías que Tarzán no estaba en ningún otro cielo, hijo.
-Y vos no me digas hijo.
-Bueno -protestó el murguista. -No se van a pelear ahora, muchachos. Anoche fue el récord: hicimos diez tablados. Y hoy quiero des-can-sar. Porque estoy de-sin-fla-do. Y Tarzán está en el África y chau. Se dejan de joder. ¿Son amigos o qué Cristo pasa?
-Tarzán no está en el África, tarado -gritó Tato.
-Ya sé: está en el infierno -dijo el director de Los Super Ratones, chasqueando la lengua. -No es el único, macho.
-El padre de Tato está en una clínica para enfermos mentales incurables -dijo Rabí.
Tato le tiró un pelotazo y el médico lo esquivó apenas.
-A mi padre lo mataron los milicos -gritó el chiquilín. -Lo volvieron loco los milicos. ¿No sabés eso, acaso?
-Sí. Pero vos también sabés que está encerrado y que no puede volver nunca más a tu casa. Por eso tu madre acaba de pedir el divorcio.
-¿Y los médicos para qué sirven, entonces? -aulló el chiquilín, agarrándose la cara. -¿No me dijiste el otro día que con un poco de suerte uno hace lo que quiere? ¿Para qué mierda hizo este mundo, Dios? ¿Para que todo el mundo quiera morirse?
El director de Los Super Ratones se arrodilló a morderle suavemente los pies. Tato vio aterciopelarse el empozamiento azabache de sus ojos cuando dijo:
-Tranquilo, Pelé Carro. Está hecho para que todo el mundo quiera vivir, también. Y para que hagamos que la gente tenga ganas de vivir y reírse.
-Mentira -gritó Tato. -Son unos mentirosos de mierda.
Rabí se incorporó y fue a buscar la pelota para ponérsela abajo del brazo.

-Lo más difícil de este mundo es creer en la verdad -dijo. -Ya lo hablamos varias veces. Y la verdadera verdad es como esta pelota: hasta que no la metés adentro del arco y volás, es como si no hubiera existido nunca.
El murguista vacío la cantimplora y se chupó los dedos.

16 / LUZ

DOLOR DE vieja arboleda cantabas maquillándote diez años después en la pieza recién vuelta a encalar y por fin observaste la vejez derrotada de tu rostro y agregaste *canción de esquina* y prendiste un cigarrillo y te apoyaste en la mesita para espejar desde muy cerca tu boca revestida de rojo fuego: yo siempre me concentraba igual antes de una Llamada y lo mismo me quedaba una hora haciéndome trompas hasta que me olvidaba de todo y ese día canté *Naranjo en flor* no sé qué cantidad de veces y sentí que el bebé había terminado de dolerme y entonces me patearon la puerta a lo animal y me tapé con un toallón y empalmé una cuchilla antes de abrir: el soldado te reconoció ipso facto y cambió de gesto cuando te pidió para registrar la pieza Aquí no hay nada pa manosear botija ladraste Y además trae yeta que alguien vea las plumas de la reina antes del desfile: y el milico junó a un superior y se quedó en el molde y en ese momento sacan a Garrincha y a Coutiño trincados como si fueran asesinos y yo me hago la boba y grito Así que los que tocan los tambores también están contra las Fuerzas Armadas pero ni me dieron pelota: y después que arrancaron los camiones cruzaste el corredor y encontraste al Fernández chico abrazado de la madre de Alondra y la muchacha ciega levantó sus insolados ojos vidriosos y preguntó si igual iban a desfilar: y entonces miré a Pelé que tendría unos nueve o diez años y berreaba peor que un chanchito degollado contra el delantal de Dalma y retruqué Yo bailo aunque se acabe el mundo comprendiste y aquella noche me sentí vieja por primera vez en mi vida de generala: y la Coca y el bebe Casal te gritaban Arriba Lucecita que tenemos pueblo pa rato pero no hubo manera de que te liberaras de la sombra de plomo de la Muerte persiguiéndote a lo largo de Curuguaty y pensabas Si pudiera volar un poquito se acabaría el problema y a pesar de que la dictadura los había obligado a cambiarle el nombre a la comparsa la gente les gritaba Meta Negros de Artigas: y los milicos repartieron palos hasta que se aburrieron y yo terminé cayéndome de mamada y apenas me despierto veo a venir a Cirilo con un diario y la misma cara que tenía cuando murió Dedé y grité Quién y él dijo La hija de Sixto y yo todavía me asombro de no haberme asombrado: Brigitte había muerto ahogada en una piscina puntaesteña a los veintinco años y el diario sugería elegantemente su suicidio bajo la piel de aquella madrugada que casi te derrumba en pleno Curuguaty: y no lloré ni nada y canté *Era más blanda que el agua que el agua blanda* y me lavé la cara cantando *era más fresca que el río naranjo en flor* y le pedí a Cirilo que se fijara dónde la velaban: y empezaste a vestirte de blanco murmurando *y en esa calle de frío calle perdida* y no te maquillaste y apenas te clavaste los lentes oscuros y saliste del conventillo salmodiando *dejó un pedazo de vida y se marchó*: la velaban muy cerca pero llegué sudando como un chivo y mientras me acercaba al cajón empujando a la gente me sentí Moby Dick invadiendo Norteamérica para vengarse del Capitán Nemo: y entonces te sacaste los lentes y viste a la muchacha flotando sobre el hedor de las flores y las vidas y supiste maravilladamente que Dedé tampoco estaba muerta y le sonreíste a todos los habitantes de la eternidad: y de golpe siento que me

trincan y me empiezan arrastrar entre dos monos y no dije ni pío hasta que se oyó un rugido y los pitucos me dejaron caer de culo y se armó tamaña piñata y el bebé terminó sacándome cargada como a una novia y me llevó al boliche de la esquina: y lo encontraste tan flaco y mal vestido y lóbrego que dijiste Pobrecito y le acariciaste un ojo hinchado y pediste dos whiskys triples para ahogar la resaca del corazón y del estómago: y al rato estábamos en forma y Sixto me contó que después del divorcio había quedado completamente en la llaga y que la única chance que tenía para repechar era conseguir la dirección técnica de las inferiores mirasoles: y me di cuenta que no andaban bien con el mosquetero y dije Ese asunto dejámelo a mí y él bajó la trucha y se frotó los pelos y le pedí que no explicara nada sobre los despelotes del pasado: Lo único que preciso es saber es dónde para D'Artagnan y a qué hora se lo pesca dijiste y aquella misma tarde irrumpiste en el penumbroso piano-bar de Punta Carretas que hizo resplandecer la insaciabilidad de tu última belleza: y lo fiché una sola vez al petiso engominado y me mandó una vuelta y enseguida cayó a sentarse con mamucha porque me tenía ganas desde hacía veinte años: y apenas le rozaste una uña mientras le planteabas lo de Sixto y D'Artagnan sonrió sin alterar la rigidez humeante y mintió Eso se va a resolver hoy mismo en Directiva así que ni te hubieses gastado: A mí Sixto me importa menos que a vos papito retruqué levantándome y si querés probar un ico ico celestial pasá esta noche por la pieza y él me llevó hasta el conventillo y me dijo Ta luego igual que si escupiera a una cadáver y yo tuve tiempo de adobarme y acordarme bien de todo y esperarlo tranquila: D'Artagnan apareció con otra botella y estuvo a punto de vaciarla él solo antes de empezar a exigirte que reprodujeras el kama sutra de las humillaciones y entonces comprendiste que Sixto acababa de ser nombrado técnico de las inferiores y cuando me pidió que se la frotara con whisky le acaricié la cicatriz y dije Y esto cómo fue que te lo hicieron papito y él contó con los ojos cerrados y una baba jedionda cayéndosele por el costado del pucho Le meé la cara a una negrita de doce años allá en la frontera y casi me la corta en dos de una mordida aunque la que terminó hecha carne picada fue ella y entonces saqué la cuchilla de abajo de la cama y el diablo se acabó.

17 / EL SUELO

ABEL HABÍA ido con Candela a llevar a su hijo chico a la casa de Ma-Sa. El amarillo de cromo otoñal empezaba a incendiar los fresnos de las veredas.

-Pasado mañana tienen la entrevista con la psicóloga -dijo Abel, mirando hacia el bloque donde vivían los Carro.

La transparencia castaña de los ojos de Candela se ensombreció.

-No entiendo cómo pudieron comprobar que Tato está tomando alcohol -dijo.

El hombre miró para abajo.

-¿Desde cuándo vomita? -insistió la mujer.

Desde hace tres o cuatro días. Fantina me contó que la noche anterior a que Tato le hiciera la famosa visita a la abuela, habían estado hablando del tema de la clínica. Parece que Alejandra preguntó si se podía ver o no a Tarzán, al final.

-¿Y?

-Mirá: Tarzán te puede conocer como no conocer. Fantina dice que está exactamente igual que cuando yo fui a verlo. Hace más de dos años. Ese hombre ya no es nadie.

-¿Y les contó a los chiquilines lo del divorcio?

-Sí.

Abel y Candela subieron, y encontraron a Tato y a Paloma en el sillón del living. Tato parecía una figura de mármol, con la cabeza recostada sobre las piernas de la chiquilina. Los ojos de Paloma estaban adensados hasta el azul cobalto.

-Acaba de vomitar -explicó. -Recién llegó de la cantera y vomitó todo.

La mirada del chiquilín se plateaba y avioletaba y reverdecía de a ráfagas, posada contra el cielorraso.

-Seguís mareado -dijo Candela.

-Un poco.

-Vamos a recostarte en la cama y llamamos al médico. ¿Sí?

-No. Estoy bien. Se me pasa enseguida.

Abel fue hasta el baño y recogió la cantimplora que encontró en el suelo y accionó la cisterna.

-Qué hacemos -lo hostigó su mujer desde el corredor.

-Esperá. Esperá un poco.

En ese momento tocaron el timbre de la calle. Era Luz Adrogué, preguntando por Tato. Abel le pidió que subiera, pero recibió una respuesta ininteligible y bajó hasta el jardín. Llevaba la cantimplora semivacía en la mano.

-Buenas tardes -dijo la mujer, con un cigarrillo encajado señorialmente en la bocaza lila. -Vengo a buscar a cachafaz. Disculpe que no suba, pero tengo la cadera en trámite de jubilación.

-Mucho gusto -dijo el hombre, sintiendo que el escote de la ex-vedette le jalaba los ojos. -Tato vino de la cantera medio mareado.

Se miraron fijo, y después miraron al mismo tiempo la cantimplora.

-Usted se la lleva -preguntó el hombre.

-Sí. Me los llevo a los dos. A la cantimplora y al chiquilín. Dejemeló. No tenga miedo. Yo curo el mal de empacho desde que era guría, allá en la frontera. Y después aprendí a curar cualquier clase de mal: el de ojo, el de cucusa. En fin. ¿No me hace el favor me lo cruza al cacha, cuando se recupere un poco? Pero medio rapidongo, porque antes de ir al conventillo tenemos que pasar por otro lado.

La mujer agarró la cantimplora y Abel le pidió un cigarrillo.

-¿Usted está al tanto de lo que le pasa a Tato? -se animó a escarbar.

-Me extraña un poco este interrogatorio -suspiró la mujer, arrimándole fuego. -Porque ni cuando era la diosa de Maracaná tenía pinta de otaria, corazón.

LLEGARON AL Cementerio del Norte a media tarde, y en la puerta Luz tuvo que lidiar con un enjambre de chiquilines costrosos que le pedían un peso.

-Coño -dijo después que entraron. -Esto es el infierno con patas.

-¿Dónde viven esos chiquilines?

-Por allá atrás: en el barrio Borro. Los mandan a buscar basura o rebuscarse un mango. Aquí te afanan hasta el nombre, si te descuidás.

Tato observaba desorbitadamente las grandes tumbas negras y marmóreas de la avenida central.

-Parece un parque -dijo.

-No te creas. Fijate allí, en esa tumba que dice 1938. ¿La ves a Marta?

-¿Qué Marta?

-La rata que se amiga de tu abuela. ¿No le ves los ojos verdes? Y te acercás y te saluda. Te hace Iiiiiiii.

Tato festejó la burla con saña machacona. La negra lo frenó atenazándole un brazo.

-No te pongás guarango. ¿Ya se te pasó el pedo?

-Sí.

-Bueno, pero no te apurés. Porque a mí la cadera ya me empezó a echar chispas. Y hay que patear bastante, todavía.

Para llegar a la colina de los tubulares tuvieron que cruzar un puentecito, y el chiquilín señaló la zona soleada del arroyo.

-Allá hay árboles de Mozart -dijo.

Luz Adrogué tenía la mirada moka clavada en una pequeña laguna que había a la izquierda: el agua era lechosa, y se estancaba a la sombra de casuarinas y palmeras.

-Y acá termina el arroyo -dijo la mujer.

-¿Y por qué el agua tiene ese color tan raro?

-Porque acá tiran la ceniza de los muertos. Los queman en aquel horno, ¿ves? Y después ponen los nombres clavados en aquella palmera. ¿La viste?

Tato afirmó con la cabeza, pero volvió a torcerla en dirección al sol.

-Me gustaría llevarme unas colas de zorro.

-No hay tiempo -lo cortó Luz, y recomenzó su renguear en dirección a los tubulares.

Cuando empezaron a bordear la gran zona de caños enfilados a flor de tierra, se cruzaron con dos policías acompañados por perros ovejeros. Los hombres se divertían azuzándolos, y uno de los ovejeros inició una carrera tan feroz que casi llegó a soltarse. El chiquilín clavó la cabeza en la barriga de Luz.

-Hijos de una gran puta -murmuró la mujer. -Es por eso que no hay guríes pidiendo. ¿Te diste cuenta que estaban todos en la puerta? Se ve que no permiten más. Y estos cara de orto se ponen a bobear con los perros. El barrio Borro es allá atrás: mirá.

El azul quemante de la tarde caía a pico sobre los manchones de rancheríos desparramados como la retaguardia de un ejército decimonónico. Había una quema de basura, dentro del cementerio.

-Hay que avisarles a los botijas de aquella fogata que no se acerquen -dijo Tato.

-Usted nunca se meta con la policía -gruñó la negra, torciendo hacia uno de los cuatro pasajes principales que seccionaban el colmenar de tumbas. -Que cada cual se arregle como pueda, mijo.

-Parecés mi abuela.

-Te podré parecer cualquier basura. Pero ya me quemé con leche, corazón.

Empezaron a caminar por un pasaje subsidiario, y la negra se detuvo frente a una tumba lujosamente ornamentada por una inscripción tallada en acrílico. Los tubulares que la flanqueaban estaban vacíos, aunque en el de la izquierda había un ataúd hecho pedazos.

-En esto me gasté los ahorros -dijo la negra. -Leé.

La inscripción decía: HOY ME PARECIO VERDA QUE TE VAYAS. QUE TE HALLAS IDO AL FIN DE TANTA SOLEDA Y VERGÜENZA. Y HOY TAMBIEN

ME PARECIO VERDA PERDONARTE. YO QUISIERA QUE SUPIERAS QUE CADA VEZ QUE ME EMBORRACHO LA SOLEDA ME VESA IGUAL QUE UNA PATADA TUYA. Y más abajo: LUZ.

Tato tuvo la sensación de que las tetas de la negra lloraban.

-Esto es un poema -le dijo.

-No. Es un amor -corrigió la mujer. -¿Comprendiste?

EN LA vereda del conventillo funcionaba un prolijo medio tanque, y los hermanos de Pelé Fernández despachaban chorizos y asado. Luz y Tato llegaron al anochecer. El sudor semidesnudo de Garrincha y Coutiño Fernández ya fosforecía. Ellos tomaban clarete. Pelé tomaba mate con la mirada posada en el fuego: todavía no había clientes, y la brisa marina crecía haciendo bambolear la humareda. A Tato se le hizo agua la boca.

-Sentí qué olorcito -dijo Luz. -Hoy vas a comer en la mejor parrillada de Palermo, cachafaz.

Los hermanos Fernández descubrieron a la negra y al chiquilín cuando ya atravesaban el amarillo triste de un farol, abovedado y moteado por un plátano.

-Dichoso el ojo que te ve, pantera -jadeó Coutiño, que era tuerto y muy canoso.

-Ahí lo tenés a tu ídolo -se rio la negra, señalando a Pelé. -Andá. Y no te le acerques demasiado, que es capaz de darte un beso de lengua.

Hubo una carcajada general. Tato avanzó hacia la mansa mirada del futbolista y antes de darle la mano se besó fanáticamente la camiseta. Hubo otra carcajada.

-Ah, macho -dijo Garrincha, secándose unos ojos más heridos que jóvenes. -¿Tenemos hinchada o no, al final?

-Vení -le dijo Luz a Tato. -Vamos a lo de Alondra y después volvemos a comer. Los muchachos te invitan.

-A él puede ser -aclaró Coutiño. -¿Qué papeleta vas a votar en el plebiscito, fanático?

-Si pudiera votar, votaría la que va contra los milicos -roncó el chiquilín.

-Opa -gritó Garrincha. -A ver si me la convencés a la Lucecita, que anda con los botines cambiados.

EL CONVENTILLO era un corredor encalado donde desembocaban siete puertas. La de los Regusci estaba entornada, y una triangulación polvorienta iluminaba dos

macetones exteriores con Hojas de Sala y Espadas de San Jorge. Se oía cantar a un niño, acompañado por una guitarra.

-Permiso -dijo Luz, entornando la puerta.

Tato vio a una mulata de ojos dorados y volados que tenía un parecido remoto con su madre. El niño guitarrista también era ciego. La canción se interrumpió.

-Hola, hola -dijo Alondra, torciendo la cabeza hacia Tato. -¿Cómo te llamás?

-Santiago Carro -dijo el chiquilín. -Pero me dicen Tato. Abel Rosso te manda saludos.

Alondra sonrió.

-Camilo anda por ahí -preguntó la negra.

-Sí. Pasen al taller, mientras yo termino la clase. Enseguida los alcanzo.

Camino al taller cruzaron por el dormitorio donde los niños veían absortamente la televisión, despatarrados sobre una alfombra de lana cardada.

-Acá todo es lindo -comentó Tato en secreto.

-Sí. Y cuando los pitucos de tu barrio oyen decir **conventillo** ponen cara de orto. Fruncen el hocico así: mirá.

Luz carcajeó mientras empujaba la cortina de una piecita adornada con redes de pesca. Un hombre de rostro bretón alzó unos ojos suavemente atigrados. Mediría cerca de dos metros, y tenía el pelo amarillo recogido en una cola.

-Camilo Regusci: Tato Carro -los presentó la negra. -Este joven está casado con la hija de Abel Rosso y quiere regalarle una pulsera.

El hombre hizo una reverencia, sin alterar la posición yoga que usaba para trabajar. Sobre la mesa había un anillo a medio hacer, herramientas y un radio-casetero.

-La pulsera te la podría pagar mañana, recién -advirtió Tato.

-Guarda con este personaje -dijo la negra, haciéndole una guiñada a Camilo. -Es terrible pasador. Y poeta, para colmo.

-Tengo doscientos pesos, en serio. Pero hoy no los traje. Ayer le vendí un poema a Abel.

Luz le agarró una oreja al chiquilín.

-Che: esos doscientos pesos me los debés a mí. ¿O te olvidaste de la virundela?

Tato enrojeció.

-Un momento -dijo el hombre. -Yo acepto que me pagues la pulsera con un poema. ¿Te animás a escribirlo aquí?

-¿Tenés papel y lápiz?

El hombre hizo sentar a Tato en su lugar y le alcanzó un block y una birome. Entonces el chiquilín escribió lentamente: *El mar es lindo como una rosa y a veces van pescadores y pescan.*

Camilo leyó la frase en voz alta y Luz largó una pedorrera:

-¿No te dije que era terrible pasador? Eso no es un poema, mijito.

-Li-Po (un gran poeta chino) hubiera dicho que Tato acaba de pescar poesía -opinó Camilo.

-No sabés ningún poema de ese chino -preguntó el chiquilín.

-Me acuerdo de dos versos que dicen: *Si al cielo no le gustase el vino no habría en el cielo estrellas que lo recordasen.*

-El vino o el champagne -dijo la negra, relojeando a Tato.

18 / LUZ

CUANDO DALMA se rompió la pierna empezó a traerme el paquete diario Cirilo que para masajearme el cuore de entrada me embagayó un caballito y unos Lucky en el nombre de Los Negros de Artigas y sobre el fin de la visita se topó con la Madre Superiora que quería conocerlo en persona y casi termina invitándolo a tomar el té: y aquella madrugada dejaste desbocarse la blancura del corcel escocés por las viejas cañerías y fue como si te cremaran y a las seis de la mañana te sentiste una mole de ceniza hincada en la capilla y al salir de la misa obligatoria y ver el patio conventual barrido por la llovizna ni siquiera necesitaste un cementerio: y un domingo me caen de sopetón Alondrita y el marido jipi y cuando los iba a mandar delicadamente a la mierda veo que además de un paquete traen un bebé y ahí pensé Patapúfete y pispié que la vida me iba a joder de nuevo apenas levantaron el rebozo y no atiné a rajar: y Sebastián Chapete Juárez atravesó las gredas y las sangres para envolverte con los ojos de Dedé y Brigitte y un suave vapor turquesa se derramó en la cárcel otoñal hasta iluminar todo: y aquella noche pude volver a oler las fogatas esquineras y junar a Garrincha y a Coutiño templando las lonjas y el tamborón del piano me pijoteaba el bobo y el repique y el chico me mariposearon entre los frutillones y terminé embalándome con una paja más linda que la de un Chianti: y al otro día la Madre Superiora te comunicó que el período de prueba o mutua aceptación estaba terminado y le agradeciste a Momo por no tener que pasar a cárcel central y poder seguir viendo en paz al hijo de Malú y Sixto: y cuando me salió la sabrosona sentencia de ocho años por ser la justiciera de Maracaná y por ninguna otra cosa y pedimos sobre el pucho la libertad anticipada conseguí permiso

para organizar un festejo debute y las muchachas paquetearon todo con guirnalditas y las monjas se pelaban por verme bailar y esa tarde me pude reír en serio: entonces el silencio estancado durante siglos remolineó como esquírlas de estrellas y un crepúsculo altísimo y estriado de sedosidades crujió violentamente sobre las pajareras los malvones los hábitos las galerías y la estatua del santo: porque yo me fumaba un faso de madrugada en el baño como quien se despierta para ir a mear por costumbre y esa noche me zampé una petaca de grapa que me había traído Dalma para toda la semana y me enamoré del santo que nos vivía mirando desde el medio del patio y le hice una guiñada y vi lo que le costó salirse de ahí adentro para darme pelota: pero cuando de repente me ofreció un ojo lleno de luna y el radiante perfil de chiquilín cagado de intemperie supiste más que nunca que cualquier hombre empecinado en perlar el espacio es más fuerte que el infierno: y me pasé los tres años y pico que me quedaban para cumplir la media pena dragoneando con él y la segunda noche ya le conté que Sixto había venido a visitarme por cumplido y después chau mi plata y cómo terminaron cagándome con mi hermana la revolucionaria y dejando en banda al chiquilín y cómo una quería vivir nada más que para ver a Chapete: aunque tardaste meses en poder entender el trabajo del santo que algunas noches estaba tan borroso que casi no estaba y parecía menos santo que las bestiales policías femeninas que entraban a separarlas si se trenzaban hasta arrancarse los mechones y barajar un filo y aquel acalambrado prestándose atención nada más que a sí mismo: y cuando no daba bola yo me agarraba las tales calenturas y pensaba Podrido egoísta pollerudo urso de mierda no nos viste pasar reventando de frío a cabecear en la misa de las seis no nos ves cocinar fregar y barrer las letrinas despellejándonos los sabañones para que a la vieja jefa le brille este conventillo de lujo que es lo único que le importa en este puto mundo: hasta que un atardecer estabas tomando mate frente a una ventana con una cardiópata deshauciada y una loca de amor y las viste espejar el resplandor del santo impasible y sereno y ajeno a todo menos al sol que ya nadie podía ver y él devolvía en oleadas desde el medio del patio: y esa noche hubo luna y no pude dormir hasta la hora del faso y agarré la petaca y me abrigué como una momia y salí con un disco rayado en la cabeza y Charlo chamuyándome *Yo digo que es un tesoro de plata y oro tu corazón* y el coso me recibe hecho un jaspe entre el macetería y de golpe le cruza una hoja por la trucha y cuando se le vuelve a destapar el ojazo le calé la guiñada y sentí más ganas de bailar y cojer y volar de borracha que en toda la vida junta y pensé Hay que repechar Luz que la cosa está linda todavía.

19 / EL SUELO – EL CIELO

DESPUÉS DEL cuarto clarete Luz se trenzó en una discusión interminable con Garrincha y Coutiño Fernández. Pelé callaba. Algún que otro cliente se quedaba a escuchar, pero terminaba aburriéndose.

-Mirá, Coutiño: te lo digo porque yo sé vivir. Yo también estuve en cana pero sé vivir -sentenció finalmente la negra, descorchando una damajuana. -Ustedes son piltrafas con buena voluntad. Son carne de carancho, ¿comprendiste? Los milicos se los cojieron hasta por las orejas y ustedes siguen tan campantes. Siguen creyendo en los Reyes Magos. Y se pasan jodiendo para que todo el mundo se joda igual. Pero la gente no les da pelota: ¿comprendiste?

Tato había comido dos chorizos y un pedazo de asado, además de tomarse media Coca-Cola de a litro. Cada vez tenía más ganas de escaparse corriendo a la casa de los Regusci.

-Sacamos los tambores -le preguntó Garrincha a Coutiño.

El negro tuerto y canoso estaba sentado en el cordón de la vereda, agarrándose la cara.

-Qué pasa -dijo el otro.

-No pasa nada, macho -roncó Coutiño. -¿Qué va a pasar?

-¿Machos? -cacareó Luz. -Flor de machos son ustedes. Mirá este chiquilín: el padre estuvo en el hotel, también. ¿Y sabés lo que empezó a hacer después que salió? A cagarlos a patadas. Pero no a los milicos, corazón. Cascaba a la mujer y a los hijos. Se piró: le daba con que la mujer y los hijos eran milicos y los cascaba a ellos.

Tato se tapó los oídos y Garrincha enfrentó a Luz con una mirada sangrienta.

-Andá a dormir, musula -gritó. -Hacé como en el tango: poné las plumas de faisán de almohada y reventá, nomás. Que nadie te precisa.

Y se acercó a apoyar una manaza en el cráneo de Tato.

-Cómo se llama tu viejo -preguntó.

-Le decían Tarzán.

Garrincha miró a Coutiño.

-¿Vos te acordás de que hubiera algún Tarzán en el Penal?

-Sí. Yo lo conocí bastante. Era un rubio grandote, con unos huevos de la puta madre. Dos por tres lo llevaban a la isla porque les bajaba el cogote a los milicos mirándolos fijo, nomás.

Tato miraba al negro con las pupilas en carne viva.

-¿Otra vez con la misma cantarola? Pero déjense de joder de una vez con los milicos y con la resistencia, inútiles de mierda. La revolución la hice yo, en este país -gritó Luz Adrogué parándose de golpe. -Yo cambié todo, acá. Y a mí sí que la gente me da pelota: estate seguro que me ponés de candidata a presidenta y me votan más que a ustedes, atrasados mentales. Me acuerdo cuando empecé a mostrar las tetas. Ustedes fueron los primeros en poner el grito en el cielo. Vos no sabés esas cosas porque sos un pendejo, Pelé. Pero decí si miento, Garrincha.

-Vos sos una musula. Y yo con las musulas ya no discuto más. No es que mientas ni digas la verdad, Lucecita. Lo que pasa es que se te acabó un hueso y te creés que se acabó el mundo. Mirá Pelé: le quebraron las patas dos veces. ¿Y?

-Pero Pelé era joven -porfió Luz, llorando dulcemente. ¿Quién puede vivir sin bailar? Digan la verdad, carajo.

Tato cruzó una mansa mirada con Pelé.

-Lo que ustedes no quieren entender -se empecinó la negra, que parecía un cabezudo bamboleándose bajo la lluvia- es que todo se acaba. Eso es el mundo, macho. Pero si a mí se me acabó el baile lo digo. Y chau.

Coutiño abrió el ojo sano y le hizo una seña a Garrincha y a Pelé, que entraron al conventillo y volvieron con tres tambores. Entonces Luz Adrogué se fregó el mascarón empastado con lágrimas y grasa y rimmel, y se largó a bailar. Tuvo tiempo de dedicarle una guiñada al chiquilín antes de caer de boca sobre la vereda.

TATO CORRIÓ rengueando hasta la casa de los Regusci. Camilo salió a ver lo que pasaba y volvió después de un rato largo y dijo que una ambulancia se había llevado a Luz. Alondra le propuso al chiquilín que se quedara a dormir y le armaron una hamaca paraguaya en al taller.

-Querés que avise a tu casa -preguntó la mujer, con la mirada posada en las redes de pesca.

-No tenemos teléfono -mintió Tato.

-Llamo a Abel, entonces.

Tato aceptó. Cuando Alondra volvió de telefonear el chiquilín ya cabeceaba y oyó entre sueños que Abel venía a buscarlo de tarde temprano. Hacía mucho calor. Alondra abrió completamente una claraboya por donde se filtraba el relente marino. La casa no tenía puertas interiores, y la mujer salió y volvió a entreabrir la cortina en la penumbra para derramar el misterioso resplandor de sus ojos. Tato estaba soñando que era ciego.

LO DESPERTÓ la frescura del alba. La mirada del chiquilín trepó con mansedumbre hacia el cielorraso y de golpe se tensó.

-Más -oyó jadear. -Más, mi amor. Más más más vení mi amor vení vení vení.

Tato enderezó los ojos. Por un borde entreabierto y apenas tremolante de la cortina del taller vio la pieza de enfrente. La otra cortina no estaba cerrada, y el enorme hombre rubio y la mujer de cobre eran un solo cuerpo en la marea turquesa.

AL OTRO día el calor sobrepasó los treinta y cinco grados, pero Tato cruzó Caramurú manando una viscosidad helada. Abel lo había traído del conventillo a las siete de la

tarde: el chiquilín recogió sus cosas enseguida y se escapó corriendo a la cantera por la calle de atrás de los bloques. Al llegar al arroyo empinó varias veces la cantimplora y entrecerró los ojos.

-Hola, poeta -murmuró una voz sedosamente aflautada. -¿Te dormiste?

Tato miró a la chiquilina que se le había sentado al costado y sonrió.

-¿Cómo sabés que soy poeta?

La infanta tenía puesto un traje de comunión coronado por un lazo que le realzaba la negrura radiante del pelo y la piel.

-Yo vivo al lado de lo de Rabí -dijo arrancando un pastito. -¿Me das champagne?

-¿Cómo sabés que tengo champagne?

-Porque yo sé todo.

-¿Cómo te llamás?

-Luz.

Tato le dio la cantimplora y dijo:

-Tomá. Pero no me mientas. No me mientan más. Por favor.

La infanta le devolvió la cantimplora y levantó los ojos color borra de café recién hecho hacia los álamos.

-Mozart no miente -dijo. -Tarzán siempre está allí: entre los árboles.

-¿QUIÉN?

-TU PADRE.

Tato bajó la cara y dijo:

-No me mientas.

-El champagne no te alcanzó, cachafaz.

-¿NO ME ALCANZÓ PARA QUÉ?

-NO ME GRITES. FUISTE CAPAZ DE IMAGINARTE QUE TE REUNÍAS CON UN DOCTOR Y UN POETA QUE NO ESTÁN EN MONTEVIDEO DESDE FIN DE AÑO Y CON UN MURGUISTA QUE NI SE DEBE ACORDAR DE QUIÉN SOS. PERO EL CHAMPAGNE NO TE ALCANZÓ PARA VER A TARZÁN. ¿COMPRENDISTE?

La infanta se clavó un pastito en la trompa y agregó, parándose de un salto:

-Y ahora sos capaz de imaginarme a mí, también. Tan linda como estoy. Pero yo digo: ¿POR QUÉ CARAJO NO LO BUSCÁS A ÉL, CORAZÓN? A TU PADRE!!!!

Entonces Tato subió los ojos y encontró la espesura de una cabeza alta como los álamos, plantada en el declive de la orilla de enfrente. Después tiró la cantimplora y se puso a jugar al fútbol dando pasos de rock and roll, hasta que la cantera se azuló.

DOS: PAN AMASADO POR EL DIABLO

Diana Pumar y Carlos Saralegui en el espectáculo *Onettiana*, montado en el Museo Torres García en 1993.

Del verbo divino
la virgen preñada
viene de camino.
¡Si le dais posada!
SAN JUAN DE LA CRUZ

1

Abel Rosso empezó a subir el repecho de Palmas y Ombúes con la sincronización de un muñequito de cuerda mal articulado. Estos atardeceres de noviembre pueden llegar a resultarnos maravillosamente insufribles, hija mía.

Casi treinta años atrás iban pasándose la pelota con Brian por esa misma calle y cuando le propusiste formar un grupo beat el muchacho alto y flaco y cabezón apenas sonrió aunque durante todo el partido que jugaron aquella noche en el Marítimo su pelo conservó una flotación solar y al otro día empezaron a ensayar y a buscar un batero y un segunda guitarra con urgencia.

Abel no demoró en darse cuenta que el coche que estaba estacionado frente al Marítimo no era el del director del espectáculo teatral que preparaban desde hacía meses. Qué lujo obsceno.

-Petiso -lo sacudió una especie de voz en formol.

-Flaco -le muestro los dientes acercándome a la puerta abierta del club, donde el cotizado ginecólogo grado 5 Brian Beltrami me espera fumando. -Tanto tiempo. ¿Le pasó algo a tu hija?

El hombre de impecable melena rubia tiró el cigarrillo y permaneció sentado en el escalón mientras Abel se acercaba a darle la mano.

-No. Annelise está ahí adentro, esperándote -me informa. -Parece que al director lo agarró una gripe fulminante y tu teléfono daba siempre ocupado. No hubo cómo avisarte. Y como la nena quería ensayar a toda costa yo tuve que quedarme de guardia hasta que llegaras. Fijate que hoy es viernes y se viene tormenta: un día perfecto para el degollador de la costa: ¿eh?

El hombrecito calvo barbudo y ya barrigón observó el lado oscuro del atardecer.

-Carajo -digo.

Debutaron con equipos alquilados en un cumpleaños de quince que se festejó en el Marítimo pocos meses después y Brian tocó el bajo desplegando la misma precisión elegante con la que iluminaba las canchas de básquetbol mientras el resto sudaba chapurreando canciones de los Beatles mal sacadas.

-Vos siempre igual, maestro -trato de sonreír.

El otro se paró, y sus lentes azules espejaron un sol casi sangriento.

-¿Cómo marcha el espectáculo? -preguntó. -¿Les da el mismo laburo que nos daba la orquesta a nosotros?

-Da mucho más laburo. ¿Annelise no te cuenta?

-No: en casa es muda. No salió a la madre.

-¿Cómo anda Flor?

El hombre sacó cansadamente los cigarrillos.

-Agonizando. Como siempre -dice. -Está loca del todo. Y para completarla hoy el degenerado anónimo volvió a llamar por teléfono a la nena.

El médico dio unos pasos en dirección al auto y Abel no lo siguió.

-Vení un poco, petiso.

En el club empieza sonar el segundo movimiento de la séptima de Beethoven, sobre el que Annelise trabaja las acciones mudas del velorio de un pájaro.

-Vení -repitió Brian, y la juvenilidad reblandecida de su voz pareció herir a Abel como el filo de una mirada. -¿Vos te creés que a esta altura yo me puedo asustar de algún degenerado, por más degolladores que anden en la vuelta? ¿Nunca te levantaste a una pendeja del Seminario o del Sainte-Catherine? Te aseguro que son peores que cualquier abanderado de la barra brava de Peñarol.

El humo del cigarrillo forma una nube verde.

-Che: ¿sabés quién anda por aquí, en el barrio? -machacó el hombre alto sobre el final de la carcajada. -Ringuito. Va a quedarse dos semanas. Le va como los dioses en San Pablo con las computadoras. Cuando quieras nos tomamos algunas caipiras. Yo creo que debe hacer veinte años que no nos juntamos.

Ni el batero ni vos eran demasiado feos pero las chiquilinas se le abalanzaban inexorablemente a Brian que en la segunda época de la banda sólo miraba a Flor y la noche que debutaron con ella en el Náutico esperaron que el padre la viniera a buscar y se emborracharon con vino dulce en la Playa de los Ingleses y cuando amaneció Ringuito gritó Mierda que afrecho te juro que si ahora entro a una iglesia soy capaz de tirármele arriba a la Virgen A Flor no vas a encontrarla en ninguna iglesia loco retrucó Brian.

El Allegretto de la séptima sinfonía de Beethoven se truncó.

-Hasta siempre, catedrático -digo mientras veo alejarse el Hyundai Elantra y suena el primer trueno.

2

Las puertas laterales vidriadas y los enormes ventanales del Marítimo daban hacia el oeste: aquellos últimos días Abel se sentaba a ver calentar a Annelise y al director-actor con música de Beethoven Piazzolla Gismonti y el corazón de la primavera parecía detenerse.

Se habían quedado sin segunda guitarra porque era época de exámenes aunque igual ensayaban de cuando en cuando en el club y una tarde apareció una chiquilina de paso duro y ojos amarillos que los interrumpió para decir Hola me llamo Flor yo canto y toco teclados y tengo un problema en una válvula del corazón pero pienso vivir mucho.

Annelise me espera sentada sobre el mosaico: tiene los ojos breves y oscuros, y un pelo color cobre que le llueve radiantemente hasta la cintura.

-Cómo anda tu hija -preguntó.

-Más o menos -me inclino para besarle la satinada suavidad del rostro. -Ayer casi no durmió.

-¿Y se animó a ir a la escuela después de lo que le hicieron?

-Sí. Tiene los ovarios bien puestos.

-Pobrecita.

Fíjense que todavía no hay ningún conjunto con voz femenina argumentó Flor mientras ustedes seguían inercambiando muecas de perplejidad Y además no soy fea.

-Lástima que tu viejo se quedó afuera mientras hacías el velorio del pájaro -digo sin convicción.

-Mis viejos deben estar afuera del mundo desde que yo nací -ladró la muchacha. -A la mierda con los sixties. Y ahora están por separarse, además. Te aviso que a mamá en cualquier momento le viene el raye con este mambo del degollador y no me deja hacer más teatro. Mirá: no puede haber ninguna mina que tenga más necesidad de ser mayor de edad que yo. ¿Me trajiste a Bukowski?

Abro el cartapacio y le alcanzo *La senda del perdedor* poniendo cara de Papá Noel. Annelise se levantó con dulce gravidez. Vos sos linda de veras.

-Gracias, hermano -entristeció inesperadamente la chiquilina.

Che por lo menos pruébenme terminó prepoteándolos Flor A ver hacé la introducción de *If I fell* en Sol sostenido menor y fue maravilloso escucharla ronquear y enseguida supiste que la despampanante muchacha de minifaldas y corazón andrógino nunca sería capaz de enamorarte.

-Bueno -saco el segundo cigarrillo del día. ¿Ahora puedo ver el velorio del pájaro, maestra?

-No -murmuró Annelise. -Hoy no me sale nada. Tampoco tenía ganas de venir. Preciso ir a *El reenganche* a encontrarme con alguien. Le vendí el verso a papá de que vos me acompañabas hasta lo de Cecilia y de allí me llevaban a casa. Pero lo único que preciso es que me acompañes hasta *El reenganche*.

-Ta bien. Pero primero hacé el velorio del pájaro.

La muchacha usa una malla negra enteriza que le ciñe delicadamente el esqueleto y la agresividad de los pechos bien nacidos. El hombree hizo retroceder el cassette y el Allegretto rebrotó entre una lava turquesa transitada por pájaros incandescentes y soplos de glicinas jazmines y jacarandás: y durante la circularidad concéntrica del crescendo Annelise se transformó en una prostituta que escarbaba y giraba recortada contra el atardecer rengueaba se arrastraba y corría ofrecía rogaba y llamaba a los hombres y a Dios para santificar las vidas imposibles. Ahora truena que da miedo.

3

-Menos mal que hoy no te salía nada -digo ya en la calle, admirando la enloquecida luminosidad que declina entre la tormenta. -Qué cansancio espantoso. Mañana de mañana tengo que bajar a lo de mi hermana a limpiar las maderas que conseguimos para la escenografía.

-Mierda -dijo Annelise. -Le tengo tanto asco a la mayoría de la gente que al final me doy asco yo misma.

Flor se integró a la banda aquella misma tarde y al otro día les hizo transportar su órgano electrónico al club y cuando terminaron de arreglar la primera canción se puso a bailar sola hasta quedar sin aire y después les contó su vida y sus milagros con ojos de vampiresa y al salir del ensayo gritó Flower para todos y todos para Flower.

-*Pobre corazón / que no encuentra su cordura* -cantó Abel, y agregó: -Tené confianza en tu corazón, morocha.

Entonces Annelise empieza a torcer los ojos igual que en la escena del espectáculo donde la yira mira al soñador sin saber si entregarle también el alma.

-Ayer terminé de leer tu novela de París -comentó. -¿De quién se enamoró Bénédicte, al final?

-De Dios. Y yo también.

-Pero vos no creías en Dios.

-Pero creía en la Virgen. Que representa el misterio de la perfección de Dios.

Aquel verano iban en barra a la Playa de los Ingleses y Flor coqueteaba parejamente con los tres y decía Qué joder es mi último verano de niña cuando cumpla dieciséis en abril decido quién me gusta de veras y a otra cosa y vos fingías estar interesado en ella por pura complacencia y observabas el hambre de Ringuito y la adoración ciega de Brian y pensabas Flower para todos y nadie para Flower.

-¿Y seguís viendo Gárgolas? -me pregunta Annelise.

-El asesino existe adentro de cada uno -bajó la cara Abel. -Esa es la Gárgola.

-¿O el diablo?

-Es lo mismo.

Al doblar por Grito de Gloria se prendieron las luces de la calle y el pelo de la muchacha empezó a tremolar anaranjadamente hacia la izquierda.

-¿Vas a estar mucho rato en *El reenganche*? -me animo a preguntar.

-Depende.

-Pero no irás a fumarte o a emborracharte mucho.

-Eso también depende.

Entonces Abel se frenó. Carajo.

-Cecilia está en el boliche -se defendió Annelise. -Después vamos para la casa y el padre me lleva. O pido permiso para quedarme a dormir. No hay problema.

El debut del rebautizado grupo Flower fue el sábado anterior a que Flor cumpliera sus tan esperados dieciséis años y mientras Ringuito y Brian compraban el moscatel dulce en la cantina la muchacha observó el Náutico ya vacío y te dijo Yo me enamoro de la gente cuando los veo bailar y cuando era muy chica ya soñaba con hacerlos bailar y me dormía soñando que después de la fiesta nos íbamos todos juntos al cielo.

-Okey -cabeceó Abel. -Vaya a ese boliche pestoso. Pero si la cosa se le pone muy dura no se olvide de ver a un negro de otro mundo que anda con un sombrero blanco y un perrazo. Le va a regalar una rosa para que se seque la cara.

-Todo bien -sonríe Annelise, como si comprendiera. -Gracias, loco.

Empezaron a caer algunas gotas. Y de golpe veo salir a un muchacho del boliche-galpón y acercarse lentamente, entre remolinos de pétalos de acacias blancas. Annelise se endureció.

-Dejame sola -jadea, dándome un beso rápido.

Abel la obdedeció. Cuando me cruzo con el muchacho lo saludo alzando un brazo: está muy fumado se parece a Rimbaud y entre sus pestañas enruladas fosforece la Gárgola más joven que me tajeó en la vida.

4

El hombre mal sincronizado repechó la colina de Grito de Gloria y llegó a los bloques de apartamentos cuando ya llovía fuerte. Ni siquiera se me ocurrió pedirle a Annelise que me pegara un telefonazo al salir del boliche. Hacía tres días que la mujer y el hijo menor de Abel estaban en México, visitando a una parte de la familia.

-Paloma duerme profundamente -dice mi hermana, después de apagar la TV. -Le di un Plidex.

-¿Comió?

-Bastante. Hicimos los deberes juntas pero no quiso ver la tele ni nada.

-¿Se supo algo nuevo del degollador?

-No. Antes de que me olvide: hace un rato llamó la madre de Annelise. Va a volver a llamarte.

Flor festejó sus dieciséis años con una reunión donde le dio el sí a Brian y Ringuito ni siquiera propuso consolarse etílicamente en la Plaza Virgilio porque el otoño los sumergió de golpe en una niebla pavorosa que te hizo moquear y morder la almohada hasta el amanecer.

Abel abrió una caja de vino blanco Y Ma-Sa aceptó un vaso.

-Extrañás mucho a la chamaca y a Martín -me sondea desnudando el triangulito que le embellece la juntura inferior de las paletas.

-No es eso. Creo que estoy en trance de aceptar la llegada de la vejez. Sin drama.

-Pero con depresión.

Abel retuvo un sorbo debajo de la lengua y tragó y contestó:

-Está el asunto del teatro, también. Da un laburo infernal. Y está el diablo, también -retengo otro largo sorbo empezando a aliviarme. -Nunca hubiera pensado que a mi hija de once años iban a crucificarla en plena escuela. Mi inocencia es inmortal, estimada psicóloga.

La mujer-muchacha diminuta y de ojos muy azules sonrió serenamente antes de retrucar:

-¿Por qué no me contás bien de una vez cómo fue? Se me hace tarde, samurai.

Tenías dieciseiete años y dormías desde los quince en la piecita del patio y aquel mediodía la niebla apenas te dejaba distinguir las hojas del gomero que invadían el tragaluz y te golpearon varias veces para llamarte a almorzar y ni tu padre ni tu madre pudieron convencerte de que por lo menos le abrieras la puerta hasta que descubriste a Ma-Sa observándote trepada en el gomero y saliste a comer fingiendo un desconsuelo amoroso.

-Bueno -vuelvo a llenarme el vaso. -Lo que te falta conocer son algunos detalles, nomás. La que organizó el baile en el salón cooperativo fue la propia maestra, con la intención de **reconciliar a la clase**. Tenían todo planeado. A cierta altura del baile, las chiquilinas que están enamoradas de Tato y los chiquilines que están enamorados de Paloma arrastran a empujones a Tato y lo plantan frente a Paloma y el chiquilín grita llorando **Te quiero como amigo pero no quiero ser más tu novio**. Y mi hija se va corriendo a llorar al baño y el pelotón principal de la **clase ya reconciliada** le golpea la puerta, insultándola y festejando. Entonces me hija sale del baño y la maestra le pregunta si prefiere volver sola a su casa y la deja venirse sola por la calle, a las once de la noche. Viva la humanidad, como decía Isabelino Pena.

-¿Ya hablaste con la maestra? -preguntó Ma-Sa, parándose para recoger el paraguas del lavadero.

-La maestra ya me oyó, no te preocupes. Lo que queda es el dolorazo, tirado en ese cuarto.

Te pasaste toda la tarde del domingo encerrado en tu pieza y de golpe te gritan Tenés visita y Flor entra con una bruma dorada en los ojos y se sienta en la punta de la cama y murmura Yo sé que no llorás por mí pero vení y te obligó a escucharle el corazón y ni siquiera te diste cuenta que estabas recostado sobre el precioso pecho de una muchacha y ella dijo La válvula puede fallarme en cualquier momento yo anoche supe enseguida lo que te pasaba porque desde que soy chica la niebla me hace imaginarme a todo el mundo muerto lo que tenés que hacer es tratar de que bailen y vean el cielo y chau y te besó en la boca y se escapó.

-Si Annelise todavía está en *El reenganche* avísame, por favor -le pidió Abel a Ma-Sa, ya con la puerta abierta.

-Quedate tranquilo, Marlowe -grita mi hermana, a través de la lluvia.

Abel entró en puntas de pie al cuarto de Paloma y la encontró durmiendo con una foto de Tato en cada mano. Cristo. Un inusualmente largo timbrazo del teléfono lo hizo pegar un salto de rayuela.

5

La mujer de Abel había quedado en volver a llamarlos el domingo de mañana. Pero a lo mejor merecemos un milagro.

-Poeta -casi gritó Flor en el teléfono, y Abel cerró los ojos se mordió el labio y se frotó la calva antes de rogar: -Esperá un momento, vieja.

-Te escucho -digo después de vaciar el segundo vaso de vino y traerme otro al teléfono.

-Ya está todo arreglado: alquilé los equipos y los instrumentos -ronqueó la mujer. -Ensayamos mañana en el Marítimo, a partir de las ocho. Ringuito y Brian pueden, y espero que vos también.

-¿Lo qué?

-¿Qué te pasa, loco? ESTAMOS LOS CUATRO JUNTOS, OTRA VEZ. ¿Cuántas veces hablamos de resucitar a Flower un rato, por lo menos? Escuchá: si el ensayo sale bien podemos tocar el domingo para que nos oigan los pendex y sepan lo que fueron los verdaderos sixties. ¿Okey?

Lo mejor de la banda no era el órgano electrónico ni los equipos los parlantes los mcirófonos y hasta la consola que llegaron a tener invirtiendo peso a peso lo ganado en cuatro años de actuaciones en bailes festivales radios y televisión sino el originalísimo repertorio de *covers* que mezclaban a los Beatles los Rolling Stones y los Dave Clark Five con los apenas difundidos Peter and Gordon o Paul Revere and the Riders y hasta los exóticos Young Rascals conseguidos gracias al espionaje del representante en el archivo de CX 8 y fundamentalmente el yeito de los duetos aterciopelados por la garra romántica de Flor o sus solos rockeros donde parecía un ángel con los cables pelados.

-Flor -trató de atenuar un resoplido. -No estoy para tocar, de verdad. Ando muy cansado. ¿Ya llegó Annelise?

-No. Me acaba de llamar desde lo de Cecilia. Dice que ya la traen. Y recién volvió a llamar el hijo de puta que se pajea en el teléfono nombrando a la **actriz**, también. Pero vos **no estás para tocar**. Vos querés hacer un **espectáculo teatral** raro como perro verde para que vayan a verlo nada más que los amigos los parientes y los pajeros.

-Flor, tratá de entender. Mi mujer está en México porque se murió el padre y yo-

-Ya sé. Pero se llevó a tu hijo, por lo menos. Yo tengo que bancarme a las tres boludas mías todo el día y me animo y toco igual.

-Pero yo ni siquiera me acuerdo de una puta canción de las que tocábamos. ¿Entendés?

-¿Estás con copas, no? Mirá: podemos llevar whisky al ensayo. O preparar caipirinha. Yo me acuerdo de **todas** las canciones: **las sueño todos los días**. Me acuerdo de mis voces y de las tuyas. Y de los acordes. Probamos con seis o siete, nomás. Dale, Abel. No seas malo.

Flor hacía vida normal aunque tenía prohibida la mayoría de los medicamentos y cada gripe era un drama y cada extracción dental era un round de picana eléctrica aunque lo que le complicaba verdaderamente la vida era la superaceleración que se le desencadenaba de golpe en escena hasta que ustedes la reprimían gritándole Sweet Flower como quien grita Okey boys y ella torcía hacia atrás sus ojos de oro herido.

Abel tomó un gran trago de Termidor y dijo:

-No. No soy malo, vieja. Es que no tengo tiempo. De verdad. Si querés nos juntamos a tomar unas copas y a charlar. Cuando vuelva Candela. El jueves ya está aquí.

Flor cortó violentamente. Lo único que me falta es que me inviten a jugar a los cow-boys a la cantera.

-SOCORRO -gritó Paloma, y Abel se abalanzó en otro espectacular doble salto hasta la cama de su hija.

Socorro gritó Flor una vez al bajar del escenario del Parque Hotel Hoy salió tan divino que sentí que en lugar de dos tetas tenía dos corazones.

Paloma estaba soñando, y no se despertó. A lo mejor merecemos un milagro.

Al rato volvió a sonar el teléfono, y Abel avanzó sonriendo y haciendo un receloso equilibrio con su vaso. Ahora sí.

-Escuchame -ladró Flor. -¿No podrías dejar de prestarle a mi hija esos libros de porquería, por lo menos? Acabo de pescarle otro.

Madre de Dios.

-¿Oíste? -insistió la voz flemosamente envejecida. -ES UNA MENOR DE EDAD, LOCO. ¿TE OLVIDASTE? NO LA HAGAS TRAER MÁS MIERDA DE LA QUE HAY EN EL MUNDO A ESTA CASA DE MIERDA. PRESTALE AL CHE GUEVARA, LOCO!!!! O YA NO TE ACORDÁS DE NADA????

-Bukowski es un genio.

La mujer perdió aire.

-Mirá -aprovecha para murmurar. -Yo apenas leí dos cuentos pero me alcanzó y me sobró. El otro día le robé un libro a Annelise donde de lo único que se habla es de follar follar FOLLAR-

-Sweet Flower.

-Minga, Sweet Flower. Te digo más: ¿sabés quién sería el principal admirador de Bukowski si le diera por leer cuentos? El cerdo de mi marido.

El equilibrio en escena era perfecto porque Flor enloquecía a cuanto varón no tuviera el corazón celestemente fajado y Brian a cuanta hembra no aullara con amor a la hora del lobo y entre ellos se afirmaba la comunicación adorador-estatua que les hizo conservar el altar florecido durante unos cuantos años.

-Hacía muchísimo que no veía a tu marido -trato de bifurcar el tema.

-DE ESE CERDO NO ME HABLES!!!! Ese es PEOR que Bukowski. Decime una cosa, petiso: ¿cuántos años te comiste al final, entre cana y exilio?

-Casi diez.

-¿Te acordás cuando nos encontramos en Cuernavaca?

-Cómo no.

-Fue precioso. ¿Te acordás que no me querían dejar entrar en aquella cantina pestosa y yo metí pechera igual que en la esquina de Caramurú y Grito de Gloria y terminé cantándoles *Chiquitita* a los matones?

-Me acuerdo.

Flor se volvió a ahogar.

-Mañana ensayamos en el Marítimo a partir de las ocho -sentenció con voz lívida. -O Annelise no actúa más.

Y colgó. Desgraciada.

El día que la prensa confirmó el asesinato del Che tenían un cumpleaños de quince en Carrasco y Flor no aparecía por ningún lado y al final la encontraron en la Plaza Virgilio tomando vermut como un linyera y les dijo Hay bruta niebla che al que me hable de cantarle esta noche a los pitucos soy capaz de caparlo de un botellazo.

-¿Por qué no llama mamá? -preguntó Paloma recortada sobre la oscuridad de su cuarto, descalza.

Está llorando otra vez. Abel prensó los ojos y de golpe besó el vino y dijo:

-Abba. Vení, vieja. Vamos al escritorio.

-No. No me quemes más la cabeza, por favor. QUIERO HABLAR CON MAMÁ. ESTOY PODRIDA DE QUE ME LEAS POEMAS.

-No va a ser un poema. Tranquila. Sentate allí un momento y escuchá.

-Esos discos son viejísimos.

Acá está. La canción era de un grupo sueco muy comercial que se llamaba Abba y estaba de moda en México y en todo el mundo cuando nació Paloma.

-El día que cumpliste un año llovía una barbaridad. Y te regalamos esto -explico. -Armamos un tocadiscos portátil en el suelo del cuarto y te despertamos con esta canción. Te encantaba.

Che estas suecas son más gronchas que Cantinflas pero a veces te hacen volar el bobo comentó Flor en tu casa de Cuernavaca la noche que terminaste jugando al Cónsul de Lowry en las cantinas.

Y escucharon el semidestruido disco simple y cuando las cantantes aullaron *Chiquitita sabes muy bien / que leas penas vienen y van y desaparecen / otra vez vas a bailar / y*

serás feliz como florecen que florecen / chiquitita no hay que llorar / las estrellas brillan por ti allá en lo alto Abel sintió que el eje de su hija volví al ángulo de infancia que le correspondía.

-Ponelo otra vez -pide mansamente Paloma, y yo empiezo a sentirme abrigado por la lluvia.

7

-Pero qué alma podrida que resultó esa Flor -dijo Matías Jr. (el director / actor / co-guionista) cuando Abel lo llamó por teléfono al otro día temprano, después de haber escuchado *Chiquitita* con Paloma hasta las once y media de la noche. -¿No querés que te preste una peluca de mi mujer para el recital?

La doble carcajada fue interrumpida por los furibundos estornudos de Matías.

-*Nunca es triste la verdad: lo que no tiene es remedio* -aprovechó para quejarse líricamente Abel. -Menos mal que Paloma ya está tranquila, gracias a Abba. Se fue a pasar el día a la casa de una amiga.

-Che: ¿y ese tal Ringuito se acordará de algo? Mirá que los bateros pierden mucho la mano.

-Andá a saber qué fue de la vida de Ringuito, loco. Ese sí que puede haber resultado un terrible tiro al aire.

Brian y Flor cumplían un año de novios y Ringuito pasó a buscarte para ir al festejo y te encontró sumergido en otra escandalosa crisis otoñal y cuando no tuviste más remedio que explicarle lo de la niebla y la parca largó su clásica risita estilo Pájaro Loco y dijo Entonces si viviéramos en Londres habría que sacarte del ataúd todas las noches para llevarte a tocar y agregó con una guiñadita Tendrías que seguir el ejemplo de Brian petiso conseguirte una Virgen y tirártele arriba y se te acaba todo.

Los dos maderos carcomidos que les habían regalado para la escenografía estaban guardados en el depósito de bicicletas, en planta baja. No voy a aguantar el peso. Abel cargaba el termo y el mate con el brazo izquierdo y bamboleaba los postes llenos de clavos como lanzas en ristre, pero tenía que irse parando cada diez o quince metros y apoyarse en los muretes todavía húmedos de los jardines. No puedo más. En cada parada cambiaba las cosas de brazo pensando al mismo tiempo en la tristeza de su figura y en la posible ayuda de algún vecino o alma caritativa circundante. Nadie nos da pelota, Negro Jefe. Al cruzar Caramurú y pasar frente a *El reenganche* se acordó del

ensayo nocturno que le habían forzado a pactar con los fantasmas y se sintió casi literalmente crucificado. Pero tiene razón Serrat: no deja de ser hermoso. Y recién a los cuarenta y cuatro años entendió que los hombres no le temen de verdad al dolor sino a la desesperanza.

Tiene razón Ringuito cómo voy a poder seguir viviendo si no aparece una Virgen para darme a besar su corazón pensabas al otro día llorando boca abajo en la almohada.

Mi hermana no sale a atender la puerta y pienso que debe estar hacer haciendo algún mandado. Abel entró por el largo patio lateral, que lindaba con *El reenganche*. Cómo le habrá ido a Annelise con el Gargolita. El pequeño hombre barbudo calvo y ya barrigón avanzó hacia los fondos de su casa de infancia vuelta a alquilar por Ma-Sa, y a mitad de camino se detuvo sin soltar los postes: había visto abierta la puerta de su ex-pieza de soltero, ahora utilizada para guardar cachivaches. Esa puerta casi nunca queda abierta. Entonces depositó cuidadosamente toda su carga en una parte no encharcada del mosaico y caminó en puntas de pies hacia el gomero que cubría el tragaluz.

Y aprendiste a esperar sin creer nada más que en la nada y una tarde muy gris te habías tirado a rezarle señales de humo al cielorraso y escuchaste a Flor gritar Abrime poeta que me muero de frío y cuando la viste entrar acompañada por una amiga que se llamaba Gabi y quería prepararse para un examen de literatura ni siquiera te asombraste y Flor dijo Los dejo solo y el paisaje de una mansa belleza quinceañera bastó para insolarte.

Mientras me encaramo en el gomero para espiar por el tragaluz las grandes hojas satinadas me lavan el sudor con la lluvia de anoche. Abel estaba seguro de lo que iba a ver. Y entonces soy capaz de ofrecerle a mi hermana -que sólo puede haberse encerrado allí para rezar, prolongando una especie de ritual submarino que heredamos de mi padre- la sonrisa de resurrección que exigen las circunstancias.

8

-Así Que Abba -prendió un cigarrillo Ma-Sa. -Qué precioso milagro. No entiendo por qué te molesta tener que volver a tocar con los muchachos.

-Muchachos -me río buscando las herramientas para limpiar los postes de los clavos.

-A mí me hubiese encantado tener una reunión esta noche. Y cantar cosas de los Beatles.

-Hacé una fiesta con tu marido y chau. Son las mejores.

Ma-Sa no contestó. Demasiado temprano para fumar.

Llevaban un año de novios con Gabi cuando murió tu abuela y la velaron en el comedor y tu madre organizó una guardia fúnebre de lloronas rotativas donde participó Ma-Sa con ocho años y Gabi con dieciséis mientras Flor arrastraba a Brian hasta tu pieza previo pedido de la llave.

-¿No leíste los diarios, Abel?

-No leo los diarios.

-Está casi comprobado que el degollador vive en Carrasco.

-Y por qué te da pena.

Los ojos de Ma-Sa espejaron la cristalinidad chorreante de las hojas del gomero, sin que Abel alcanzara a verlos. Esta troja de clavos da para crucificar a un pueblo.

-No sé. Siento como si acabara de perder otra virginidad -agregó la mujer / muchacha. -Recién a los cuarenta años me doy cuenta que uno está en la trinchera eterna. Bomba bomba bomba. Es un descubrimiento tan estúpido.

Abel apoyó el martillo y la pinza en el suelo para cebar un mate. Esta pieza es terrible.

Hasta que en cierto momento te acercaste a acariciarle el pelo a Gabi y tu madre te clavó unos ojos desbordados de piedad podrida y miró el ataúd y ordenó suavemente Dale un beso a tu abuela Abelito y al apoyar los labios en la frente del cadáver sentiste que se manchaban con la viscosidad de una montaña hueca y sin fondo.

-Lo que pasa es que en la trinchera también se puede amar ordenadamente -dijo Abel. Todo es cuestión de práctica.

Palabras palabras palabras.

-Estoy deshecha, Abel. ¿No te expliqué que acabó de perder otra virginidad? ¿O sos sordo?

-Qué pasó.

-Mi marido volvió a orinar con sangre. Esta mañana. Hay que empezar todo de nuevo: los análisis la operación la quimioterapia. Todo.

Entonces nos miramos y nos sentimos bien. Ya estamos para otra bomba.

-La joda es que a veces se te vuelve muy bravo explicarle a un paciente lo que es la fe -se reincorporó combativamente Ma-Sa. -Me parece que están golpeando.

-Desde aquí no se oye.

-Si golpeás mucho se oye.

Qué viva: el problema es tener aguante para seguir creyendo que te van a abrir. Ma-Sa aplastó el cigarrillo y corrió por el patio.

Flor estaba contando chistes verdes en la cocina y te vio aparecer con la boca manchada por el cadáver y corrió a buscar a Gabi y en menos de cinco minutos estaban acostados en la piecita mientras Flor les hacía de campana y la sangre de Gabi quedó resplandeciendo como una rosa bajo el amanecer.

-Abel: te buscan.

-Que pasen -aúllo tironeando un clavo ferruginoso.

-¿Todo bien? -ladeó dulcemente la cabeza Annelise.

9

La muchacha tenía puestos unos flamantes lentecitos Lennon. Pensar que nosotros los comprábamos regalados en la feria de Tristán Narvaja porque eran del tiempo del jopo.

-Sentate -dijo Abel. -¿Querés un amargo?

-No. Prefiero fumar.

Otra que usa bastón blanco a esta hora.

-Mirá: lo que más me molestó de todo lo que te dijo mi madre anoche fue lo del Che -se atoró aparatosamente Annelise. -A mí me ha paspado tanto con el Che que preferiría

que me hiciera cuentos del Llanero Solitario, como cuando era chica. El Llanero Solitario era aquel cow-boy con antifaz, ¿no?

-Sí. Pero el Che era otra cosa, morocha.

Ya llevaban un año sin tocar y Flor se apasionó con Bellas Artes porque en la casa no le exigían trabajar ni estudiar algo redituable y Brian avanzaba vertiginosamente en la facultad y apenas podía aceptar a su Señora uniformada de guerrillera y coreando consignas de Mayo del 68 y una tarde cae Flor a la pieza donde estabas peleando con una novela y un examen de Derecho Civil al mismo tiempo y te pide para dejar una bolsa de armas por cuarenta y ocho horas y empieza a hablar de la Organización hasta obligarte a murmurar Sweet Flower y ella aulló Minga Sweet Flower ahora estamos en la revolución compañero y no en la joda beat y al despertarte encontraste una bolsa pesadísima y llena de escarcha recostada en la puerta.

-Todo bien -demoró en retrucar Annelise. -Todo viento, loco. Pero yo leo a Bukowski y me dan ganas de vivir, ¿entendés? Aunque el mundo sea un bolazo. Bukowski, Fito Páez y los Redonditos de Ricota están clarísimos. Pero ELLA ES UNA BOLSA DE MIERDA. Ella no leyó al VIEJO y se da el lujo de compararlo con mi PADRE, que no tiene aguante ni para mirarte a la cara. Y cuando ponés a Fito te jode con que es **medio amariconado**. O te dice que los Redondos saben cuatro tonos. ¿Entendés? Y ahora me chantajea con el teatro. Y TE CHANTAJEA A VOS. Eso es lo que no me puedo bancar.

-Calma, CHIQUITA. Calma.

Pero no está llorando por eso.

-Qué soretes que son -prendió un cigarrillo con otro Annelise. -Mirá tu hija: once años. Y ya la cagó un macho.

-Y a vos qué te pasó en *El reenganche*. Contá de una vez.

-PERO VOS TERMINÁ DE UNA VEZ DE HINCHAR CON ESOS CLAVOS!!!! Y vamos a tu casa un rato. Preciso un vinito.

Tu padre apenas tanteó la bolsa y se colgó un cigarrillo de los dientes verdosos y dijo Vamos a cenar y aquella madrugada escuchaste sus pasos atravesando lentamente el patio y al levantarte te enteraste de que se había pasado escupiendo hasta el amanecer y después te hizo una guiñada y te llevó a tu pieza ya encorbatado para salir a trabajar y dijo Explicale a los que te enfardaron que no es obligatorio jugar a Robin Hood ni ir preso pero que les dejé los fierros en la cantera en el canaletón del molino.

-¿A qué horas tenés que volver a tu casa? -guardó las herramientas Abel con el rostro muy sudado. Voy a tener que usar el pañuelo. Así que usalo vos primero, si querés.

-Gracias. Mirá: esta tarde no hay problema porque tengo que ir a Pocitos y hasta podría quedarme a dormir en la casa de Cecilia. Además Janis Joplin se va a estar haciendo la cabeza con los instrumentos y los equipos y toda la película. Hoy le toca jugar a los sixties: hoy y mañana, claro. Tomá. Consolate vos, ahora.

Ahora el pañuelo huele a altar.

-¿Sabés lo que me dijo Janis Joplin ayer, entre otros dos millones de bolazos? Que **yo** no tengo ovarios. ¿Cómo la ves? La sacrificada ama de casa que siempre fue una reconcheta millonaria y ahora tiene **las** pilchas dos sirvientas y coche último modelo propio para hacer los mandados. Se levanta a las once y canta **una hora** en el baño: siempre el mismo repertorio. Y lo otro que sabe hacer es hablar del Che Guevara o de Luz Adrogué o mirar telenovelas putearnos a nosotras y frotarse arruguita por arruguita. Porque prohibió que le cierren el cajón cuando se muera, ¿sabías?

-Cómo voy a saber eso.

-Sí, más bien. LA VÁLVULA FALLA EN CUALQUIER MOMENTO Y VOY A DAR LA CARA. Te dice así. En eso es una diosa, también: en AMENAZAR. Yo te aseguro, hermano: una persona que AVIVE AMENAZÁNDOTE es porque NUNCA TUVO OVARIOS PARA AGUANTAR DE VERAS.

-Quién sabe.

Hasta que un General que vivía en el barrio fue ametrallado desde la vereda de enfrente y Flor no se vio más y al poco tiempo Brian viajó a Buenos Aires y volvió con la noticia de que habían roto definitivamente además de cumplir con el envío de un mensaje verbal dirigido a los Rosso que rezaba El Llanero Solitario agradece con sus dos corazones los servicios prestados.

-Yo me cago en su vida -se volvió a enmascarar Annelise con los lentecitos Lennon.

10

-Ojo que para mí está todo bien con los sixties -aclaró la muchacha en la vereda, después que se despidieron de Ma-Sa. -Al contrario. Estoy segura que fue una época de oro.

-¿De oro?

Ella no contestó. El sábado a mediodía *El reenganche* se transforma en un atracadero de veteranos que pagan vueltas de scotch, y Annelise saca pecho y su pelo cobrizo parece relinchar. Abel arrastraba los pies decuajeringadamente. Y de golpe veo una melena canosa que cuelga sobre el mostrador y se me paraliza el estómago: apenas puedo distinguir las facciones del hombrecito que se lleva un vaso a la boca sin mirarnos, pero estoy seguro de haber reencontrado la Cabeza de la Medusa.

-Hoy voy a demostrar que tengo ovarios -se encorvó la muchacha al llegar a la esquina.

Flor volvió de Buenos Aires para militar en el Frente Amplio y cuando arreció la campaña electoral salían de pegatina y de pintada en grupos de treinta o cuarenta muchachos y muchachas acompañados por un coche encargado de la vigilancia y al despuntar el Día de los Muertos Flor dijo me voy a recostar un ratito en el auto porque se me encabritó el bobo y al llegar a la esquina de *El reenganche* se oye un frenazo y bajan tres fascistas armados y uno pregunta Quién fue el que nos gritó que no teníamos huevos.

-A quién vas a demostrárselo -sonrió Abel, que había quedado pálido.

-A unos cuantos. No te preocupes.

-¿Pero qué fue lo que pasó en *El reenganche*, al final? ¿Te jodió el Gargolita?

La muchacha acababa de entrepararse para prender un cigarrillo y largó una carcajada que derivó fulminantemente en un atorón y un vómito. Es bilis: ni siquiera desayunó.

-El Gargolita -se secó la cara Annelise. -Me hiciste atorar, maldito. Mañana te devuelvo el pañuelo.

Está triste de veras.

-Hace mucho que andan juntos -preguntó Abel, media cuadra más arriba.

-Uh: desde antes que empezáramos a trabajar para el espectáculo. Te juro que me convenció de que quería formar.

-¿Formar?

La muchacha enfocó a Abel con desdén y cariño.

-Che: pero vos parecés más viejo que el gordo McCartney -me provoca. **-Formar**, loco. Encarar. Aguantar juntos. ¿Cómo se decía en las épocas de ustedes?

-Ennoviarse. Arreglarse. No te rías de nuevo porque nos van a llevar presos por usar la vereda de watercló.

Los tres que estaban pintando la columna de la esquina se quedaron congelados mientras el resto se escondía en los jardines como un remolino de gallinas y sólo atinaste a observar alternativamente los rostros casi infantiles de los jupos y el rebrillo oscilante de sus revólveres Aquí nadie les gritó nada vo se animó a retrucar el gordo Níber y del coche estacionado frente al boliche emergió la voz aguardentosa de Flor gritando Así que tienen huevos los muchachos.

Annelise sonríe apenas.

-Bueno, eso ya fue -murmura. -Ahora hay que sacarse la resaca y meterle al espectáculo y chau.

-¿Y cómo se llama el Gargolita? Si se puede saber, claro.

-Marcelo de María. Es hijo de un ginecólogo que curte paddle con mi padre. Yo todavía no lo conozco al veterano pero a él es al primero que tengo que encarar. Esta tarde. A las tres.

-No entiendo.

Y Flor bajó del coche con una mirada fosforecente y atravesó el amanecer en dirección a los jupos y casi se chocó con un revólver mientras decía Dale matame o borrate de una vez porque no me dan miedo los pendejos tuercas y los tipos se miraron y se fueron haciendo chirriar las ruedas sin mucho escándalo.

-¿Y qué esperás para entender? -baja la cara Annelise, volviendo a manotear los cigarrillos. -Estoy embarazada, papá.

11

Caminamos callados hasta el apartamento. Annelise no quiso comer ni tomar nada. Entonces cuento la historia de *Chiquitita* y la muchacha pide un poco de vino.

-No tengo -dijo Abel. -Anoche me tomé toda la caja. ¿Vas a seguir fumando sin parar?

-Preciso que me acompañes esta tarde, hermano. Marcelo es un finoli, ¿la cazás? No se animó a formar, pero acomodó todo para que me destripe el veterano.

-Y por qué no te acompaña él.

-Porque yo no quiero.

Llevaban casi un año de casados con Gabi y estaban ahorrando para irse a vivir a París cuando Flor y Brian se reconciliaron y vinieron a cenar al apartamento que tus suegros les habían alquilado en Malvín y Gabi se emborrachó sorpresivamente y terminó llorando en la cama mientras repetía No quiero cumplir años quiero ser siempre yo y Flor le ponía paños fríos y vos agarrabas todo a patadas a pesar de los esfuerzos de contención de Brian.

Abel estuvo unos momentos tapándose la cara con los brazos acodados y después fue a buscar los cigarrillos.

-Y qué hago con tus viejos -digo.

-¿Con mis viejos? Muy fácil. Tocás. Cantás *I saw her standing there* poniendo cara de gordo McCartney y todo eso. Y nosotros bailamos. Porque ya oíste que mañana nos van a obligar a ir. Janis no perdona, muchacho.

-No puedo.

-¿Pero cómo no vas a poder? Si sos el único que está en actividad. ¿No te pasás enseñando la viola todo el día?

-Digo lo de acompañarte a escondidas de ellos. Tendrías que darte cuenta que para mí es-

Annelise se levantó y caminó hasta la ventana. Igualito que en las telenovelas.

-Sí. Es bravo querer a alguien -gruñó. -Y eso que el otro día dijiste que me adorabas. Cuando te calentaste porque no nombré a Dios en la escena de la rambla. Dijiste **Yo te adoro como a una hija pero me pone mal que te emperres en no nombrar a Dios**. Matías estaba adelante. ¿Hablabas en broma o qué onda?

La fecha se acercaba y los domingos Gabi se tiraba en la cama a decir Quiero morirme y una tarde te pidió insólitamente que suspendieras las clases para hacer el amor y te explicó que no había encontrado anticonceptivos en la farmacia pero que era imposible que estuviera ovulando en esos días.

Me siento estúpido.

-Bueno -torció la boca Annelise. -Me voy a lo de Cecilia. Perdoná la molestia. Entiendo tu posición: para vos debe ser muy difícil.

-Esperá. Esperá un poco.

Igualito que en las telenovelas.

-Para **vos** va a ser difícil -corrigió Abel.

-¿Querés asustarme más? Voy a ir sola, papá. No me tires más pálidas.

-Está bien. Vamos juntos. ¿Y cómo disimulás esta noche en lo de Cecilia?

-No pienso ir a dormir a lo de Cecilia.

-¿Y dónde pensás meterte, hermana?

La muchacha ladeó la cabeza y levantó las cejas, sin llegar a sonreír.

Hasta que una madrugada Gabi se despertó vomitando sin parar y cuando amaneció hacía arcadas boca arriba en la cama y decía No sé por qué te hice esto mi amor ahora me da más miedo tener un hijo que vivir en París y a vos te fue imposible alegrarte por el embarazo y después de mucho rato murmuraste No entiendo nada y ella se levantó para llamar por teléfono a Flor.

-¿Cómo es que dice ese versito de San Juan de la Cruz que recitaste el otro día en el; ensayo? -me pega el tiro de gracia Annelise. -El de la Virgen. Dale. Recitalo.

12

Le pidieron al taximetrista que fuera por la rambla. Al pasar frente a la estación de nafta de Gallinal Annelise vuelve a vomitar bilis en el pañuelo.

-Cómo me voy a reír de todo esto cuando estrenemos el espectáculo -jadeó.

-Pero hubieses preferido no hacer el espectáculo. Y formar con Marcelo.

La muchacha observa la frutalidad impasible del río, y algo como una niebla le aclara los ojos.

-No sé qué hubiera preferido -contestó alzando los hombros.

Atrás suena un bocinazo y el taximetrista se cierra y vocifera una puteada. Una especie de auto-ballena los pasó por la izquierda. El que va manejando -y nos clava sus lentes espejados durante un interminable segundo- es el hombrecito que vi en el mostrador de *El reenganche*.

Flor cantó *Chiquitita* en la cantina donde no se permitían mujeres y de golpe te la llevaste de un brazo y le preguntaste si no se había dado cuenta de cómo los estuvo junando desde el mostrador un petiso con la melena pelirroja y ya muy canosa y nariz de mono y ojos de cocodrilo y ella se puso seria y dijo Guarda con el delirium tremens hermano.

-El padre de Marcelo tiene un auto igualito a ese que nos acaba de pasar -dijo Annelise.

-Parece una ballena blanca -sonrío como puedo.

-Capaz que es el degollador de Carrasco -intervino jocosamente el taximetrista. -Recién dieron por la radio que apareció el cadáver de una de las muchachas enterrado en Punta del Este-

-¿No dijeron el nombre? Una de ellas era bastante amiga mía -se interesa infantilmente Annelise, y mi estómago vuelve a hacer cortocircuito.

En la segunda cantina te pareció detectar unos cuantos hombres con melenas blanquirrojas y narices hundidas y ojos saurios y Flor volvió a cantar *Chiquitita* infernalmente ronca aunque esta vez terminaron echándolos a empujones y Flor se tambaleaba por la calle gritando Me cago en Cuernavaca y de golpe dijiste El secreto es el símbolo my Darling o vos te creés que el Cónsul no supo en todo momento que el Popo era la Cabeza de la Medusa vos te creés que se puede vivir en unión con Dios si uno se sienta en la misma mesa donde la Parca juega al truco con sus Gárgolas y Flor gritó Estás más loco que yo pero tenés razón Me cago en Cuernavaca y en todos los torturadores de este mundo del diablo.

-Me parece que no dieron el nombre -dijo el taximetrista. -¿A cuál conocías vos?

-A Raquel Bello. Íbamos juntas a bailar a *Scotland*.

De repente doblamos la curva del Panamericano y Moby Dick vuelve a aparecer detrás nuestro, aunque esta vez el hombrecito nos pasa sin prestarnos la menor atención.

-Debe haberse parado a comprar mariscos ahí al lado del Yacht -carcajea el taximetrista, que ya me está poniendo histérico.

-Puaj. Mariscos -manotea el pañuelo Annelise. -No hablen de comida, por favor.

Entonces encuentro la Gárgola del taximetrista sondeándome por el espejo retrovisor: el hombre es cuarentón pervertido y envidioso.

-Le voy a pedir que no fume, amigo -ordenó cuando Abel sacó los cigarrillos. -Además me parece que la chica no se siente muy bien.

-Está todo viento, loco -se endurece Annelise, agarrándome una mano.

Flor andaba de paso por México con toda la familia y se había tirado sola hasta Cuernavaca a tratar de ubicarte y mientras esperaban el primer ómnibus comentó La resaca será terrible pero que nos quiten lo cantado Abelito tendrías que conocer a mis hijas sobre todo la mayor Annelise me salió cojonuda vas a ver que esa no se va a dejar cagar la vida por ningún carnicero.

Al llegar al consultorio Abel pagó la cuenta del taxi escondiendo los ojos.

13

Caminaron media cuadra y tocaron timbre en un edificio nuevo de Pocitos. Discreto y encantador. A Abel le pareció distinguir el lomo de Moby Dick estacionado muy cerca de la rambla, pero no dijo nada.

-Este curtidor de paddle debe ganar un toco de guita -comentó Annelise, que no le había soltado la mano al hombre sudoroso desde que bajaron del taxi.

Una secretaria-enfermera con pinta de modelo pasada a mejor vida nos entreabre la puerta.

-Y Marcelo -preguntó asomando la cabeza.

Somos los indeseables, Negro Jefe.

-Marcelo no pudo venir -sonrió autoritariamente Annelise. -Vine con un amigo.

Todavía no necesito enfrentar la mirada de la mujer de blanco, que nos hace pasar con menos amabilidad que elegancia y taconea hacia adentro.

Flor se casó con Brian enseguida de tu divorcio y se radicó en Buenos Aires y vos te fuiste a París a subsistir pasando el plato con la guitarra aunque después de veinte meses tu padre tuvo que mandarte el pasaje de vuelta y a los pocos días de la reinstalación en la patria triste cayó Flor de visita Se murió mi abuela dijo Y me quedo hasta mañana y a usté quién lo mató mijito agregó contemplando tu escandalosa pobreza de espíritu.

La secretaria-enfermera demoró bastante en volver. La salita de espera también es discreta y encantadora, aunque casi no tiene luz natural: a los costados de la puerta del consultorio hay una foto mural de *La lucha* de Yepes y un pequeño Degas.

-El boludo de Marcelo ni siquiera le avisó al padre que no venía -chistó la muchacha, recostando la cabeza en el hombro de Abel. -No me dejes sola.

-No.

-Averigüé con una amiga que después que te raspan quedás un rato en recuperación. No me dejes sola.

Entonces le paso el brazo y siento que la muchacha-mujer no me ve ni me oye: estamos en un naufragio, soy el único siervo y el altar huele a bilis.

Salieron a dar una vuelta por la Plaza Virgilio como en los buenos tiempos y se acodaron a sondear el horizonte fluvial-marino a la sombra de *La lucha* de Yepes y Flor dijo de repente Me quedan dos caminos o destrozarme del todo la vida transformándome en una matrona respetable y cornuda pero con hijos o seguir retribuyéndole los cuernos a Brian y enamorarme como una perra de amantes que después me quieren menos que Brian y automáticamente pensaste Flower para todos y nadie para Flower y ella te preguntó Te acordás de aquella tarde que te fui a consolar porque estabas arrugado hasta los pelos con la muerte y dijiste Seguro y ella agregó Pensar que fue precioso y no nos dimos cuenta.

La mujer de blanco enlenteció imperceptiblemente su taconeo cuando salió del consultorio y encontró a la pareja abrazada. Y encima cometo el error de querer separarme de Annelise, que ahora me clava hasta las uñas.

-Puede pasar, señorita -anunció la mujer.

-Él me puede acompañar, ¿verdad? -trata de imponerse Annelise, mientras nos paramos.

La mujer torció el pelo amarillo hacia el hombre varios centímetros más bajo que ella, pero no lo miró. Mejor.

-El señor puede esperarla aquí afuera -contestó.

-Ah, no vale -me vuelve a clavar las uñas Annelise. -A Marcelo lo hubieran dejado acompañarme.

La mujer empezó a caminar hacia el consultorio como para liquidar la conversación, y Abel dijo en voz muy baja:

-Tené fe, chiquita.

Y a vos qué es lo que pasa petiso cambió de tema Flor y te animaste a explicarle de un tirón Un paranoico me quiso matar allá en París aunque en realidad me asesinó con los ojos y ahora tengo miedo de mirar a cualquiera y a veces oigo una voz espantosa que parece de Otro y Flor vichó la hora y dijo Tengo que irme al velorio de mi abuela si querés llamame más tarde y nos vamos a tomar unas copas por ahí.

Entonces Annelise se endereza y se peina y sigue a la mujer como si saliera a escena.

14

La supuesta reproducción de Degas era la foto de una bailarina pre-adolescente uniformada con un clásico traje rosado. Esa cara la conozco. La bailarina estaba sentada al margen de la música con la felinidad desmañada y en guardia, y una estremecedora gracia de tristeza y desdén. Pobrecita.

Al año de estar preso te llegó una carta de Flor que compartiste durante el resto de la condena con quien quisiera oírla incluido algún raso manso o aburrido hasta la metamorfosis perruna y durante la tortura y la isla y las alucinaciones rezaste férreamente aquella historia escrita sin puntos ni comas que empezaba diciendo *Hermano ayer nació Annelise*

Abel escuchó un grito y prendió un cigarrillo y se acercó a la foto del monumento de Yepes para observar el rostro abstracto de la Cabeza de la Medusa trenzada con el Hombre. Y mientras revivo el burbujeo de la nariz simiesca y los ojos fluorescentes y estirados como antiparras del asesino, atino a salmodiar:

-*Es verde pero murmura es verde pero habla es verde pero tortura.*

Y los alaridos de la muchacha empezaron a multiplicarse casi sin interrupción.

y como soy porfiada nos vinimos un mes antes a Montevideo para que naciera aquí y el viernes tuve contracciones durante horas pero me la banqué calladita y cené medio pollo y dos platos de papas fritas y un cuarto de cassatta y le avisé a Brian que ya faltaba poco y el aspirante a ginecólogo se pegó un jabón terrible y arrancamos por la rambla enseguida y había una luna tan dorada que se me desbocaba el bobo y yo misma iba diciendo mentalmente Sweet Flower y entonces el pecho izquierdo empezó a cantar un rock lento como los de Elvis

Abel terminó el cigarrillo escuchando aullar a Annelise y se acurrucó en la silla y levantó la cara hacia el cielorraso. Ya paró de gritar. El hombre prendió otro cigarrillo y lo aplastó por la mitad y se abalanzó con los bronquios silbantes en dirección a la puerta del consultorio. Después que pego el cuarto piñazo la secretaria-enfermera me clava un ojo a través de la rendija.

-Tranquilo, señor -dijo. -Qué quiere.

-Quiero entrar. ¿No se da cuenta?

-Annelise todavía no salió de la sala. Cálmese, por favor.

-¿Qué le pasa al doctor? ¿No le gusta que lo vean en la escena del degüello?

-Los que pagan pueden verlo, señor.

-Es que yo no preciso verlo a él, señorita. Además ya lo conozco. Fijesé que hoy me lo crucé tres veces: dos por la rambla y una en *El reenganche*.

que decía Lo que nos importa en serio es nada más que la tierra los planetas las estrellas las plantas los animales y los hombres los muertos los que viven y los que no nacieron y entonces me sentí llena de algo dorado y me calmé.

-Ábrale de una vez, Susana -siseó la voz del médico. -Y dígale a la muchacha que ya se puede ir preparando para salir. A ver si el papi se nos calma.

Abel pensó que en realidad el Dr. Horacio de María no se parecía demasiado al asesino de la rue Monsieur-le-Prince. Pero la melena la nariz y la forma de encorvar la cabeza son idénticas, coño. El médico terminó de sacarse la túnica y después volvió a ponerse los lentes espejados. Una inofensiva Gárgola de córnea: corrupción poco inteligente o sobre-epidermis compacta de frivolidad.

-Siéntese. ¿Quiere un whisky?

-No. Le agradezco.

Precisaría uno triple, degollador con título.

Flor los acompañó a hacer el aborto y estuvo lado de Gabi todo el tiempo y los invitó a pasar la noche en su casa porque los padres acababan de irse a Europa y Brian trajo un etiqueta negra y Gabi ayudó a Flor a preparar las brochettes y de golpe sentiste una especie de agradecimiento insondable hacia quién sabe qué ángel y te serviste una medida triple con muy poca soda y la apuraste sin comer nada para soñar mejor con la luz de París.

-¿Annelise está bien?

-Perfectamente bien. Ahora puede pasar a verla, en un momento. ¿Sabe que mi mujer y mi hijo son lectores suyos, Rosso?

-No me diga.

-¿Y por casualidad no le prestó atención a la foto de la bailarina que hay en la sala de espera? Me parece que usted sabe mucho más que yo de ese prodigio de la naturaleza. Es Brigitte Bardot. Cuando todavía iba a la escuela.

Viejo sucio.

-¿Así que tiene una foto pasándole el bracito por la cintura a Brigitte Bardot, che? -se entusiasmó el médico: -Che: ¿pero cómo es el negocio con ese libro de París, al final? Yo no lo leí porque soy incapaz de resistir una novela, con toda honestidad. Pero dice mi mujer que es bueno. Se vende poco, ¿no?

-Trato de no venderme nunca, doctor.

-Ah, macho. Venga: pase por aquí, si es tan amable. Así ve al bomboncito sano y salvo.

Y cuando te despertaste estabas en el sofá con las tripas deshechas y te costó recomponer los pedazos de noche que alcanzabas a recordar y te pusiste a buscar a

Gabi por todo el caserón y antes de localizarla tuviste que encerrarte a evacuar el hedor de los sueños mal nacidos.

-Vení -dijo Annelise, ya sentada en la camilla. -Abrazame, por favor.

-Curioso -me azuza el médico. -Y pensar que por los cuentos de Marcelo yo me lo hacía un padre de familia ejemplar. Medio pasado de copas, pero tranquilo.

Annelise se paró y abrazó a Abel, temblando. No me interesa lo que pueda pensar ningún degollador.

-¿Podrá llamar un taxi? -se secó la calva Abel.

-No pide nada, che. LLAMÁ UN TAXI PARA DENTRO DE QUINCE MINUTOS, SUSANA.

Y cuando empezamos a avanzar lastimosamente por la sala de espera el ballenero no se conforma y me sigue arponeando:

-Esta intervención va por cuenta de Marcelo, no se preocupe. Le va a venir fenómeno al botija: por un lado pierde para siempre la ingenuidad y por otro estoy seguro que queda contentísimo de haber ayudado a un ídolo indigente.

Hasta que encontraste a Flor y a Gabi en una cama de matrimonio y la muchacha de ojos amarillo-fuego saltó como una muñeca de resorte y te arrastró de un brazo y te dijo con odio La próxima vez que lleves a abortar a una mina no te emborraches como un cerdo y sufrí con ella macho.

Abel vio abrirse la puerta que daba al pasillo y trató de sonreírle a la secretaria-enfermera-amante.

-Gracias -inclino la cabeza.

-De nada, señor con fe -responde la mujer.

16

En el ascensor venía bajando una mujer opulenta y artificialmente embellecida, que los midió con ojos de víbora vieja: Annelise tenía casi la misma altura que Abel y debía

contorsionarle para seguir apoyándole la cabeza en el hombro. Después suben dos pibes de la edad de ella y la cosa empieza a ponerse insostenible.

-Chiquita -dijo Abel mientras esperaban el taxi en la vereda. -No me abraces así, por favor.

Ella observa la nieve perfumada que se acordona bajo el frescor de las acacias y tarda en reaccionar.

Al mes de separarse con Gabi hubo un último intento serio de reconciliación en el que Flor participó prestándoles el auto y fueron a cenar al Náutico y tomaron mucho vino y se desearon con un fervor nostálgico y al salir decidieron ir a un motel de la interbalnearia y Gabi te pidió para manejar aunque no tenía libreta y cuando pisó el acelerador bajo la satinación lunar de la rambla desierta te erizaste.

-¿Vos te acostarías conmigo? -preguntó Annelise.

-Yo me acuesto nada más que con mi mujer, hermana.

-Yo sabía. Porque en los ensayos siento que me mirás las lolas, pero bien.

-Me alegro. Ahí viene el taxi.

El taximetrista era muy joven, y usaba cola de caballo y un arito en la oreja izquierda. A mitad de camino Annelise empieza a hacer arcadas y le pido al muchacho que estacione un momento. Abel se bajó a abrir la portezuela y ella se reclinó sobre un cordón para seguir vomitando nada.

-Qué asco -lagrimeó. -Dale, vámonos.

-Perdoná, pero vos ibas al Liceo 31 -le pregunta el taximetrista al cruzar Comercio.

-Más bien que sigo yendo -contestó la muchacha.

-Ya me parecía. Y trabajaste en *Secos & Mojados*, ¿no?

Annelise se reincorpora para seguir charlando con el melenudo sobre un espectáculo teatral que hicieron con Matías en el festival de la Juventud: ahora resplandece débilmente, y el alivio me hace aflojar hacia atrás la cabeza empapada.

Gabi no sacaba el pie del acelerador y sentiste que no tenías derecho a hacer ni decir nada y pasaron la zona de los moteles y el Parque Roosevelt y los lagos y los balnearios-dormitorio y recién con el perfil recortado sobre la palidez de El Pinar ella te preguntó fabricando una vocecita en falsete Por qué me mataron papá y fue

disminuyendo la velocidad hasta que estacionó frente al arroyo hinchado por la luna y sus lágrimas terminaron rodando sobre tu piel como las de alguien que besa una bombilla tristísimamente.

-Así que el viejo todavía se pensó que fuiste vos el que me dejó embarazada -roncó Annelise al derrumbarse perniabierta sobre una silla de la cocina. -Qué salado es el mundo, loco.

Pongo a calentar agua para el termo y la bolsa.

-Es que no creen en nada. Ni en nadie -chistó Abel. -No entienden absolutamente nada.

Y al volver a lo de Flor Gabi se bajó del auto y manoteó un puñado de pétalos de acacia y se lo dejó caer sobre el pelo muy revuelto y gritó Mi marido el poeta dice que esta basura es nieve perfumada.

-Yo tampoco -cabecea Annelise.

17

-Seguimos tu consejo y decidimos hacer una fiesta íntima con mi marido -informó Ma-Sa al rato en el teléfono. -Ver el atardecer en la Plaza Virgilio igual que cuando nos comprometimos y después comer un asado en casa. ¿Vas a llevar a Paloma al ensayo?

-No.

-Dejámela al bajar para el club, entonces.

-Annelise se va a quedar con ella, no te preocupes.

-Che: ¿qué le pasa a esa muchacha?

Estoy a punto de decir la verdad, pero pienso que puede salir del baño en cualquier momento.

-Otro día te explico -suspiró Abel.

-¿Puedo pedirte algo? Queremos ir al recital de mañana en el club. Contestame sí o no, nomás.

Un sábado terrible para el golero de Liverpool.

-Mañana te contesto si hay recital, corazón.

La izquierda había ganado la Intendencia y en Dieciocho no se podía caminar y bajaron por la plaza de El Entrevero y de golpe viste dos chiquilinas deslumbrantes que se te abalanzaban y en cuestión de unos metros la cara de la rubia empezó a cargarse de arrugas como en una película de terror y la primera en reconocer a Flor fue Candela a pesar de haberla visto solamente unas horas en Cuernavaca casi una década atrás y saltaron abrazados y Flor te preguntó a quemarropa Me queda bien el pelo corto y Annelise se ordenó las crines anaranjadas y dijiste Divino.

La muchacha ya no tenía náuseas pero pidió para acostarse con la bolsa de agua caliente. La llevo a mi escritorio y empiezo a armarle un sillón-cama.

-¿Querés ver la tele?

-No. Antes veíamos todas las novelas con mamá, hasta que me pudrí de pasarle crema por las arruguitas. Y ahora también me dan asco las novelas.

-No me digas que te obligaba a-

-No me obligaba un pomo. **Yo** pedía para pasarle la crema porque no quería verla tan triste. ¿La cazás? Te podés imaginar que las arrugas no se le iban. Pero el bajón se le iba por un rato.

-¿Y cuándo fue que se declararon la guerra? Porque con el teatro siempre fue piola, tu vieja.

-Bueno, no era tan piola como ustedes se creían. Pero si tenés una hija podés fumártelas porque de últimas te lucís, mijito. Lo salado es que tu nena empiece a **formar** con el hijo de un ginecólogo degenerado. ¿Y sabés por qué terminé enganchada con Marcelo? PARA LLEVARLE LA CONTRA A ELLA!!!! PORQUE UN DÍA FUI A BAILAR TODO LEGAL Y ME ESPERA CON UNA MÁSCARA DE CREMA VERDE QUE TE DABA GANAS DE VOMITAR Y ME PREGUNTA *COJISTE BIEN*-

-Shhhh. Estás en un apartamento.

-Me espera maquillada como un murguista trucho y me pregunta *Cojiste bien porque si no sabés yo te enseño* y sentí que me ODIABA. ¿La cazás? ME O-DIA.

Y no tuviste más remedio que preguntar por Brian y Flor dijo El ginecólogo no está para estos trotes El ginecólogo está para trotar en las canchas de paddle agregó Annelise fabricando una especie de danza caricaturesca que te maravilló.

Cuando llegó Paloma la muchacha ya estaba acostada escuchando a Fito Páez.

-Tenemos a tu actriz preferida atacada por una terrorífica menstruación -le miento con una mueca jovial de hombre avanzado. -Aunque igual aceptó acompañarte mientras voy a Marítimo.

Paloma sonrió.

Y los trajeron en el auto y mientras atravesaban el jardín Flor tocó un bocinazo y aulló Tenés el corazón más en orsai que yo pero sos de los buenos Abelito.

-*Existe un cielo y un estado de coma* -canta Fito Páez.

18

El hombrecito mal articulado repechó Palmas y Ombúes en cámara lenta, esta vez. Entre el atardecer de ayer y de hoy Annelise abortó y mi cuñado supo que el cáncer sigue allí y yo encima tengo que rejuntarme y brindar con los fantasmas.

Al mes de reencontrarse en El Entrevero Flor cayó un mediodía que estabas solo y se te metió en la cocina y te obligó a seguir lavando los platos mientras decía con voz de Perry Mason Ahora tengo las pruebas más lamentables de la infamia petiso le acabo de pescar un cassette a Annelise con grabaciones underground de rockandombe donde aparecen dos temas de aquel grupo que Ringuito tuvo a espaldas nuestro.

Había un solo coche (con chapa brasilera) estacionado frente al Marítimo. La puerta del club está abierta pero todavía no prendieron las luces: me siento en el murete del pequeño terraplén embaldosado con piedra laja que llega hasta la vereda, y enseguida oigo un acople de micrófonos y una voz de mujer cantando: *Se eu quiser falar com Deus / tengo que ficar a sós / tenho que apagar a luz / tenho que calar a voz / tenho que*

folgar os nós / dos sapatos da gravata / dos desejos dos receios / tenho que esquecer a data / tenho que perder a conta / tenho que ter maos vacias / ter a alma o corpo nús.

La voz no era de una cantante profesional, pero logró que Abel levantara los ojos hacia el estrellerío que invadía el lado oscuro del atardecer. Cristo. Hubo otro acople y una tos filtrada en el micrófono antes que la canción continuara derramando hacia la calle: *Se eu quiser falar com Deus / tenho que aceitar a dor / tenho que comer o pao / que o diabo amassou / tenho que virar un cao / tenho que lamber o chao / dos palacios dos castelos / suntuosos do meu sonho / tenho que me ver tristonho / tenho que me achar medonho / e a pesar do mau tamaño / alegrar meu coraçao.*

Entonces te secaste las manos y preparaste café mientras las arrugas artificialmente tostadas del rostro de Flor brillaban como tajos Y todavía te acordás de esas cosas preguntaste sonriendo y ella cerró los ojos y contestó Me acuerdo de mi vida.

La que canta debe ser la mujer de Ringuito. Abel torció la cabeza hacia el club y sondeó la penumbra todavía muy celeste encuadrada por el portal. Ese es un famoso tema de Gilberto Gil, pero nunca lo había escuchado entero: *Se eu quiser falar com Deus / tenho que me aventurar / tenho que subir ao ceus / sem cordas prá asegurar / tenho que dizer adeus / dar a costas caminar / decidido pela estrada / que ao findar vai dar en nada / nada nada nada nada / do que eu pensaba encontrar.*

El ritmo de la batería derivó de la balada-bolero al rokcandombe y Abel se paró de un salto. Cuando llego a la puerta veo una mujer bailando sobrenaturalmente en la penumbra cada vez más azul: es muy flaca, y está descalza y vestida con una malla arremangada hasta las rodillas. Abel no alcanzaba a distinguir al batero. La bailarina tiene perfil de pájaro y unos ojos dorados y volados que titilan como joyas sobre su rostro moka.

Dónde tenés el grabador petiso preguntó Flor al terminar el café y no tuviste más remedio que llevarla al escritorio y escuchar un rockcandombe que no te pareció nada del otro mundo pero que se aguantaba al lado del Kinto o el Totem o los Moonlight de Dino y dijiste Mirá vos y ella escupió por la ventana y ladró Pensar que por estos mugrientos se nos fue todo al diablo Bueno pará sonreíste Que con las grabaciones nuestras no jodíamos a nadie y hay que reconocer que ellos tenían su yeito y Flor entrecerró una mirada color pus y se fue dando un portazo.

Abel no pudo evitar toser. Entonces la bailarina se inmoviliza y tuerce su corazón hacia mi escasez de altura y comprendo que es ciega.

19

Nadie pareció escuchar la llegada de Flor, que descargó una heladera portátil de su Daihatsu Charade y taconeó eléctricamente hacia el club.

-Che: ¿están jugando un serio? ¿Qué onda con ustedes? -me hace erizar como cuando mi madre me sorprendía escapándome de su locura.

La pequeña mujer de pelo platinado (y cortado a lo paje) depositó la heladera en el suelo del club y se abalanzó hacia el contador eléctrico.

-Vo: ¿no se te ocurrió prender las luces? -me rezonga jadeando exageradamente. -¿Probaron los micrófonos, muchachos? Abel: te presento a Cristina, la esposa de Ringuito.

-Recién la oí cantar *Se eu quiser falar com Deus*. Y después la vi volar en alteza de oscura fe. Así que me parece que ya la conozco bastante bien.

-Y ahora yo creo que también te conozco -sonrió la mujer ciega y de piel renegrida, hablando casi sin acento.

Ringuito viene a abrazarme: tiene las mandíbulas más anchas, muchísimo menos pelo y un sorprendente hondón de pureza en la mirada.

-¿Cómo? ¿Tu mujer baila y CANTA, también? -protestó Flor con gracia. -ESTO ES TRAICIÓN, QUERIDO.

Un día antes que la prensa confirmara el asesinato del Che filmaron con Discodromo en la Plaza Virgilio y fue la primera vez que se toparon con un grupo de melenudos motudos y desaliñados que hacían guiñadas-tic a lo Lennon pero además usaban tumbadoras agregadas a la sección rítmica y cantaban en español y Flor dijo Qué asco mientras Ringuito se acercaba a presenciar la pantomima insolente del playback con ojos de gambusimo.

-¿Pero qué te vas a preocupar? Si como vos no canta ni María Bethania, bombón -dice Ringuito, y Flor nos hace reír a todos resoplando una pedorrera.

Abel se acercó a saludar a Cristina, que le besó dos veces el claror de la cara donde nace la barba. Es de hueso: los verdaderos ojos son los pezones al ras, tristes y esperanzados.

-Bueno, traje vasos y hielo -informó Flor. -Y botellas hay de sobra, en una mesa que coloqué allá atrás de los equipos. Ahora me toca remolcar a mi marido: todavía se

estaba bañando porque anduvo de paddle con los amigotes. Y después de potrear no lo hacés sacar el auto ni aunque vengan degollando.

El golero de Liverpool acosado por la Selección Mundial de Gárgolas que hoy dirige la mismísima Lady Macbeth.

-¿Te volviste alcohólico, petiso? -carcajeó Ringuito viendo avanzar a Abel hacia el bar improvisado en el fondo del salón.

Y cuando al otro día Flor amenazó con capar al que le hablara de tocar para los pitucos Ringuito le pidió un trago de vermut y se quedó con ella observando el río-mar a oscuras como si uno buscara la resurrección de la estrella del Che y otro la del latido rocoso de la tierra.

-Abel -me grita Flor, reapareciendo relampagueantemente en la puerta. -¿No me hacés el favor de llamar a Annelise a la casa de Cecilia para ver si se va a quedar a dormir allí? Porque si hablo yo me amargo.

No se puede creer.

-Okey -contestó el hombre calvo, sirviéndose demasiado whisky. -¿Qué teléfono es?

Y a las tres de la mañana los encontraron dormidos en el pasto como si hubieran hecho el amor por telepatía y Brian te miró fijo y vos apenas pudiste absolverlos sentenciando Están nocau y nunca más se habló de aquella borrachera.

-Ah -me remata Flor. -Y contales a los muchachos qué es lo que andan haciendo con Annelise, que yo no entiendo un pomo.

20

Abel subió la escalera que comunicaba con el entrepiso donde vivía el matrimonio de cuidadores del club. Venir a hablar por teléfono con un terrible farol de whisky en la mano significa tener buen pulso, por lo menos. Demoraron mucho en abrir. Cuando veo aparecer el rostro pintarrajeado y los pechos gigantescos de Luz Adrogué casi se me cae el vaso.

-Tranquilo, rapaz. Tranquilo -dijo la mujer color borra de café recién hecho, alzando cabareteramente su bastón. -¿Qué te pensabas? ¿Qué me había muerto de verdad? Che: te agradezco mucho, pero las ofrendas a Yemanjá se hacen en botella.

-Ahora le traigo una.

-Bueno. Dame un traguito. Y tuteame, nomás. Pero no me preguntes por qué estoy aquí ni nada. Los cuidadores tuvieron que salir y la playa queda cerca y topún: antes era la diosa de Maracaná y ahora soy la diosa del agua, el whisky o luckyvenga. ¿Querés pasar?

-Sí. Preciso el teléfono.

Flor volvió a aparecer a la semana como si jamás hubiesen hablado de rockandombe y estuvo simpatiquísima con Candela y de repente te pidió para conversar a solas y apenas se sentó en la silla destinada a los alumnos de guitarra dijo Tengo dos cosas atravesadas en el buche que quisiera contarte desde que nos reencontramos petiso La primera es que fui ayudante de tu padre cuando se hizo detective y la segunda es que durante años fuimos amantes con Luz Adrogué.

Paloma me atiende divertidísima.

-Estoy bailando desde que fuiste -jadeó la niña, con *Chiquitita* a todo volumen detrás. -Huácale, hoy me olvidé otra vez de preguntarte: ¿mamá llama a las ocho de acá o a las ocho mexicana?

Coño: no me acuerdo.

-A las ocho de acá, supongo -dijo Abel. -Igual yo te despierto, no te preocupes. Dame con Annelise.

Annelise viene enseguida al teléfono, y le explico la suerte que tuvimos y le pido que llame por las dudas.

-Tené cuidado con Janis, que es especialista en envenenar botellas -advirtió la muchacha antes de despedirse.

Entonces me derrumbo en un sillón y le ofrezco whisky a Yemanjá, que me mira sin Gárgola.

-Los que se ponen a jugar a la rayuela con las nenas sin usar suspensor terminan con los quimbos atragantados -sentenció la negra, triste.

Lo que necesito averiguar antes que nada es si todavía existe aquel libro que iba escribiendo tu viejo mientras investigaba el caso de la guitarra estrellada dijo Flor y si en algún momento me nombra Te nombra muy al pasar retrucaste nervioso La primera ayudante de Isabelino Pena que figura en el libro es Peluca de Oro y la segunda es Ma-Sa La primera fui yo saltó Flor descontrolada Pero no se animó a ponerme porque no le gustó lo que vio en el conventillo y se fue dando un portazo y Candela dijo Chíngale con estos culebrones.

-El problema no son las nenas -me clavo un cigarrillo en la trompa. -El problema son los fantasmas, mi querida. Y me parece que vos conocés al peor de todos, si no me equivoco.

La negra devolvió el vaso entornando una mirada soberbia.

-Estás hablando con una diosa, rapaz. Decime de una vez lo que querés saber.

-¿Vos conociste bien a D'Artagnan De Deus, verdad?

-¿Y a vos te parece que Luz Adrogué iba a terminar encajándole veintidós cortes a un soruyo que no junaba bien, peladito?

-Bueno: yo lo que quiero saber es si el hijo de D'Artagnan De Deus está vivo. Porque si está vivo es capaz de limpiarme en cualquier momento.

Y a la semana Flor te llamó por teléfono y dijo Disculpame loco pero preciso seguir hablando de aquel mojo maldito o reviento y fijaron día y hora para verse y Candela dijo Chíngale si sería culebrón.

-Así que tuviste bronca con Ray De Deus, nada menos. Bueno, te voy adelantando que para resolver esa clase de tríngulis Yemanjá Saba precisa una botella. Etiqueta negra, claro -contestó la mujer frotándose las manazas.

21

El batero había vuelto a ubicarse frente a los tambores y extendía una mano sobre la cabeza de Cristina, que estaba sentada en el suelo en posición yoga. Qué lástima interrumpirlos.

-Opa -dijo Ringuito, levantándose. -¿Pudiste hablar por teléfono?

-Sí. Y después me quedé de charla con la señora que cuida. Disculpen.

-Yo voy a prepararme una caipira suave. ¿Vos que tomás, Cristina?

-Coca Cola. Con limón.

Me siento frente a ella y cruzo las piernas.

-¿Cómo fue que dijiste hace un rato? -sonrió la mujer. -¿Volar cómo?

-Volar en alteza de oscura fe. Es una cita de San Juan de la Cruz que lleva el guión del espectáculo que estamos preparando con un director-actor y Annelise.

-Annelise es la hija de Flor.

-Sí. Aunque también podríamos identificarla con la hija de Yemanjá del Mar Dulce -agrego, y Ringuito larga una carcajada a lo Pájaro Loco.

Era un 2 de febrero y hacía un calor del diablo que disminuyó muy poco con el amanecer y salieron de tocar en el Náutico y empezaron a caminar por la rambla y de repente Flor bajó corriendo a la Playa Verde y cuando la alcanzaron estaba arrodillada al lado de una especie de barco de juguete donde todavía humeaban algunas velas y ella dijo Tengo una tía bahiana que sabe de estos mojos y una vez me explicó que el cumpleaños de la diosa del mar es en esta época y que se le ofrece harina y miel y no sé cuántas más así que voy a poner el bobo en remojo.

-Dónde es que está tu mujer -preguntó sorpresivamente Cristina.

-En México.

-Y vos estás en la noche oscura.

Qué noche, mamá mía.

-Cierto -contestó Abel.

-¿En la purgación de los sentidos o en la del espíritu?

-En la del espíritu. El alcohol no es afición.

-Es alivio.

-Exacto.

Ringuito trajo las copas y se reubicó en el banco de la batería y volvió a posar una mano sobre el pelo extrañamente llovido (y cortado al ras de las quijadas) de la mujer-pájaro.

-A mí me tuvieron que sacar los ojos a los veintidós años -sonríe Cristina. -Y ya tengo cuarenta y todavía no terminé de unirme con el otro sol. Entro y salgo. Entro y salgo.

-Yo casi nunca entro. Ni en la aguja de oro ni en la pobreza de espíritu. Vivo en la adoración-asco de mí mismo.

-Como Chinaski en *Todos los ojos del culo* -intervino Ringuito. -Me dijo Flor que sos fanático de Bukowski.

Oírlo para creerlo.

Y Flor se descalzó y se metió corriendo en el gran resplandor malva mientras Brian aullaba No se puede ser tan loca y vos le hacías adiós con la mano y Ringuito ya estaba saboreando la transparencia que tendría la solera al salir del agua y Flor nadó y buceó hasta que le exigieron al unísono que se dejara de joder y la muchacha fue emergiendo entre un aura rosada que la hacía fulgurar botticellianamente y gritó Yemanjá los saluda muchachos.

-¿Ah, sí? ¿Y qué más te dijo Flor de Bukowski? -escarbó Abel, incorporándose para probar la lujosa guitarra acústica que le habían alquilado.

-Nada -se desconcierta Ringuito. -¿Por qué?

-Por nada.

Y mientras caminaba de vuelta encapuchada por el saco de Brian Flor murmuró con los dientes sonando como aros de pandereta Quién hubiera podido quedarse haciendo la plancha y no volver jamás a este infierno.

-Bukowski sólo es genial cuando escribe del infierno -puntualizó Cristina.

22

La pequeña mujer de ojos amarillos (maquillados con sombra verde) y cuerpo todavía muy en línea volvió a irrumpir cargando unas carpetas que contenían las principales canciones del grupo, computarizadas y ordenadas cronológicamente. Pobrecita: les puso hasta los tonos.

-Pa. Esto parece un congreso -aplaudió el batero. -¿Y Brian?

-Ya viene -se muerde un labio Flor. -No se puede creer. Estábamos saliendo y cae a buscarlo uno de los degenerados del paddle y se quedan a **tomar una copa**. Entonces que se aguante, viejo: ahora va a tener que sacar el auto porque mi horario de taximetrista is over.

Abel se refugió en los ojos de Cristina.

-¿Y? ¿Se acuerdan de algo? -pregunta Flor, con un inofensivo vermut en la mano.

-Yo hace mucho que no toco pero me las arreglo -hizo un triple redoble Ringuito. -¿Qué te pasa, petiso?

-Nada -me agacho. -Nada.

Hasta que un domingo Ringuito llegó veinte minutos tarde al *drink* del Náutico con una irresponsable mirada de terciopelo y dijo Fui a ver ensayar al Kinto y se me llenaron las horas de pajaritos de los que hay en el cielo con diamantes y Brian puso cara de estudiante modelo y sacudió la cabeza con desprecio y al terminar la primera canción Flor se acercó a la batería y murmuró No te atrases carajo y Ringuito porfió Yo me atraso y vos y Abel pican en orsai y Brian hace el enganche y vas a ver qué tuco y al terminar la primera entrada bajó a la playa y cuando volvió dijo Acabo de ver a Yemanjá abrazada con un tiburón.

-Me parece que Abel está extrañando a alguien -sonrió Cristina. -Y tomando muy rápido.

Entonces siento que Candela es la dueña y señora de mi alegría y casi de mi fe.

-Es verdad -dijo Abel, con cierta dificultad para hablar que se le producía enseguida de tomar sin comer. -¿Con qué canción podríamos empezar?

-Con *I saw her standing there* -chilla Flor. -¿Esa no se la enseñás a los gurises?

-Necesito comer algo -se agachó de golpe el hombre de gran calva perlada.

Ahora estoy francamente bandeado y pienso con desesperación en mis hijos.

-Tranquilo -se alarmó Flor. -Brian ya trae la pizza.

Y mis hijos son Paloma, Martín y Annelise.

Y durante la segunda entrada te acomodaste gozosamente al desajuste rítmico propuesto por Ringuito y al terminar lo acompañaron con Flor a dar otra vuelta por la playa y el muchacho peludo y esquelético y de nuez caricaturesca seguía hilvanando disparates y al volver encontraron a Brian esperándolos en la puerta del club y Ringuito le dijo Amor y paz hermano y el otro lo despatarró de un piñazo en el estómago y mientras lo veía vomitar en cuatro patas le advirtió como si lo escupiera La próxima vez que vengas a tocar fumado te capo jipi de mierda.

Ya estoy mucho mejor.

-Y vos cómo sabés tanto de San Juan de la Cruz -le preguntó Abel a Cristina.

-¿Te puedo preguntar lo mismo?

-A mí me lo recomendó mi psiquiatra, el día que suspendimos la terapia. Pero además tengo un tío cura que me lo inyecta desde que nací.

-¿Suspendiste la terapia?

-Sí. Y estoy tratando de caminar solo.

O de bailar ciego.

Y Flor sacó los dientes como si fuera el tiburón-hembra de Isidore Duccase y gritó Entonces capame a mí porque yo nací fumada pichón de matasanos pequebú y la orquesta estuvo en receso durante medio año.

-Flower para todos y todos para Flower -grita Brian desde la puerta, levantando un gigantesco paquete de pizza.

23

-Ya vuelvo. Tengo que hacer otra llamadita -le avisó Abel a Cristina, y aprovechó las idas y venidas provocadas por la llegada de Brian para robar una botella de Chivas Regal y subir corriendo al entrepiso.

-Entrá con fe, nomás -tintinea la voz de la negra, antes de oírme golpear.

El hombre depositó la botella sobre una mesa llena de miniaturas cursis y estuvo a punto de derrumbarse en un sillón cuando la mujer chilló:

-CON FE, DIJE!!!! ¿ESTÁS SORDO?

-Sí. Estoy gordo. Perdoná.

Yemanjá carcajea y se frota las manazas mientras le cargo el vaso.

-¿Vos te creés que yo voy a abandonar el jedorcito a brótola para venir a darme con un pinta más pálido que chorizo de puchero, corazón? Salud. ¿En dónde andábamos?

Entonces Flor contó que fue a ver a tu padre apenas llegó de México para entregarle la carta que le diste en Cuernavaca y que se encontró con un letrero en la ventana que decía ISABELINO PENA / DETECTIVE DE ALMAS y pensó que don Rosso se había mudado aunque igual tocó timbre para averiguar la nueva dirección y que tu padre abrió la puerta mordiendo una pipa apagada y fingió no conocerla y de golpe preguntó Abel sigue viendo Gárgolas y se quedaron horas tomando caipirinha.

-Estábamos hablando de Ray De Deus -contestó Abel.

-Ah, sí. ¿Pero cuál fue la bronca que tuvieron, al final?

-No hubo ninguna bronca.

-¿Pero vos qué le hiciste?

-Yo traté de salvarlo.

La negra cierra los ojos.

-Y él te quiso limpiar -cabeceó.

-Él me miraba y era como si se abriera el sótano del mundo. Nunca vi algo peor.

-¿Y para qué querés saber si está vivo? Ray siempre estuvo muerto. No se puede salvarlo. Yo sé lo que te digo.

-Pero lo sigo viendo.

-Todo el mundo ve muertos, rapaz.

-Pero él sigue matándome.

-El que trata de salvar a la gente se hace harina, mijito. Mirá el Cristo de ustedes: mucho caminarle por arriba del lomo a Yemanjá, ¿y después?

Y cuando terminaron de hablar de Cuernavaca y del exilio y las Gárgolas apareció una veterana con el pelo chillonamente teñido y tu padre se la presentó a Flor como peluca de Oro y la mujer cantó *Las cuarenta* con una hermosa voz averiada y tu padre explicó que Peluca de Oro era su primera clienta y que se tenía que ir volando al conventillo donde vivía Luz Adrogué a perseguir la pista de una guitarra estrellada y Flor se ofreció a llevarlo.

Alguien golpeó la puerta con mucha suavidad, aunque Abel pegó un salto como si la hubieran tirado abajo. Cuando meto un ojo en el filo entreabierto y veo a Cristina respiro en paz.

-Están por empezar -dijo la mujer ciega. -¿Te sentís bien?

-Sí, claro.

Entonces Isabelino Pena la miró lagrimeando y glosó con los dientes muy verdes Son pocas pero son viejo Marlowe y Flor sintió que el mundo volvió a ponerse lindo.

La bailarina me guía escaleras abajo.

24

-¿Todo bien, petiso? -sonrió Brian, sin dejar de balancearse mientras repasaba el bajo de *I saw her standing there*. -¿Esto lo cantás en Re, todavía?

-No, muchacho. En Do y gracias.

Ahora me siento bien: la voz en formol de Brian fue realmente amable y además parece no tener la menor intención de sacarse los lentes azules. Abel se abalanzó sobre el paquete de pizza muzzarella y fainá.

-En Do me queda bárbara para el teclado -resplandece Flor.

-Vo: ¿saben que se la escuchamos en vivo a Paul cuando dio el concierto en Río? Y la hace bastante más lenta. Con otro balanço -se interrumpió Ringuito al escuchar los cuatro taconazos de prueba que descargó la tecladista.

-One two three FOUR!!!! -debe haber resonado el eco del alarido de Flor por toda la cuadra. -Dejate de joder. Nosotros somos nosotros y la hacemos AL MANGO. ¿Terminaste de lastrar, Abelito?

Y cuando se re compuso el grupo Ringuito ya no era el mismo aunque no por guardarle rencor a Brian sino porque evidentemente se había vuelto un jipoide motudo y marujero de verdad y era habitué de antros de pizza rockandombera que ustedes jamás serían capaces de pisar por puro desinterés y ahora ensayaban en un garage transformado en jardín de invierno que le cedieron a Flor y una noche Ringuito llegó muy tarde y la muchacha lo acorraló con lividez de esposa traicionada y gritó Hoy me contó el Matraco que andás formando un grupo de mugrientos a espaldas nuestro y Ringuito bajó su mirada de terciopelo.

I saw her standing there fue tocada de corrido y sin el menor error: Abel no necesitó consultar la letra y Flor se acopló perfectamente en las segundas voces, aunque incrustó un solo de teclado mucho más rico que el de las viejas épocas.

-Tenías razón, Ricardo. Eran buenos de verdad -aplaude Cristina, agazapada como para largarse a bailar en cualquier momento.

-SOMOS buenos de verdad -corrigió Flor. -Y él se llama RIN-GUI-TO. Bueno, a lo mejor en aquel tiempo ya le decían Ricardo cuando tocaba en otro lado y yo nunca me enteré.

Ringuito me mira fijo y yo le hago señas de que no dé pelota, aunque él parece querer tragarse la nuez.

-Mañana van a saber lo que fueron los verdaderos sixties estos pendex ladillas -resopló la pequeña mujer de ojos sombreados por un verdor que parecía empezar a expandirse rostro abajo. -Aguántenme un cacho que voy a echarle vermut al bobo.

Entonces la chiquilina empezó a patalear como las criaturas mientras repetía Flower es sagrado y destrozó la puerta-vidriera a tacazo limpio y ninguno de los tres se animó a hacer un gesto.

-Yo voy a llamar por teléfono a ver cómo están los guríes -le avisó Cristina a Ringuito.

-Te acompaño -saltó Abel. -¿Cuántos hijos tienen?

-Tres -contestó la mujer ciega, caminando con increíble seguridad hacia la escalera.

-CHE: FALTA UNA BOTELLA DE CHIVAS -hizo temblar los vidrios Flor. -NO TE VAYAS, ABEL.

-Yo no tengo nada que ver -me resguardo sudorosamente. -Si todavía estoy con el mismo vaso.

-DIGO QUE NO TE VAYAS ASÍ SEGUIMOS ENSAYANDO, BOLUDO!!!!

Y mucho menos a decirle Sweet Flower.

-A lo mejor contaste mal las botellas -dijo Brian.

-Ta. Conté mal y listo. Hablen por teléfono nomás, así yo descanso un rato -se despatarra Flor frente al teclado, como si tuviera puesta una máscara amarillo limón para suavizar las arrugas.

25

-Mucho gusto. Pero ya no me llamo Luz Adrogué, como dice este peladito -le aclaró la negra a Cristina. -Ahora soy Yemanjá Saba del Mar Dulce. Con bastón y todo. ¿De dónde venís?

-De Santos. Aunque vivo en San Pablo.

-Y sos agua.

-Soy agua.

-Servite un whisky.

-No. Obrigado.

-Te lo pide tu diosa.

Entonces la mujer-pájaro acepta una medida de Chivas y se sienta en el suelo. Abel retuvo un sorbo bajo la lengua, después de mucho rato de abstinencia.

-Cantás lindo, morocha -sonríe a medias la negra. -Pero creés en la Virgen.

Cristina no contestó.

-Yo también creo en la Virgen -intervengo.

-Usté callesé, que ya le va a tocar -mostró los colmillos Yemanjá Saba, sin dejar de mirar a la mujer-pájaro. -Pero no vayas a pensar que Yemanjá Ogunté te quiere clavar el micrófono en la barriga porque sabés cantar o bailar o porque te engrupiste con el disfraz de la pavarreal, mijita.

Y Flor llevó a tu padre a un conventillo del Barrio Sur y por el camino te confesó que ya no le importaba un pito la revolución ni nada más que no fuese divertir a las hijas con las canciones de Flower y que estaba perdiendo la voz terroríficamente y que prefería que le fallara el bobo y no el duende y al empezar a cruzar el corredor del conventillo vichó por una puerta entreabierta y Luz Adrogué le devolvió una guiñada.

-¿Pero quién es Yemanjá Ogunté? -me encocoro. -¿O estamos para hablar en clave, esta noche?

-No tomes más, por hoy -contuvo otro relampaguear de colmillos la negra. -O la vas a cagar feazo. Y NO ES LA PRIMERA VEZ QUE LA CAGÁS FEAZO POR NO SABER TOMAR. Yemanjá Ogunté del Mar Dulce es que la que está allá abajo con la espada, cantando en gringo. Y chau. No explico más. Cristina sabe de esto.

-Pero lo que no sé es por qué quiere clavarme el micrófono en la barriga -sonríe la mujer-pájaro.

Entonces Yemanjá Saba necesitó rellenar su vaso y sorber y prender un Peter Stuyvesant con exasperante parsimonia antes de contestar:

-Es muy fácil. Porque a vos los espejos no te sacan la lengua en la jeta como a ella, corazón.

-Pa. Tenés Peter Stuyvesant -me distraigo. -¿Dónde los conseguís?

-Chiche, nene. Me los tiran de los barcos cuando me porto bien -fabricó un arete de humo la negra, entre asqueada y piadosa.

Y al final del corredor encalado y lleno de macetones localizaron a una muchacha mulata con ojos de vidrio y un artesano jipi que eran considerados por Isabelino Pena y Peluca de Oro como los legítimos dueños de la guitarra estrellada pero Flor no quiso entrar y le dijo a tu padre que lo esperaba en la pieza de Luz Adrogué.

-Puede ser -cabecea Cristina. -Es triste.

-Bueno, yo no estoy triste y también te tengo envidia aunque por otra cosa -retrucó Yemanjá Saba. -Y me juego a que el pelado debe sentir la suya, también.

-Pero la mía es envidia santa -puntualizo.

Y cuando Flor reapareció en la pieza de la primera vedette del carnaval uruguayo Luz dijo No doy autógrafos pero andá preparando el pinchazo nomás porque acá no le sacamos el culo a ninguna desgracia y la mujer-muchacha ronqueó Cómo aguantás los espejos Porque los berretines de Oxún se me fueron hace rato y ahora en vez de disimular que tengo una teta mucho más grande que la otra trato de que se vean mejor y la gente me adora contestó la mujer de sesenta y seis años.

-Santa tu madrina -chilló Yemanjá Saba, y se rieron a coro y Cristina pidió para hacer la llamada telefónica.

26

-Pero la pavarreal es Oxún, no la Virgen -volvió a cruzarse de piernas en el suelo Cristina.

-Mirá que todavía no metiste la sin hueso en el whisky -señala Yemanjá Saba, implacablemente enigmática. -Y esta chiva bostea pepitas de oro: te podés hacer un collar de rechupete y trocarte en menina, otra vez.

-No. Vos querés trocarme en Oxún.

-Sí. Te volvés mi hermana y me contás cómo carajo hiciste para aprender a bailar sin ojos. ¿Sos bailarina en serio?

-Formo parte de un grupo de teatro-danza en San Pablo.

La mujer-pájaro alzó su perfil filoso y vació el whisky de un solo trago.

-Eso -dice la negra, haciendo rebotar la última humareda sobre las palmas color caracola de las manazas.

Entonces Luz Adrogué sentó a Flor en su cama y le sirvió un caballito y le pidió que llorara en paz y la mujer-muchacha reclinó el rostro para que el goterío dorado fuera cayendo en el whisky hasta que la negra le sacó el vaso de la mano y cerró la puerta con llave.

-El que me robó la luz es un perro de Dios -murmuró Cristina, con los párpados bajos. -Y yo se lo agradezco.

-Todos somos perros, mija -chista Yemanjá Saba.

-Sí. Pero el Can es el Can.

-No me digas que creés en el diablo, también.

-¿A vos la vida te rompió los ojos?

-Me rompió toda.

-Pero no los ojos.

-Dije toda, carajo.

-Entonces conocés al diablo tan bien como yo.

-BASTA CON ESO, BEIBI. EL DIABLO YA NO JODE NI A LOS ABANDERADOS DE LA ESCUELA. Y LA VIRGEN ES LA EMBERRITINADA DE OXÚN DISFRAZADA DE ESTAMPITA. ¿SABÉS CÓMO TUVE QUE APRENDER A ROBARLE EL CIELO A LOS MACACOS, EN ESTE PAÍS MALDITO? VICHANDO AL NEGRO JEFE POR LOS AUJERITOS DE LA RADIO!!!! Y CUANDO ME JUGUÉ EL CUORE EN PLENO DIECIOCHO Y LES REGALÉ LA CARNE Y EL PLUMERÍO DE FAISÁN QUE ME QUERÍAN COMPRAR LOS GRINGOS NO HUBO QUIEN SE ANIMARA A DECIRME QUE YO ERA LA DIOSA DE MARACANÁ!!!! ¿Y OXALÁ? TERMINÓ DE PORTERO EN UN CASINO!!!! NEGRO JEFE LOS KINOTOS, ¿COMPRENDISTE? ACÁ LOS MANDAMASES SON CAPACES DE VELARTE EN EL ESTADIO SI PRECISAN LUCIRSE, PERO CUANDO LA GENTE RECONOCE QUE SOY LA MADRE DEL MUNDO Y ME TRAEN REGALITOS SE LES CAGAN DE RISA. O LOS NINGUNEAN. Y YO SIGO TAN CAMPANTE, BANCÁNDOLES LA MUGRE A LOS RICOS Y A LOS POBRES. SE LIMPIA LO QUE SE PUEDE. ¿COMPRENDISTE, PELADO?

Y Flor se derrumbó boca arriba y la negra le aplicó una dulcísima respiración artificial hasta que la mujer-muchacha clarinó una balada que resonó por todo el conventillo.

Abel bajó la cara.

-Pero la que baila ciega no es la madre del mundo -porfía Cristina. -¿Para qué me preguntás si no querés saber?

-Vos sos Oxún con revoque de vedette de estampita, ¿verdad? A mí no me jodés.

-Mirale bien los ojos a la que baila ciega y decime si son de hembra o de macho. So isso.

-A mí no me hacés caer, disfrazada.

Y tu padre golpeó la puerta y Flor demoró en salir abrochándose la blusa y cantando *And I love her.*

-Che, apuren -gritó Ringuito, sin llegar a subir del todo la escalera.

-Otro sol. Otro escenario, hermana -dice la mujer-pájaro, acercándose a besar las mejillas ya muy demaquilladas de la negra. -Traté y traté y traté hasta que pedí morirme. Y un día sentí que entraba a un escenario de oro. Y que yo no era yo.

-Versos -sonrió la negra.

27

Una hora más tarde habían logrado exhumar media docena de canciones, y Flor resplandecía como en las viejas épocas. Aunque precisa gente que baile: sin eso no hay arreglo. La malla blanca de Cristina estaba orillada por una doble línea rojiverde que Abel recién percibía. Son los tres colores del disfraz del alma que escala la noche oscura.

-¿Vos sabés que hace poco soñé con el concurso estudiantil que ganamos en el Odeón? -se levantó a prepararse otra caipirinha Ringuito. -Pero tocábamos *Mustang Sally*, al final. Y yo la candombeaba.

-Qué raro -me mira Flor fabricando una mueca a lo Doris Day, y Brian larga la risa y se saca los lentes para dejar al descubierto una sedosa miopía azul.

Amistad con el mundo -pensó Abel, encandilado por la resurrección de la adolescencia del ginecólogo grado 5. (Y olvidado por completo de las cautelas recomendadas por San Juan de la Cruz.)

-Pero lo que tocamos al final fue *Sueño* -precisó Flor. -Qué tema, madre mía. A ese no precisabas candombearlo vos, traidorzuelo.

El concurso fue un sábado y el domingo se vieron por televisión en la casa de Flor y cuando la tía bahiana que estaba de vacaciones empezó a escuchar *Sueño* dijo Esos tambores suenan como una mixtura de beat y candomblé y Flor chilló A ver si escuchás cantar a Yemanjá y te dejás de joder con los tambores.

-Los Young Rascals -dice Ringuito, después de tragarse trabajosamente la nuez junto con la palabra traidorzuelo. -¿Qué se habrán hecho esos tipos? O Paul Revere and the riders. Que yo sepa no hay nadie que los june hoy en día. Y eso que prendés la radio y te tupen a sixties. Allá en Brasil también.

-Allá en Brasil no tanto -lo corrigió Cristina. -Los nuestros siempre están.

-Uauuuú: acá ahora se les dio por llamarle **los nuestros** a los rockandomberos baratos -ladra Flor, y cruzamos una mirada aterrada con Brian. -Desde los mugrientos de los 70 a Jaime Roos. Son todos cracks: por unanimidad.

-Sweet Flower -sonrió Ringuito, volviendo a sentarse en la batería. -¿Vamos a hacer *We can work it out*? Es fácil. Y saludable.

Y la tía bahiana explicó divertida Yemanjá siempre tiene a Oxún adentro pero hasta que no dejes de mover el pandeiro como si cada hombre fuese un espejo desnudador vas a ser mucho más Oxún que Yemanjá querida.

Entonces Flor corre a buscar la botella de vermut y la empina estilo linyera.

-No -ordenó. -Nada de rock blando. Me paspé del teclado, además: quiero cantar *Sueño*. Pero no como en el Odeón, muchachos. ¿Te acordás de la minifalda escotada que estrené en el Club Uruguay? Hace veinticinco que vengo soñando cómo me hubiese meneado en aquella filmación, si hubiese tenido ovarios.

Brian vuelve a ponerse los lentes, y ahora nos toca mirarnos fijo con Ringuito.

-Che, Cristina -atacó a fondo Flor, probando el cascabelear de la pandereta. -¿Nunca te contó el libidinoso de tu marido cómo se babeaba conmigo acá, en este club? Los tenía desesperados a estos tres corderitos.

-Basta, enferma -se descuelga el bajo Brian. -¿Para esto nos hiciste juntar?

-Claro que me contó -levantó su mirada Cristina. -Y te aviso que yo fui mucho más relajada que vos. Hasta que encontré a Ricardo.

-¿VISTE, CERDO? -empuña el micrófono Flor como para clavárselo en la barriga al ginecólogo grado 5. -ELLOS SE QUIEREN!!!!

-Yo me voy -dijo Brian.

Yo voy a ser Oxún y Yemanjá y todas las que se me ocurran mientras el bobo aguante pero dando la cara tamos se juramentó Flor y se embadurnó un índice con losa labios pintados color manzana deliciosa.

-*Existe un cielo y un estado de coma* -canto, con un filo-hilo de voz.

28

-Perdonen -terminó de retocarse el maquillaje Flor, después que Brian aceptó la solución intermedia de ir a fumar afuera. -Estamos por reventar hace mucho. Es terrible.

-Lo que no entiendo es cómo podés tenerme tanto rencor, todavía -pregunta Ringuito.

-Porque soy una nena -junta las manos Flor. -Una nena sin mamá y sin amantes y con un millón de arrugas y una válvula que nunca me falla del todo. Mis hijas ya son más viejas que yo. Y yo perdí. Ya no me banco nada.

El premio del concurso fue la inclusión de dos canciones en una ensalada que editaría RCA al lado de Los Iracundos Los Bulldogs Los Hammers y Dino y la noche que grabaron el primer tema en Sondor ya estaban disueltos y mientras Flor mimaba la voz guía de *Sueño* para que ustedes pudieran tocar la base separados por biombos le empezaron a caer dos chorretes de pintura que primero le formaron bigotitos como los del Che y terminaron por gotearle en el escote hasta provocarle una especie de chucho solemne.

-Es que el mundo no se banca con nada -dice Cristina. -No hay que bancarlo y chau.

-¿Pero entonces qué hacés? -mostró los dientes Flor.

-Tratás de que la gente muerda el cielo -me animo a versificar. -Como cuando tocábamos.

-O tratás de que la gente aprenda a bailar a oscuras -volvió a apoyar una mano Ringuito sobre la cabeza renegrida de la mujer-pájaro.

-Tch. Esas ondas rarófilas ya finiquitaron, viejo -demora en retrucar Flor. -Todo eso es puro paco. Igual que la revolución. ¿Cuántos años tiraste a la basura con los bolches, petiso?

-*Todo lo que hicimos / la mentira y la verdad / todo lo que hicimos sigue vivo en un ligar* -cantó serenamente Abel. -*Todo poco a poco / va dejando de importar / todo menos esos / paraísos en el mar / y navegar y navegar y navegar*. Fito Páez.

-VOS TAMBIÉN ME VENÍS A ROMPER CON ESE TROLO!!!!

-Ahora no te la agarres conmigo, te lo ruego. ¿Por qué no vamos repasando *Sueño* antes que venga Brian? Así la aceitamos bien de bien y mañana cerramos el concierto con eso.

-Oka. Pero te aviso que el curtidor de paddle no va a volver, por hoy. Ya escuché arrancar el auto.

Y cuando llegó el momento de sobregrabar su voz la muchacha se encerró en el estudio y la observaron colocarse los auriculares por el vidrio de pecera de la cabina y empezar a cantar con los ojos inyectados hasta que el técnico la interrumpió para avisar que no tenía retorno y ella se señaló la garganta y comprendieron que se había quedado ronca como una esfinge.

Flor vuelve a empinar la botella de vermut, se embadurna el blusón al secarse la boca y dice:

-Tengo miedo. Pobrecito, carajo.

-¿Quién? -se acercó a sostenerla Cristina. -¿Pobrecito quién? Sentate aquí y contame.

-¿QUIÉN VA A SER? EL COMANDANTE, CRISTO!!!! TENGO MIEDO!!!!

-De qué.

-De que se apague todo. ¿DÓNDE ESTÁ LA LUZ?

-En la casa de los cuidadores -murmuro.

-MENTIROSO!!!! SABÉS BIEN QUE ESTOY SOLA!!!!

Y al salir del estudio garabateó en un papelito *Estoy más muda que el Che cuando lo traicionaron.*

-MENTIROSO!!!! -repitió la mujer desabrochándose la mitad del blusón para abanicarse a dos manos. -CHE: ¿QUÉ LE PASÓ A ANNELISE? YO SÉ QUE LE PASÓ ALGO!!!! CONFESÁ, DESGRACIADO!!!!

29

-Perdoname -dice Flor al rato, mirándome sin Gárgola. -Me puse muy borracha, de golpe.

-Ya nos dimos cuenta.

-Pero ya estoy okey. ¿La viste a Annelise, hoy?

-Sí. Vino a buscarme a lo de mi hermana y nos fuimos caminando hasta casa. Me pidió que retocara una escena.

-¿Vos la ves bien a esa criatura?

-En qué sentido.

-Yo qué sé. No te pongás difícil. En casa no hay quien la haga decir una palabra.

Flor se abrochó el blusón.

-*Deje de mirarme las tetas señor* -interviene Ringuito, que parece morirse de ganas de volver nadando al Brasil. -¿Leíste ese cuento de Bukowski, petiso?

-YO LO LEÍ -ladró Flor.

Estaban por estrenar la primera versión del espectáculo onettiano y después de un ensayo general en el Marítimo Matías Jr. Hizo una propuesta razonable para la adjudicación del puntaje y a la actriz le dio una pataleta porque tenía medio punto menos que vos y se mandó mudar como si la hubieran violado y Matías fumó en silencio y después dijo Esta noche mismo llamo a una botija de dieciséis años que hace teatro conmigo en el liceo y vas a ver que se aprende los cuatro papeles en una semana.

-Calma, Flor -dice Cristina. -Mejor nos vamos todos a dormir en paz.

-¿EN PAZ? Vos no conocés mi casa, negra.

-Pero puedo imaginarme cualquier clase de infierno, no te preocupes. Yo también tengo tres hijos.

Ringuito me hace una seña tranquilizadora.

-Petiso -se incorporó Flor. -Vení. Dame un abrazo.

Qué domingo nos espera.

-¿Qué te pasa? Vení -avanzó la pequeña mujer, un poco tambaleante. -Yo te quiero, petiso.

Y después de abrazarme me frota la nuca como si me hubiera parido.

-Sos igual que tu viejo -murmuró Flor. -Raro como perro verde pero medio santo, de últimas. ¿A vos no se te puede encargar una investigación?

-En este momento estoy tratando de solucionar un caso muy difícil, pero podemos conversarlo.

Y lo peor es que ninguno de los dos habla completamente en broma.

Y una tarde agosto casi primaveral Annelise irrumpió en el Marítimo con el mismo poder de avasallamiento irradiado por su madre veintisiete años atrás aunque llena de esa especie de gracia de ingravidez con que sólo la Virgen paraliza a sus súbditos.

Ringuito y Cristina se fueron enseguida, después de insistir delicadamente en alcanzarlos a los dos con el coche.

-Uh: si yo dejara de manejar cada vez que ando en copas tendría que contratar un chofer -dice Flor cuando quedamos solos, sentados en el escalón de la puerta. -Qué bruta primavera. Dan ganas de vivir. Tengo un miedo horrible, Abel.

El golero de Liverpool prende el decimoquinto cigarrillo del día y sus bronquios atabacados lo silban sin piedad.

-Miedo de qué.

-De que Annelise esté embarazada. El cajetilla que llegó hoy a casa cuando salíamos es el padre del novio, un abortero más conocido que la ruda-macho. No me gustó esa copa que se quedaron a tomar con Brian.

Y Annelise anunció Nosotros nos conocimos la noche que el Frente ganó la Intendencia vos no debés acordarte mi apellido es Beltrami Lacroix y mi vieja te manda un besote y dice que contigo me deja ir hasta el fin del mundo.

-¿Puedo pasar un rato por tu casa mañana de mañana y hablamos bien del asunto? -pregunta Flor. -Ahora no doy más, te juro. Dalé: apagá y cerrá todo y te arrimo.

-No -trató de sonreír el hombre derrengado. -Andá nomás. Yo prefiero caminar vichando las estrellas, como hacía Isabelino Pena para inspirarse. Y mañana pégame un telefonazo antes de venir, por las dudas. Calma, jefa. Y fe.

-En qué -pregunta Flor.

30

La negra llevaba mediada la botella de Chivas y cuando Abel se disponía a golpear canturreó serenamente:

-*Siga el baile / siga el baile*.

Ahora tiene puesta una chalina de seda gris sobre el vestido de satén plateado.

-Por fin levantaron las cacharpas -dijo. -Qué berrinche, Momo mío. ¿Qué te sapa, mijito? ¿Le tenés miedo a Oxún?

-¿Pero cuál es Oxún, al final?

-No te pongas histérico. Ahora te convendría tomar otra copeja. Despacio.

Me sirvo medio dedo de whisky y le saco dos Peter Stuyvesant: huelen al París glorioso de los tragafuegos.

-No te olvides de traerme otra chiva para pasar la noche -sonrió la negra. -¿Sabés que te parecés bastante a tu viejo?

-Recién me lo dijeron.

El 27 de noviembre de 1983 Flor se enteró que tu padre estaba internado en el Hospital Italiano y antes de que empezara la concentración del Obelisco se escapó a saludarlo y de golpe lo encontró viendo pasar el gentío en una esquina sentado en una silla de ruedas con el gacho y la pipa y el impermeable de detective puesto sobre el piyama.

-Yo lo conocí poco -agrega Yemanjá. -Pero te puedo asegurar que me caminó por el lomo como un rey.

-No entiendo.

-Agua tenebrosa, rapaz. ¿No te suena de algún lado? No se puede llegar a la otra orilla sin patear por arriba del agua tenebrosa.

-Es verdad.

-Claro que vos estás por llegar, todavía. Y el Ray De Deus te dejó en una pata. Ahora vamos a ver si aguantás la prueba de Oxún. Somos tres, los fiscales: Anota, Oxún y yo. Aunque muchos digan que el único fiscal es Abita.

-No entiendo nada.

-Mejor.

Tu padre estaba custodiado por Peluca de Oro y Ma-Sa y tenía un estuche de guitarra apoyado horizontalmente sobre la silla de ruedas y Flor olió el peligro y no se acercó del todo y enseguida vio aparecer una especie de delegación encabezada por la muchacha ciega y el artesano jipi y se escondió atrás de una gigantesca acacia bamboleante para seguir espiando.

-Por lo menos explicame lo de Oxún -suplicó el hombre calvo, crispado como un viejo. -Y apurate, por favor. Tengo gente esperándome.

-Es Oxún la que te espera, rapaz. Vos te creés que es la Virgen pero es Oxún. Yo sé lo que te digo.

-Yo también sé lo que digo.

-Despertate, pelado. Annelise es la carne. Carne fresquita de pavarreal. Tratando de lucirse, igual que la bailarina. Y de robar maridos.

-Pero los ojos de la bailarina no son de carne.

-Ahí sí que te apuntaste un poroto. Bueno, traéme la otra chiva y pelátelas tranquilo y después me contás. Yo me quedo hasta mañana, igual.

Y tu padre le entregó a la muchacha el estuche que contenía la guitarra estrellada y sonrió en paz aunque hasta el gacho le fluorecía como una mascarilla mortuoria y cuando pareció haber pasado el peligro Flor cerró los ojos con el pelo sobredorado por los pétalos que llovían de la acacia y al abrirlos vio a Luz enfrente suyo preguntando Todavía te dura la gola o es que no te animás a volver al conventillo.

-Fuerza -agrega la negra.

31

Los bloques donde vivía Abel Rosso no tenían garages sino pequeñas zonas interiores de estacionamiento, lo que obligaba a la gente a alquilar cocheras en el vecindario o a dejar los autos directamente en la calle. Hoy las estrellas crujen, como decía mi padre. Recién al aspirar el bamboleo de la enorme magnolia que enfrentaba su puerta Abel pudo distinguir al Hyundai de Brian, estacionado a contramano tres coches más allá. Me hace señas con las luces.

-Subí, por favor -dijo el hombre, haciendo asomar la turbia lechosidad de sus lentes.

Y enseguida que me siento a su derecha -sin poder disimular el temblor de los brazos- agrega:

-Qué día terrible, loco. Perdoná que te joda, pero tenía que hablar contigo.

-Me imagino.

Y al terminar el primer ensayo en el que Annelise construyó deslumbrantemente todas las acciones de sus cuatro personajes encontraron a Flor esperándolos con el coche en la puerta del club y la mujer de pelo platinado y rapado a lo punk se ofreció a llevarte y por el camino dejó a la muchacha en lo de Cecilia y al llegar a tu casa apagó el motor y dijo Hay muchas cosas que todavía no te conté de mis amores con Luz.

-¿Tenés asma, petiso?

-Desde los veintipoco. Hoy fumé demasiado.

-Qué dia -resopló Brian. -Cómo está Annelise.

-Bien.

-Ella cree que a mí me importa un carajo de todo, pero estoy hecho bolsa: recién ayer de madrugada me llamó Horacio de María para ponerme al tanto. Y pedirme permiso.

Quelle délicatesse.

-Bueno, ya sé que contigo estuvo muy mal. Y esta noche vino a casa a tratar de convencerme de que habías sido vos el que la dejó embarazada, encima.

-Ya me enteré. Flor no se chupa el dedo.

-¿Flor te dijo algo?

Y la mujer contó que una tarde encontró a la negra muy borracha porque el amor de su vida estaba agonizando en el Maciel y no la dejaban cuidarlo ni traerlo al conventillo y Flor dijo Tranquila y a las cuarenta y ocho horas Sixto Juárez fue instalado en la pieza de Luz con oxígeno y suero.

-Flor sospecha -murmuro.

-¿Qué sospecha?

-Todo, viejo. Todavía no se dio cuenta que Annelise está en casa pero en cualquier momento me cae con la pesada. Vas a ver.

Brian prendió un cigarrillo y lo tiró casi enseguida en la calle y apoyó la cabeza en el volante.

-Estoy hecho bolsa -bufa. -Ayer de tarde me pasé de asqueroso, ¿no?

-Nada del otro mundo.

-Esas cosas ya fueron. Lo que animo a contarle a nadie es que estoy enamorado. Por segunda vez en la vida. La gurisa tiene tres años más que Annelise.

-Te felicito.

-Y está embarazada, además. Pensamos casarnos.

Abel se bajó del auto.

-Hasta mañana -me inclino para ofrecerle mi adhesión facial por la ventanilla, pero ahora es el ginecólogo grado 5 el que no quiere arriesgarse a ver Gárgolas.

-No puedo más con Flor, Abel. Yo podré ser muy podrido, pero nadie se imagina lo que es vivir con ella. Tantos años. La locura que tiene es inaguantable. Te juro que te escribís la Divina Comedia con eso.

Y Flor empezó a ir todos los días al conventillo disfrazada de enfermera y el ex-golero de Peñarol esperaba la llegada de su blancura como la del abrigo eterno.

-Dios nos ayude a todos -dijo Abel, despidiéndose.

32

Paloma estaba profundamente dormida y Annelise leía los *Poemas de amor* de Idea Vilariño.

-Casi termino bailando *Chiquitita* con tu hija -dice pidiéndome un cigarrillo por señas. -Es divina. Me obligó a ponerme tu piyama. ¿Cómo me queda?

-¿Andás bien?

-Diez puntos. ¿Y a vos cómo te fue con Janis y los fantasmas?

Abel se dejó caer en el pequeño sillón que utilizaba para trabajar y dijo:

-Es un poco largo de contar.

-Perá. Tengo una sorpresa.

Annelise baja del sillón-cama con total agilidad, va descalza hasta la cocina y vuelve con una caja de Termidor blanco y dos vasos.

-Un vinito nunca viene mal -sonrió ladeando la cabeza. -Se lo mandé comprar a Paloma.

-Sí. Pero no lo abras. Ya tomé mucho whisky.

-Lo abro para mí. Tomo sólo un vasito. Palabra.

En la primera versión del espectáculo onettiano la prostituta que se tentaba con entregarle el alma al soñador iba cantando partes de *Confesión* y cuando Annelise revisó la escena tuvieron que explicarle quién fue Discepolín y ella dijo Hay un

tema de Fito que iría mucho mejor y les cantó *Giros* esbozando una serie de acciones de una sensualidad tan voladora que el guión quedó rectificado ipso facto.

-Así que el EXTRAORDINARIO REENCUENTRO DE FLOWER fue un TERRIBLE QUILOMBO. Dame otro cigarrillo -chasquea los dedos la chiquilina, fingiendo divertirse.

-Quilombo y medio. Imaginate lo que puede llegar a ser mañana. Aunque tu madre quedó ronquísima. No sé cómo va a-

-Pero no sabés lo mejor, corazón. MAÑANA HAY APAGÓN EN TODA LA ZONA!!!! -levantó los puños Annelise como para gritar un gol. -DESDE LAS 19 HASTA LAS 24: UTE LO ANUNCIÓ POR LA TELE!!!!

-Shhhh.

De golpe tengo miedo, pero no sé de qué.

-¿Qué te dijo mi padre ahí abajo? -cambió de rostro la muchacha-mujer. -Estuve esperándote en la ventana desde que Paloma se durmió. Vi todo.

-Tu padre sabía todo. Desde ayer.

-Qué basura.

-Y qué actor. Sos hija de dos tigres, chiquita.

Y a Matías se le ocurrió cantar *Giros* a medias y cuando Annelise berreaba una frase él contestaba con una especie de alarido jadeante y terminaron por juntarse de espaldas hasta que el revuelo anaranjado de la cabeza de la muchacha pareció embravecer la primavera y acabaron gritando al unísono y dijiste No creo que se pueda inventar un coito más delicado y más fuerte en ningún escenario pero cuando Flor lo vea es capaz de degollarnos.

-Qué basura, por Dios.

Dijo Dios.

-Si por lo menos tuviera una mina en serio, el cerdo -aplastó el cigarrillo y se tomó medio vaso sin respirar Annelise. -Yo lo perdonaría.

-No tomes así. Tiene una mina en serio. Y se quiere volver a casar.

Entonces ella liquida el vaso y baja la cara hasta cubrirse con el turbión de pelo color miel.

-¿Por casualidad sabés qué edad tiene la loca?

-Tres años más que vos.

-¿Y CÓMO SABÉS TANTO? ¿VOS ANDÁS EN EL AGUANTE DE PENDEX, TAMBIÉN?

-SHHHH.

Degolladores sobran gritó Flor desde la puerta y taconeó entre la luz oblicua donde remolineaba una especie de humareda de polen y agregó Prometo que nunca más me asomo a vichar sin permiso y aunque no entiendo nada les aseguro que esta guacha está actuando desde que le pegaron la primera palmada y lloró como una diosa.

Entonces suena el teléfono.

33

Abel saltó, pero no corrió. Casi las tres de la mañana: imposible que sea Candela.

-MIERDAS!!!! -arrastró una voz borracha Annelise en el escritorio.

-Hola -digo con mansedumbre, y oigo un jadeo asqueroso hasta que la voz del sótano del mundo se decide a atacar:

-Mirá que por un mes no puede cojer, viejo de mierda. Yo me la voy a chupar toda pero después que le corte el pescuecito.

Abel colgó y el teléfono volvió a sonar inmediatamente. Descuelgo y cuelgo y vuelve a sonar, muchas veces. Hasta que el hombre de gran calva cerosa trajo un par de frazadas de su cuarto y envolvió el aparato.

-Quién era -pregunta Annelise. -¿Mi degollador? Siempre sabe donde estoy, ¿viste? En lo de Cecilia ya se lo conocen de memoria, al podridito.

Sixto Juárez usaba un buzo de golero de la juventud abajo del piyama y cuando se lo sacaban para lavárselo se ponía a tararear Uruguayos Campeones y contaba pedazos de la historia de cómo un negro jetón le reventó la rótula y no pudo ir a Maracaná donde hubiera atajado cuarenta veces más que el Pájaro Bobo Vayan a preguntarle a Obdulio quién era yo gemía y un día Flor llegó con el Negro Jefe en persona y se revolucionó el conventillo y terminaron todos borrachos y felices.

-Hasta mañana -melodizó Annelise.

No me llevo la caja de vino del escritorio: sería como una provocación para que la robara de la heladera. Abel fue a su cuarto y se puso un pantalón piyama blanco (la túnica de la fe) y una vieja remera Lacoste verde (el color de la esperanza puesta sólo en el reino) con vivos colorados (sangre para el amor). El Cristo que pinté a los cuatro años resplandecía sobre la cama de matrimonio. Abro de par en par la ventana y me dispongo a fumar otro Peter Stuyvesant que le saqué a Yemanjá.

Marlowe: El degenerado que llamó sabía lo del aborto. Es conocido de ella.

Abel: Pero no olvidemos que los enemigos siempre son tres, compañero. El diablo, el mundo y la carne.

Marlowe: Y que Yemanjá tenía toda la razón. Oxún está hospedada en el aposento contiguo, Dr. Jekyll.

Abel: Pero siempre va a depender de nosotros que la Virgen sea la Virgen. Yemanjá es muy tramposa.

Marlowe: Como buena fiscal.

Abel: Y Annelise es más auténtica cuando actúa.

Marlowe: Je suis d'accord.

Hasta que empezó el coma y Sixto emergía de ratos arrancándose la máscara de oxígeno para llamar a la hija que se había suicidado a los veintiocho años Volvé Brigitte rogaba que yo te saco la piscina de adentro mi amor mi cancha verde de la celestialidad mi almita y una tarde apareció Flor con Annelise y la chiquilina de once años vestida con uniforme colegial se paró al lado de la cama y después de alisarle el pelo con los ojos cerrados le agarró el antebrazo al hombre y dijo Hola papá.

Abel: Ahora hay que desenvolver el teléfono y dormir. Si se puede.

Marlowe: ¿A qué hora llama Candela, al final?

Abel: No me puedo acordar.

Marlowe: ¿Qué le vas a decir sobre nuestra chiquilina?

Abel: La verdad. Sin pedir comprensión.

Y Sixto murió diciendo Tu amor es de verdad.

Marlowe: La comprensión solamente se da, Dr. Jekyll.

34

Abel se despertó dando un salto como en sus peores pesadillas de asfixia. El grito no fue de Paloma. Annelise volvió a llamar: el hombre prendió la portátil, se calzó las chancletas y caminó pesadamente hasta el escritorio.

-Vení. Cerrá la puerta -pide la muchacha, recortada sobre la primera claridad.

-Qué pasa.

-Cerrá, te digo. Vení. No me dejes sola.

Abel se sentó en el suelo. Tendría que ir a buscar los cigarrillos.

-No te vayas.

-Ya vuelvo.

-No me dejes sola, hermano. Por Dios.

Y antes que el hombre se reacomodara en el suelo la muchacha lo tironeó de un brazo hasta hacerlo caer sobre el sillón-cama, que crujió con crudeza.

-Acostate al lado mío y abrazame. Por Dios.

La Mujer con el pájaro muerto irrumpía diciéndole a un marinero imaginario *No botija Boludo te dije no Puludo de dónde vendrás vos tenés menos jeta de marinero que de periodista pobrecito quedate quieto carajo se mira y no se toca sabés aunque por acá abajo nos encajen toda la bosta del mundo ustedes los machos pero en el*

cabaret no me tocás sabés dos lucas una para mí y otra para el hotel **y Annelise sujetándose los pequeños pechos combados con las manos abiertas como revólveres.**

-Tranquila -digo sentándome contra el respaldo.

-Abrazame. ¿Tengo mucho olor a vino?

-Un poco. ¿Estás más tranquila o no?

-¿No te gustaría abrazarme toda?

El que calla otorga, así que digo:

-No.

-¿A Bénédicte no la hubieras acariciado toda? ¿De qué tenés miedo? ¿No decís siempre que yo tengo que ponerme la capelina de Nuestra Señora? ¿Le tenés miedo a la Virgen?

-No. Le tengo amor.

Y el día que empezaron a cambiar ideas sobre el vestuario Annelise habló de un camisón blanco que le podía venir perfecto para La mujer con el pájaro muerto y vos te reíste y le preguntaste si no le parecía mejor que el blanco fuera para María José y ella porfió Al contrario y mirá que en la escena de la rambla no quiero parecer la Virgen así que achicá el paño.

-¿Y por qué me llevaste a que me acuchillaran, entonces? -se zafó la muchacha, ovillándose. -¿Por qué no me convenciste de que me la bancara?

Calma, Monaco Rosso. Abel fue a buscar los cigarrillos.

-Me duele -dice Annelise apenas vuelvo a entrar al escritorio, tirándose boca arriba con las piernas alzadas y abiertas. -Cerrá la puerta. Vení. No te enojes conmigo.

-Calma, chiquita. Calma.

-¿Sabés lo que soy yo? Una puta. ¿Todavía no la cazaste, enfermo? No. No fumes. Acariciame aquí, por favor. Un poquito. Siento como si tuviera **toda la bosta del mundo** aquí adentro. ¿No podés entender?

Y al rato preguntó Pero no te das cuenta que esa puta es celestial.

Después sonó el teléfono.

35

Lo que menos esperaba Abel era esa especie de crujido titilante que antecedía a la comunicación por larga distancia.

-Bueno -dice Candela, y yo contesto: -HOLAAAA CÓMO ESTÁS MI AMOR CÓMO ESTÁ MARTÍN LOS EXTRAÑAMOS MUCHO!!!!

-Bueno. Pero no grites. Acá está todo en orden. ¿Y allí qué está pasando, mi amor?

-Todo en orden, también. En este momento estaba acostado con la primera actriz, en el sillón-cama del escritorio.

-No la dejes embarazada.

-No te preocupes.

Paloma abrió la puerta de su cuarto con los ojos todavía muy dormidos y se abalanzó hacia el tubo.

Sixto dejó de respirar y Annelise alzó las manos para contener a Luz y a Flor y después ocultó completamente su rostro entre una lluvia de brillo cobrizo y se puso a cantar como si el dolor de Tracy Chapman se hubiese apoderado de sus huesos.

Después que terminamos de hablar por teléfono oigo cerrarse la puerta del escritorio y acompaño a Paloma hasta su cuarto: tiene los ojos muy pintados, igual que Annelise.

-Ahora estás más tranquila -preguntó Abel, sentándose en la punta de la cama para prender un cigarrillo.

-¿Qué fue lo que le dijiste a mamá, recién?

-Que estaba acostado con la primera actriz en el escritorio. Más no pude explicarle. Ella lo tomó en broma, claro. Pero creo que no había otra forma de decir la verdad.

La luz crecida del amanecer recorta el mascarón de adultez que me ofrece Paloma.

-Y ahora estoy obligado a contarte la verdad a vos -agregó el hombre pálido.

Y mientras la chiquilina cantaba *Sorry / it's all that you can't say / years gone by and still / words don't come easily / like sorry like sorry* Sixto recuperó la apacibilidad invencible de quien vuela boca arriba después de haber amado y Annelise agregó *Forgive me / it's all that you can't say / years gone by and still / words don't come easily / like forgive me forgive me* y Flor murmuró Basta.

Suelto el humo y explico:

-Tuve que acompañar a Annelise a hacerse un aborto, esta tarde. La madre no sabe nada. Y el padre no se animó a hacer nada. Y estoy actuando exactamente igual que como hubiese actuado tu madre en mi lugar.

-Y ella se siente mal.

-Ahora quiere morirse, más o menos. Pero ya se le va a pasar. Si deja que la ayuden. ¿Todavía tenés sueño?

-Sí. Estoy muerta.

-Estás viva.

-No empieces a quemarme la cabeza.

Basta repitió Flor pero la chiquilina cantó implacablemente *But you can say baby / baby can I hold you tonight / maybe if I'd told you the right words / at the right time / you'd be mine* y Luz dijo Eso mismo seguí mija y Annelise completó el requiem rezando *I love you / it's all that you can't say / years gone by and still / words don't come easily / like I love you I love you* Joder sonrió la negra Yo no sé una jota de inglés pero esas son las cuarenta que nunca me animé a cantarle al cascarria pobrecito.

Al pasar frente a la puerta del escritorio Abel le preguntó a Annelise si necesitaba algo, y ni siquiera escuchó chirriar el sillón-cama.

Abel esperó unos momentos. No se puede haber dormido tan rápido. Entonces golpeó tres veces con mucha suavidad y la muchacha contestó:

-Pasá. Si querés.

Annelise sigue perniabierta, con los muslos los pechos y el rostro alzados entre la marea de oro que derrama por un filo del postigón: pero ahora está desnuda. Abel no retrocedió. *La piel te envuelve como una bandera en reposo* -rezó el poeta.

-¿Te sigue doliendo?

-Sí.

-¿Querés que te lleve a un médico?

-No hinches, hermano. Callate o andate.

El hombre pálido se sentó en el sillón-cama, de espaldas a la muchacha.

-¿Querés algo? -murmuro.

Unos días antes filmaron un ensayo y Matías llevó la séptima de Beethoven para acentuar los cambios de dinámica y le pidió a Annelise que trabajara sin palabras el velorio de un pájaro.

-*Sorry* -gimió la muchacha. -*It's all that you can't say / like sorry / like sorry.*

Atención: está actuando.

-¿Cómo pueden pedirle a la gente que crea en Dios? -la voz de Annelise fluyó mansa y envejecida, imitando la ronquera natural de la madre.

-Yo no pido nada.

-Voy a largar algo, me parece.

-Vamos al baño.

-No. Poné la mano allí. Rápido.

Entonces me resigno y me inclino para abrigar lo que debió ser la mejor belleza y ahora es el peor horror, pero antes de tocar el sexo de Annelise siento emerger una especie de bulbo sangriento y gelatinoso que me encharca la mano.

-Ah. Qué alivio. Dios mío -casi sonrió la muchacha.

Compruebo que no hay hemorragia y corro al baño para envolver la monstruosidad con papel higiénico. Cuando el hombre volvió a entrar al escritorio la muchacha ya tenía puesto el piyama.

-Andá a lavarte esas manos, loco -se frunce, avergonzada.

Y al mirar el video quedaron encandilados con la flotación quebradiza de Annelise y Matías chasqueó los dedos y dijo Qué te parece si en la mitad de la escena del cabaret metemos esta escena con el Allegretto de fondo.

-Ya voy -dijo Abel. -¿Pero después qué hacemos?

-Qué hacemos con qué.

-Hay que llevarte a algún lado, mujer.

-¿Estás loco? Si no tengo ni hemorragia.

-Yo no me quedo aquí ni a ganchos.

-Tengo sueño, boludo.

-Ya sé lo que voy a hacer.

-NO IRÁS A LLAMAR A MI PADRE.

-SHHHH. Bancátela un momento.

Y esa noche vieron la filmación con Candela y cuando llegó la parte del velorio del pájaro ella dijo No quisiera estar en tu cuerpo Annelise.

Mi cuñado demora en atender.

-Hermano -dijo Abel. -Disculpame la hora. Preciso una gauchada.

-¿Qué pasó?

-No te asustes. Después te explico bien. Preciso que me vengas a buscar en el auto para llevarme hasta el Marítimo a tratar de arreglar un asunto delicado. Con un taxi sería complicadísimo.

-¿Qué le digo a Ma-Sa?

-Que la vida de beatlero no tiene horarios, viejo.

37

Bajamos a esperar a Roberto en la vereda: Annelise camina normalmente, aunque el maquillaje usado para divertirse anoche con Paloma le empoza la palidez. Abel había sustituido el pantalón piyama por un short blanco, y llevaba la monstruosidad bien envuelta y guardada en el cartapacio.

-Este es el coche que pidieron, señores -dice mi cuñado al estacionar en doble fila bajo la magnolia, sin apagar el motor. -No llevo chapa ni aparato de taxi porque unas de las teorías manejadas por la opinión pública afirma que el psicópata de Carrasco podría ser un descarriado obrero del volante.

La muchacha se rio fuerte, y de golpe se tapó la boca y le pidió la llave a Abel para ir a buscar los lentes Lennon.

-Cómo andás -le pregunto a mi cuñado mientras Annelise se contonea por el jardín como si volviera de una fiesta donde le fue muy bien.

-Subí adelante -contestó Roberto. -Yo no ando mal del todo. Tengo el cangrejo a la vista, por lo menos.

Y nos miramos fijo.

Cuando Luz Adrogué fue vencida por la artrosis y abandonó definitivamente los carnavales la vida quiso que se empleara como sirvienta en un apartamento del bloque de enfrente donde vivía el amigovio de Paloma que además era el hijo del mejor compañero de celda que tuviste en el Penal de Libertad.

No volvieron a hablar hasta llegar al Marítimo.

-Vos bajás conmigo -le comunico a Annelise, enfocando el rebote cegador de sus lentes en el espejito. -Qué mañana preciosa.

-Bruto domingo -suspiró Roberto y prendió la Clarín. -No hay caso: el Mago se las sabe todas. ¿Te acordás cómo termina este tango?

-Cómo termina -bosteza Annelise.

-*Mañanaaaa / te quiero ver* -cantó Abel. -¿Y te acordás de la parte que dice *Todo es eterno y constante / todo es música y razón / y todo como el diamante / antes que luz es carbón*? Terrible tango, cuñado.

-Suerte -muequea Roberto. -Aunque no sepa con qué.

Tato Carro tenía nueve años y el día antes que Luz empezara a trabajar en su casa había robado una botella de moscato para emborracharse en la cantera así como tres años atrás se había tirado en el medio de la calle con una pelota de fútbol abajo del brazo para que un auto lo depositara en el cielo y al tercer día de curda consecutiva Luz se enteró que el padre del chiquilín estaba encerrado en un manicomio y pidió permiso para llevar a Tato de visita al conventillo.

-¿Y a mí cuándo carajo me vas a explicar qué estamos haciendo aquí, loco? -siguió bostezando Annelise mientras Abel abría la puerta del club. -Pa. Qué relajo armaron.

Entonces la agarro de los hombros y digo:

-No te asustes, chiquita.

-De qué.

-De nada de lo que veas en la casa de los cuidadores, ¿okey?

Y al otro día te llamó Alondra para que fueras a buscar a Tato al conventillo y supiste que la negra estaba agonizando en un hospital y el chiquilín volvió a escaparse apenas lo dejaste en su casa y esa noche su madre lo encontró jugando solo al fútbol en la cantera como quien baila borracho de felicidad y dijo que Luz se le había aparecido vestida de comunión para mostrarle al padre plantado entre los álamos que bordean el arroyo.

-Todo viento -sonrió Annelise.

38

Yemanjá los hizo pasar con un Avanti que degeneró en una carcajadita: ahora estaba vestida de vedette lubola y llevaba más que mediada la segunda botella de Chivas.

-El viejo mundo -sonríe haciendo retemblar las gigantescas tetas sudadas y ornamentadas por un hervor de lentejuelas. -El mundito, rapaz. ¿Qué decís? Sientensé y tomensé una.

Annelise permaneció parada. Yo me acomodo frente a la mesa llena de cachivaches, me sirvo whisky y abro el cartapacio.

-Ya sé lo que me traen -dijo la negra, seria. -Pero primero van a firmarme un compromiso, muchachos.

Y se arranca una pluma del turbante y se la clava grotescamente en la entrepierna.

-Ahí tenés: una pluma de faisán mojada con la mejor tinta china del mundo. Hagan un par de cruces en una servilleta nomás, porque yo ya me olvidé de leer.

-¿Qué es lo que hay que firmar?

Y al otro día explotó la noticia de la muerte de Luz Adrogué y la Negra Jefa fue velada en el Estadio Centenario con honores oficiales y la gente hizo cola durante horas para llevarle una flor y los tamborileros sombrerearon más plata que la que habían juntado en todo el carnaval.

-HAY QUE FIRMAR EL COMPROMISO DE NO DARLE MÁS ACIDEZ DE ESTÓMAGO A LA MADRE DEL MUNDO CON ESTAS PORQUERÍAS!!!! -aulló Yemanjá, desenvolviendo la monstruosidad para tragársela con un trago larguísimo de Chivas. -PUAJJJJ. CADA DÍA BANCO MENOS LOS COÁGULOS. CHE, ¿QUÉ ESPERAN? FIRMEN!!!! ESTE SACRIFICIO LO HAGO U-NA-SO-LA-VEZ-POR-CA-DA-PE-PA. ¿COMPRENDISTE? A PARTIR DE LA SEGUNDA VEZ LA RESACA SE LA TIENE QUE MORFAR CADA INTERESADA EN ECHAR SANGRE AL RÍO!!!!

Entonces dibujamos dos cruces temblorosas en una servilleta y pregunto:

-Así que era nada más que un coágulo.

-¿NADA MÁS, DECÍS? ESTO ES BASURA, MACHO!!!! BASURA DEL CUORE!!!! ¿COMPRENDISTE?

Y la televisión filmó con lujo de detalles el velorio del siglo incluidos los discursos de las autoridades de todo tipo y mientras ustedes veían el noticiero Tato y Paloma escuchaban rockandombeando a todo volumen en el escritorio.

-¿Qué te pasa que no sentás, mijita? -preguntó la negra, encajándose un Peter Stuyvesant en la trompa despintada. -¿Te hiciste caca en el bombachudo? Mirá cuando se entere la rubiola de que te degollaste a espaldas de ella.

-¿Qué? ¿Ustedes nunca se degollaron? -ladra Annelise, sentándose en mi posabrazos y sacándome el whisky con una complicidad seductora.

-Nunca -mostró los dientes amenazadoramente Yemanjá. -Y tampoco robamos maridos. Si caen, caen por su cuenta. Tu hermana será indecente pero no podrida.

-¿Mi qué?

-TU HERMANA!!!! ¿O no sabés quién soy? No te hagas la inocente conmigo. ¿O vos también te creés que cuando reventó Luz Adrogué se acabó el canyengue de la purificación?

Y de repente Tato te trajo un papelito que decía *No lastimen las caras de la infancia no transformen la felisidá en muerte* Esto es lo que les manda decir Luz a todos los mentirosos que están hablando de ella en la televisión.

-Dale, Oxún -murmura Yemanjá Saba, con filosa dulzura. -Sacate la careta.

39

Annelise se sacó los lentes.

-Pero qué maquilladita que estás -se encarniza la negra. -Siempre fuiste un caso, Oxún. ¿Te acordás cuando te pesqué con Oxalá en los maizales y se hicieron los osos? Pero vos ninguna osa. Sos una bruta pavarreal, nena.

-Yo no sé lo que soy. Pero sé que a mi madre me la robaste vos.

La negra volvió a carcajear chillonamente y retrucó:

-Sos una Oxún muy joven. Y el mundo tiene historias larguísimas. Y tristes. Algún día vas a entender que fuimos una sola, Yemanjá Ogunté y yo. PORQUE HACÍA FALTA GARRA DE TODOS LOS COLORES PARA PELEAR CONTRA LA ESCLAVITUD. ¿COMPRENDISTE? Vos no estuviste mal, anoche: casi lo volvés loco, al pelado. Pero a este no le gusta la carne de diosa. Es fiel. LO QUE NO PODÉS HACER NUNCA MÁS ES PASAR POR EL CUCHILLO!!!! ¿CUÁNTAS VECES HAY QUE MACHACARTE QUE SOS LA DIOSA DE LA FER-TI-LI-DAD?

Y Flor se vistió completamente de negro y no se puso una gota de maquillaje y le pidió a Annelise que la acompañara hasta el Estadio y estuvieron haciendo cola mucho rato y mientras atardecía la chiquilina le acarició la cara a su madre y dijo En este momento parece que se te hubieran borrado las arrugas.

-Pero fertilidad con amor -intervengo, después de haber retenido un gran trago bajo la lengua. -Yo te aseguro que Annelise hubiese **formado** una criatura más hermosa que ella, si hubiese podido.

Entonces la muchacha observó al hombre casi viejo con ojos agacelados y se volvió a poner los lentes.

-Sacate esa porquería -gruñe la negra. -No me importa que llores. Llorar es como sudar, cuando hay hombre de por medio.

-Pero no cuando hay amor, querida -porfió Abel.

-¿Amor? ¿Así que todavía siguen hablando de eso? Qué lindo -sonrió Yemanjá Saba. -¿Sabés que por primera vez en toda la noche estoy en pedo, pelado? A ver, nena. Cantate aquella cosa tan divina que le dedicaste al cascarria en el conventillo. Dale. Pero primero andá a lavarte la cara. Que te quede **ir-**maculada, como diría el Mago.

Y cuando el atardecer les azuló las caras Flor le dijo a Annelise Dentro de poco tiempo vas a pasar a ser mi hermana carajita.

-Bueno -me dice la negra, al quedar a solas. -Ya pasaste la prueba de Abita y de Oxún con el cuore más limpio que condón de Papa. ¿Se te ofrece algo más?

-Perdón: ¿quién vendría a ser Abita?

-Ese que ustedes llaman el diablo. Pero ustedes se hacen demasiadas películas con todo. Abita es un dios-cadáver dedicado a fiscal, nada más. Cierto que muy podrido, pero también muy trabajador.

-Ese fue el que me llamó por teléfono de madrugada.

-Eco. ¿Y no te hizo acordar a Ray De Deus, por una de esas casualidades?

Annelise volvió del baño con los hombros arqueados hacia atrás y el particularísimo paso de plomo que utilizaba para encarar una escena. Y mientras la escuchamos reproducir *Baby can I hold you* como si le hubiesen trasplantado los ovarios de Tracy Chapman se le forma una especie de halo de polen que la sustrae milimétricamente del

suelo. El ejército de la redención está condenado a servir a Nuestra Señora la Celeste, Negro Jefe -pensó Abel: Y que ladren los que ladran.

Y cuando llegaron a la montaña perfumada que ya cubría el ataúd miró a Flor como si hubiese tirado al mar su último rostro joven.

-Esta guacha está en trance -dijo Yemanjá Saba.

-¿**En trance**, nada más? ¿No la ves levitar?

-Teatro -chista la negra.

40

El último recuerdo que tenía Abel de lo sucedido en el club era la palabra Teatro. Un violento timbrazo me hace saltar fuera de la cama: sigo vestido con el short blanco y la remera Lacoste. El hombre tambaleante oprimió los botones del portero sin preguntar quién llamaba y corrió al baño a orinar y echarse toda el agua que pudo en la cabeza. El timbrazo de la puerta de arriba me resuena en las tripas como una coz eléctrica: nos cayó la pesada, nomás.

-Adelante -dijo Abel, mirando con serenidad a la pequeña mujer infernalmente arrugada.

No tiene malos ojos: saca un block y me escribe un mensaje con una birome verde.

-*No sé si tengo voz* -decían las prolijas letras redondas- *pero por las dudas no hablo no le hagas caso a la televisión que lo del apagón es paco y esta noche vamos a volar todos juntos petiso.*

-Pero si lo anunció la UTE -me atrevo a murmurar y ella escribe:

-¿*Alguna vez te sentiste mi hermano*?

Y cuando volviste de la Plaza Virgilio te diste cuenta que Flor necesitaba acostarse contigo para volver a entrar en una especie de cuerpo-de-Eurídice como si se calzara por una sola noche una máscara-arranca-piel prestada por el diablo.

-Sí -dijo Abel.

Y en la tercera hoja del block agrega

-*Yo te quise veras toda la vida por algo te conté lo que te conté y aquella vez que vine hecha bolsa de Buenos Aires y fuimos a caminar a la Plaza Virgilio te tuve muchas ganas.*

-Yo también -sonrió Abel.

-¿*Y por qué no me llamaste esa noche*?

-Porque me pareció que si nos acostábamos ibas a quedar mucho más lastimada de lo que estabas.

Y te sentaste a tomar mate y a fumar sin parar al lado del teléfono con una erección que doblegaba monstruosamente la dureza del vaquero y la voz de Ray decía Dale macho hace meses que no te acostás con nadie y si no te la cojés vos se la va a cojer otro y sabés cómo es la historia y de repente recordaste *La lucha* de Yepes y fuiste a calentar otro litro de agua.

Entonces Flor escribe:

-*Vos sabés que anoche me tenía tanta lástima que de golpe me empecé a comer un bruto jazmín que había en la mesa de luz y dice Brian que no hubo manera de sacármelo de la boca hasta que me desmayé.*

-Dios mío -se incorpora Abel. -Qué noche. ¿No querés acompañarme a tomar unos mates?

Flor niega con la cabeza y escribe:

-¿*Annelise está durmiendo*?

-Supongo que sí.

-¿*Y está bien DE VERDAD*?

-Sí. Muy bien.

-*Gracias por todo y por favor decile que vuelva tranquila a casa que va a estar todo okey.*

Hasta que *La lucha* de Yepes se transformó en *La piedad* de Miguel Ángel invertida y vos tenías que sostener la blancura de Flor sin dejarla caer sin esperar nada más que la resurrección y entonces te calmaste.

-Nos vemos esta noche -dijo Abel en la puerta.

41

Annelise volvió temprano a su casa. Ahora Paloma y yo repechamos Palmas y Ombúes bajo el primer soplo crepuscular, y los ojos de mi hija parecen sobrevolar el mundo.

-¿Y cómo sabe Flor que no va a haber apagón? -preguntó la chiquilina, divertida.

-Ah, Flor es indescifrable. Mirá: está tan segura que no va a haber apagón que ni siquiera llegó temprano. El único auto que hay en la puerta del club es el de Ringuito.

-¿Y Ma-Sa y tío Roberto dónde se habrán metido?

-¿No son aquellos que vienen caminando desde General Paz?

Entonces Paloma se adelantó corriendo a saludar a sus tíos, que caminaban abrazados entre la luz horizontal. Ojalá que el domingo pudiera ser un premio para todos.

Flower actuó por última vez en un *drink* dominical del Náutico aunque el apoteósico baile hecho la noche anterior en el Club Uruguay definió la disolución del grupo y aquel sábado de tarde Flor te llamó por teléfono para repetirte hasta la exasperación que ni el maldito rockandombe ni la maldita guita podían ser más fuertes que la amistad y que iban a terminar grabando más discos que los Beatles.

Cristina y Ringuito estaban sentados en el escalón de la entrada.

-¿Qué le habrá pasado a Flor? -pregunta la mujer-pájaro, endomingada con un vestido hindú.

-Blanco, rojo y verde. Otra vez -se animó a señalar Abel.

Cristina sonríe en silencio, y la llegada de Paloma mi hermana y mi cuñado desvía la conversación hacia el tema de nuestro improbabilísimo concierto.

-Sería una lástima -dice Ringuito. -Ayer hubo varios temas que salieron fenómeno.

Prefiero no mencionar la ronquera de Flor.

-Che, ¿y ustedes por qué fue que se disolvieron, al final? ¿Por inercia? -preguntó inocentemente Roberto. -Ma-Sa dice que sonaban de lujo.

-Ella tenía doce años -lo atajo. -Y nos idealizó. Aunque hay que reconocer que sonábamos mucho mejor que una troja de porteños que ahora venden a lo bobo.

-Nos separamos por culpa mía -prefirió contestar Ringuito, sin reírse.

El representante de Flower era un homúnculo de sobrenombre Carlinho que regenteaba varios grupos y soñaba con imponer una superbanda rockandombera en Buenos Aires aunque su obsesión puntual era acostarse con Flor que aquella noche apareció con una minifalda escotada y transparente y una ropa interior comprada por su madre en París y se acercó a murmurarte Hoy el baboso va a entender quién manda en este baile.

-Ahí llegan los Beltrami -lo interrumpo.

-FLOWER PARA TODOS -gritó por la ventanilla de Hyundai la pequeña mujer muy maquillada y no demasiado ronca.

Annelise es la única de las tres hermanas que no tiene un aire de pituca frívola. Flor demoró en bajar cargando una hielera y un paquete de pizza y de golpe hubo un silencio que obligó a Cristina a preguntar qué pasaba.

Y Flor se acercó a Carlinho y le dijo al oído Hoy me llamo Yemanjá corazón y capaz que si te portás MUY BIEN te ligás algún mimo.

-Nada -dice Ringuito, sin atreverse a mirarme. -Es que Flor trajo el vestido que estrenó en el Club Uruguay hace un cuarto de siglo.

Y todavía le cabe -pensó Abel, calculando cuánto faltaba para que empezara el bendito apagón.

Demoraron cerca de media hora en reacomodar todo y afinar. Faltan veinte minutos para que empiece el apagón. El público -integrado por las hermanas Beltrami Paloma Ma-Sa y Roberto- estaba ubicado en sillas de latón colocadas en semicírculo y nadie dejaba de controlar su reloj, más o menos disimuladamente. De golpe tengo ganas de cargar a Flor como si fuera una niña y llevarla hasta el fondo del club y sentarme con su resplandor entre los brazos, sólo para mirarla. Y entonces la pequeña mujer maquillada con sombra de plata se aclaró la garganta y dijo en el micrófono:

-Necesitaba hablarles, antes de tocar. Y espero que Abel me ayude.

Cruzamos una profunda mirada con Ringuito, mientras Brian levanta los lentes para espejar el atardecer turquesa que inunda los ventanales.

Y tocaron como nunca y la gente los acorralaba y los disc-jockeys los felicitaban y al terminar la primera entrada fueron juntos al baño con Ringuito y el muchacho motudo te confesó Espero que me entiendas petiso pero vivo sin un mango y me recopa el candombe y Carlinho me quiere hacer firmar esta noche mismo un contrato exclusivo con la superbanda aunque no tendría problema en que viniera en cualquier momento de Buenos Aires a grabar los temas de la ensalada y vos terminaste de saber que lo único que te importaba en el mundo era escribir y casarte con Gabi y dijiste Por mí no hay ningún problema pero quién le pone el cascabel a Yemanjá.

-Tengo un bobo muy bobo -ronqueó Flor. -Y eso ya lo sabe media humanidad, a esta altura. Pero todavía **nunca** pude decir en voz alta y en público que **nunca** dejé de estar ENAMORADÍSIMA de la gente, aunque a veces no parezca. Y que quiero la SALVACIÓN DE TODOS y creo en ESO. **Never** pudieron sacarme ESO del bocho. ¿Voy bien, Abel?

-Pa. Este monólogo lo voy a tener que meter en alguna novela -me río.

-Loco: a vos te dan un dedo y te morfás hasta el colon.

-HASTA EL COLON!!!! -carcajeó Ringuito, acompañado casi inmediatamente por Brian y el auditorio entero.

Y cuando salieron del baño enfilaste hacia el camarín dispuesto a hablar con Brian y el sonidista te dijo que acababa de bajar a comprar cigarrillos y que Flor y Carlinho se habían encerrado a discutir un asunto de vida o muerte y que le ordenaron que no dejara pasar a nadie a interrumpirlos.

-CHE: ¿POR QUÉ MIRAN LOS RELOJES? -levanta la voz muy flemosa Flor. -NO TIENEN FE, ABELITO.

-No grites, que no vas a poder cantar.

-¿PERO VOS TENÉS FE O SOS PURO VERSO, AL FINAL?

Y te quedaste haciendo guardia en la puerta del camarín y Brian volvió del boliche pero aprovechó el borbollón para cargarse a una espectacular morocha recién casada que se le venía regalando en todos los últimos bailes y al rato salieron Flor y Carlinho demasiado despeinados y sudorosos y la muchacha te agarró el brazo y te dijo con una mueca de asco Hoy no perdemos la pulseada ni aunque tenga que reventar entendiste petiso.

Entonces se apagó todo.

43

Después de la tradicional explosión de exclamaciones se escuchó la voz de Cristina, que cruzó la luz azul-verdosa con los ojos como fanales y dijo:

-Cantá igual, Flor.

-Sí -agrego. -Podemos cantar los dos, y además la guitarra acústica se oye perfectamente.

Flor no contestó enseguida: permaneció agarrada del micrófono con la cabeza gacha y Abel oyó la voz de Ray De Deus diciéndole en las tripas **A la mierda con Yemanjá y los discursos de amor y salvación botija y a la mierda con todos para siempre.**

-A nadie se le ocurrió traer una puta vela -murmuró la pequeña mujer semidesnuda. -Y yo apenas puedo hablar, muchachos.

En la escena de la rambla Annelise era una matrona arrancada a medianoche de la cama por un hombre que veía hundirse todos los días un milímetro de la pureza de Nuestra Señora en el gran río barroso.

Entonces me doy cuenta que Annelise está agazapada al lado mío y le digo:

-Vamos a buscar las velas a la casa de la cuidadora, chiquita. Dale. Mové a tu madre.

Abel se adelantó para avisarles a los que estaban sentados que enseguida volvían, mientras Annelise y Cristina llevaban del brazo a Flor con una especie de paso de entierro.

-Ahora déjenme solo con Flor -aviso cuando llegamos a la escalera, pero Annelise no me obedece.

La pequeña mujer de pelo platinado parecía haber engordado chorreantemente en la penumbra, y emitía un jadeo asmático y baboso.

Y el hombre la obligaba a ponerse una capelina blanca y la hacía bajar a la rambla y le decía *Ahora vas hasta la esquina y volvés caminando como un barco de vela* y repetía para sí mismo *Barco de vela que trae la pesca milagrosa* y cuando Annelise componía la tristísima cautela de la matrona el hombre la rechazaba gritando *No me sirve ahora vas y volvés caminando como si usaras un vestido transparente y no estuvieras todo el día pensando No puedo ser yo no puedo ser yo* NO PUEDO lo interrumpía Annelise con asqueada violencia.

Me abre la cuidadora: es una hermosa mulata muy joven que carga a la hija recién nacida con un solo brazo y nos hace pasar moviendo una linterna.

-Hola, Chola -dijo Abel, sin mostrar desconcierto. -¿Cómo andan?

-Bien. Mi marido está leyendo el diario y tomándose una grapa. Y yo dándole la teta a la tragaldaba. Adelante.

Flor es depositada por Annelise frente a la mesa ratona donde flamea un macizo de velitas azules: sigue respirando muy mal, aunque sube los ojos en dirección a la criatura.

-¿No tendrías alguna vela para prestarnos, Chola? -preguntó Annelise, componiendo un papel de adolescente domesticada.

-Claro. ¿Cuántas precisan?

-Una sola. Es por un rato, nomás.

-¿Y la señora no precisa nada?

-No: tiene un shock alérgico: se le pasa enseguida. ¿me dejás que te cargue a la divinura mientras volvés?

Y el hombre terminaba agarrándose la cabeza y porfiando SE TENDRÍA QUE PODER.

-A ver, mamá -dice Annelise colocando la criatura color borra de café recién hecho en los brazos de Flor.

Entonces la mujer-medusa-sacada-del-agua ubicó un pecho sin desnudar sobre el breve rostro ávido y cuando volvió Chola ya había rejuvenecido.

44

Flor sostuvo la vela con buen pulso y carraspeó varias veces antes de decir:

-Disculpen pero hoy nos vamos a quedar sin sixties, muchachos. Flower se acabó hace más de veinte años, y mejor que descanse en paz. Lo único que quisiera ahora es que todos se arrimaran un poco y el que quiera cantar canta. O baila. La letra es facilísima, y algunos ya la saben. Es un tema que cantábamos con mi amiga Luz Adrogué cuando andábamos bajoneadas: ella hacía de Negra Sosa y yo de Fito Páez. Perdón, tendría que haber dicho **el gran Fito Páez**. Y ahora me animo a decir **grande como ese viejo reventado de Bukowski**, además. BUENO, VENGAN, CHE!!!!

Y mientras Ma-Sa Roberto y las chiquilinas se acercan agigantando sus sombras geometrizadas por las sombras y el techo del club nos miramos con Ringuito Cristina Brian y Annelise y perdemos el miedo.

Y Ringuito firmó contrato exclusivo con la superbanda y Flor cantó lagrimeando durante toda la última entrada y al amanecer pidió para ir contigo en el camión del flete en lugar de los sonidistas y nadie se animó a contradecirla.

Entonces la mujer apagó la vela con un gran soplido y cantó:

-Y dale alegría alegría a mi corazón / es lo único que te pido al menos hoy / y dale alegría alegría a mi corazón / afuera tirá la pena y el dolor. / Y ya verás / las sombras que aquí estuvieron no estarán / y ya verás / babamos y emborrachemos la ciudad.

Y la voz se va limpiando entre la espesura azul hasta alzarse y rugir como un brillo marino:

-Y dale alegría alegría a mi corazón / es lo único que te pido al menos hoy / y dale alegría alegría a mi corazón / y que se enciendan las luces de este amor. / Y ya verás / cómo se transforma el aire del lugar / y ya verás / que no necesitaremos nada más.

Flor hizo una pausa y su silueta inició una danza más acariciadora que sensual.

Y llegaron al Náutico cantando *Yesterday* y descargaron los instrumentos y el aparataje porque había que tocar por última vez en el *drink* nocturno y Flor dejó para el final el banco de la batería de Ringuito y en lugar de alcanzártelo te pidió que te corrieras y lo escrachó contra el suelo y dijo Vamos al muelle.

Entonces varias siluetas empezaron a bailar y cantar al mismo tiempo:

-Y dale alegría alegría a mi corazón / que ayer no tuve un buen día por favor / y dale alegría alegría a mi corazón / que si me das alegría estoy mejor. / Y ya verás / las sombras que aquí estuvieron no estarán / y ya verás / que no necesitaremos nada más.

Al final terminaron por bailar todos menos Abel, que se quedó pensando. Engolfarse en el agua tenebrosa y seguir creyendo era la última prueba, Negra Jefa. Hasta que de repente dos estrellas asexuadas y una túnica hindú y diez dedos de puro hueso me obligan a moverme y me suelto y sigo solo y es la primera vez en mi vida que disfruto bailando y me siento flotar en la maravillosa paz del Hombre Nuevo.

Y sentados en el muelle la muchacha observó el lomo resplandeciente del río marrón y dijo Hay que resucitar Abelito.

Y ella retruca:

-ESTO ES EL CIELO, LOCO!!!!

Flor murió a los dos días, y dio la cara.

1989 / 2001